

ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS DE CATALUÑA

GALERÍA DE ARQUITECTOS ILUSTRES

I

EL ARQUITECTO
ELÍAS ROGENT

POR

BUENAVENTURA BASSEGODA Y AMIGÓ
ARQUITECTO

ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE BELLAS ARTES DE
SAN FERNANDO, CONSILIARIO DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS
ARTES DE SAN JORGE DE BARCELONA, MIEMBRO DE LA REAL DE
BUENAS LETRAS DE LA MISMA, DE LA COMISIÓN PROVINCIAL DE
MONUMENTOS Y DE LA JUNTA DE MUSEOS



BARCELONA

Imp. FARRÉ Y ASENSIO : Puertaferrisa, 17

1929

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques



1501013854

EL ARQUITECTO ELÍAS ROGENT

ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS DE CATALUÑA

GALERÍA DE ARQUITECTOS ILUSTRES

I

EL ARQUITECTO
ELÍAS ROGENT

POR

BUENAVENTURA BASSEGODA Y AMIGÓ
ARQUITECTO

ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE BELLAS ARTES DE
SAN FERNANDO, CONSILIARIO DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS
ARTES DE SAN JORGE DE BARCELONA, MIEMBRO DE LA REAL DE
BUENAS LETRAS DE LA MISMA, DE LA COMISIÓN PROVINCIAL DE
MONUMENTOS Y DE LA JUNTA DE MUSEOS



BARCELONA

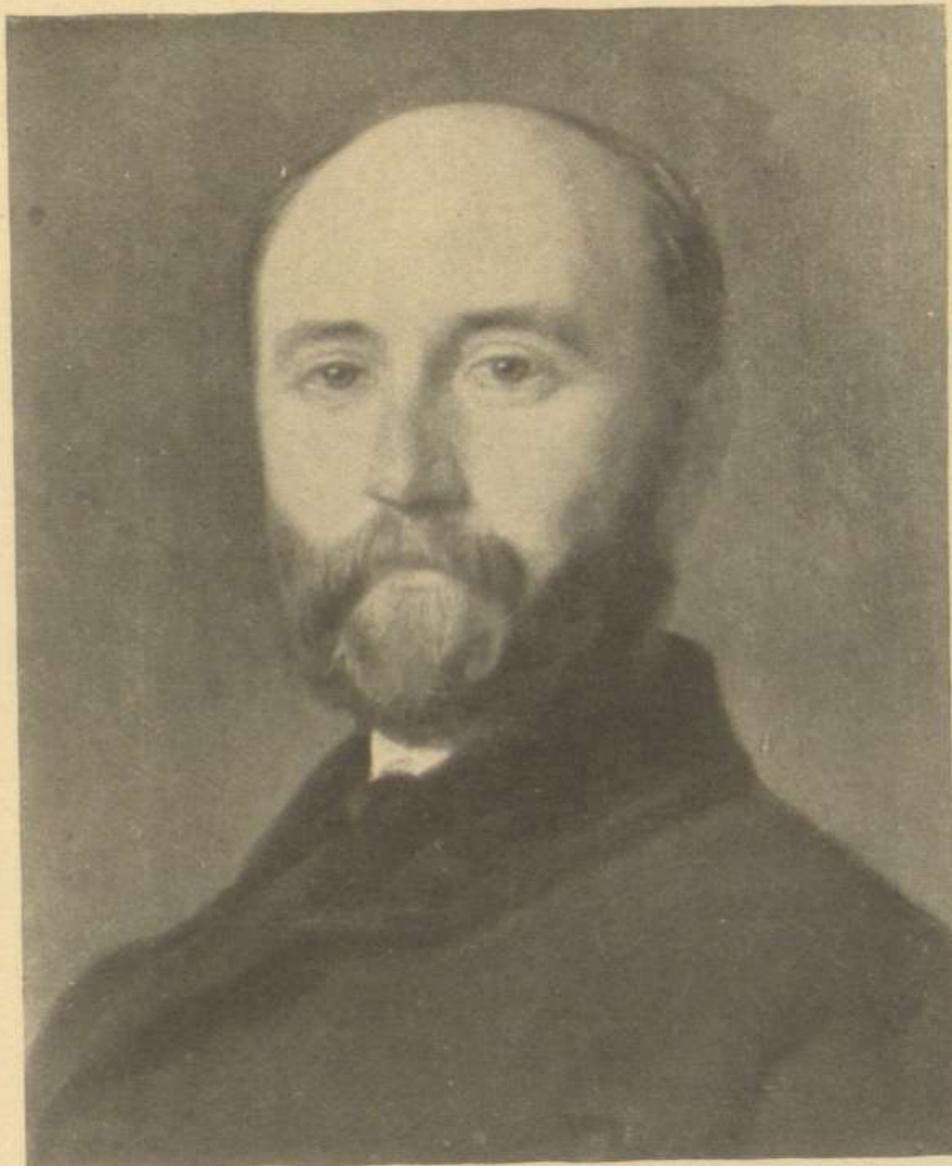
Imp. FARRÉ Y ASENSIO : Puerta Ferrisa, 17

1929



Universitat Autònoma de Barcelona

Servei de Biblioteques
Biblioteca d'Humanitats



EL ARQUITECTO D. ELÍAS ROGENT
(1821 - 1897)

RETRATO AL ÓLEO POR FEDERICO DE MADRAZO - 1867

(CLISÉ RIBERA)

PÓRTICO

PÓRTICO

*A*L recorrer el camino de la vida, generación tras generación, place a la Humanidad volver la vista atrás, para cobrar nuevas fuerzas con el ejemplo de cuantos ya idos de este mundo, dejaron tras de sí huellas profundas, enseñanzas admirables.

Las personalidades preséntanse entonces, con todos los prestigios de la lejanía, con el azul de la distancia que perfila poéticamente las figuras con las tintas del buen recuerdo, y la colectividad se siente a la sazón inclinada, acaso por imperativo de la conciencia, a rendir pleito homenaje a quien lo mereció de por vida, el tributo merecido y no pagado por cuantos tuvieron la suerte de codearse en el mismo núcleo social, en que el extinto desarrolló sus facultades y ejerció noblemente la misión a que había sido llamado por la Providencia Divina.

Así acontece por singular manera en el seno de la corporación cuyos individuos luchan de consuno por la defensa de un ideal común; en el fragor de esa lucha, no les es dado advertir en toda su plenitud las facultades sobresalientes de algunos de sus correligionarios, por la misma facilidad que tienen de gozar de su trato; por no tener tiempo ni espacio para apreciarles en todo lo que valen. Mas cuando llega el trance fatal de su desaparición para perderse en las tinieblas de la muerte, avívase el recuerdo de lo que fueron, de sus méritos todos, como en el firmamento de una noche serena, van apareciendo, unas tras otras, las estrellas cuyo brillo forma el conjunto admirable de ese espectáculo que conmueve nuestra alma y la inclina a elevarse para estar más cerca del Creador de tanta magnificencia.

Y no es sólo la muerte que nos impone tamaño respeto; es también el espíritu de justicia que llevamos dentro y que nos obliga a reparar en cuanto nos percatamos de la deuda contraída, nuestro desvío o indiferencia. Y es entonces cuando aquietada la corriente de las encrespadas aguas, serenado el ambiente, dormidas las pasiones, llega

la luz de la justicia, de la ecuanimidad. Es entonces llegada la hora de lo que hemos dado en llamar revisiones, con el corazón en alto, y la caridad cristiana endulzando nuestro juicio. En este momento estudiamos el camino seguido unos a pie, lentamente; otros montados en el corcel indómito de sus fantasías atropellando cuanto a su paso se oponía, sin preguntarse jamás si tenían otros el mismo derecho para utilizar los caminos de la vida. Estos han dejado surcos profundos pero inútiles a la Humanidad; los primeros al seguir su ruta con pausa y método, han gozado del placer inefable de estudiar la naturaleza en relación con las obras de la humana inteligencia y han abierto surcos suaves que han sabido llenar de provechosa semilla, para que sus descendientes se aprovecharan del fruto indefectible.

En la noble profesión de la Arquitectura se ha manifestado una de estas conmemoraciones, con ocasión del centenario del nacimiento de uno de sus sacerdotes, dotado de relevantes méritos a quien podrían aplicarse las palabras del Dante:

Tu Duca, tu signore e tu Maestro

Don Elías Rogent, nacido en el primer cuarto del siglo pasado, merece ciertamente que la Asociación de Arquitectos de Cataluña le dedique poco después de cumplirse el siglo de su advenimiento a la luz de la vida, un respetuoso homenaje rindiendo fervoroso tributo de admiración a su labor profesional, fecunda al par que didáctica, porque supo penetrar en los arcanos del Arte de la tierra natal, cuya alma llegó a sentir palpitar al unísono con la suya, ávida siempre de estudiar teniendo por maestra la vida pretérita y por libro abierto siempre ante sus ansias de saber, la naturaleza en sus relaciones con las obras del hombre.

Más de una generación gozó de sus enseñanzas que las llevaron a comprender el Arte de la Edad media y los ideales que informaron a los artistas que llenaron Cataluña de sus famosos monumentos.

A poner de relieve la alta personalidad que se trata de conmemorar, va dirigido este modesto ensayo, que el autor desea que resulte digno del Maestro y de la Corporación que tuvo tan feliz iniciativa.

DATOS BIOGRÁFICOS

DATOS BIOGRÁFICOS

EL día 6 de julio de 1821, abrió los ojos a la luz de la vida, en una modesta casa del barrio del Hospital, cerca del Padró, el que tras una larga existencia había de llenar con sus brillantes cualidades los fastos barceloneses (1). Humilde fué su cuna, según datos recogidos y aun por conversaciones en las que no ocultaba semejante pormenor. Así en una ocasión en que no acerté a contestar una pregunta suya, me dijo: "Usted debe saber esto, porque si yo soy hijo de un terrón de cal, usted lo es de un trozo de ladrillo." He aquí un ligero rasgo de su carácter cordial y simpático. En efecto, sus padres tenían una tienda dedicada al comercio de cal, yeso y otros materiales de construcción. Es decir, lo que en la vieja Barcelona llamábamos *calcinayres*, de la cual debía encargarse al llegar a la pubertad.

Por la fama que tenían en Barcelona las Escuelas Pías de San Antón y por su proximidad al hogar paterno, asistió a ellas Rogent en sus primeros años, según parece; y aun por lo que él confiesa en unas Memorias íntimas que me ha sido dado hojear (y que redactó a la edad de setenta y un años, dedicándolas a sus hijos y en especial a su primogénito que cursaba la carrera de arquitecto), no hizo grandes progresos.

A los catorce años empezó a cursar la Gramática latina que ya entonces era considerada como base de la cultura general. Dábale lección el Padre Manuel Buch Sch. P. y, según parece, no brillaba entonces por su gran aplicación según modestamente advierte, lo cual no fué óbice para que trabara firme amistad con dos de sus compañeros, que ya entonces se distinguían por su amor al estudio y su claro talento. Era uno el que, sin llegar a la vejez, murió siendo Rector de la Universidad de Barcelona, don Estanislao Reynals y Rabassa, y el otro don Francisco Pi y Margall, personalidad eminente, cuyas prendas no es necesario encarecer, pues su nombre es de sobras conocido en la

Historia de las letras patrias. Ambos a dos porfiaban en hacer que su buen amigo y compañero sacara el mayor fruto posible de las lecciones, empeñándose en que siguiera su ejemplo, para aspirar como ellos a distinguirse en los primeros puestos de la clase. Según parece, Rogent era más aficionado a las correrías que antes y después de la clase hacían los escolares por el glacis de San Antonio, en las cuales tenía a veces que proteger a fuerza de puños a sus queridos condiscípulos y mentores, si se enzarzaban en alguna ocasión con otros mozalbetes.

Dice de Reynals, que era todo un carácter, serio, discutidor, tenaz en sus ideas preconcebidas e incapaz de doblegarse ante la injusticia. De Pi y Margall dice que era apocado, tímido y respetuoso con todos; era además místico, hasta el punto de que sus condiscípulos creían firmemente que estaba predestinado para la vida sacerdotal.

La misma opinión compartía la madre del eminente artista Apeles Mestres, que fué discípula de Pi, de literatura y lengua castellana. Así lo manifestó su hijo en el trabajo que fué leído en el Ateneo Barcelonés en 27 de abril de 1917, titulado "*Pi y Margall, íntim*". Copia las palabras de su madre: "Hablabá a media voz, reposadamente, en castellano correctísimo. Si me hubiesen anunciado el mejor día que se hacía cura, lo habría creído muy natural." (Traducido).

Por circunstancias, tal vez, hijas del trato comercial que tuvo su padre con la construcción del famoso Colegio de Carreras (2), y descontento de la poca aplicación con que había estudiado el latín en los Escolapios, sacóle en 1836 de la férula de esos Padres y le llevó al referido colegio privado, donde emprendió el estudio de las Matemáticas y del idioma italiano. Ello se explica, porque el viejo Rogent aspiraba a que su hijo fuese arquitecto y creía entonces que todo lo que al arte se refería, nos llegaba de Italia. El joven estudiante sentía ya entonces gran cariño por la Arquitectura, y por ello emprendió los preliminares indispensables para empezar dicha carrera.

Durante su estancia en el colegio, en el que se hallaba muy a gusto (y donde conoció al padre de quien debía ser después su gran amigo y fiel admirador Augusto Font y Carreras), ocurrió algo que revela ya su acometividad y su talento organizador. Refiere Font en el trabajo necrológico que escribió por encargo de nuestra Academia Provincial de Bellas Artes, que habiendo fallecido uno de los colegiales, "quizás el más distinguido y de más talento entre los alumnos, y como expresión de cariño, se le colocó sobre el féretro, una corona de laurel.

Al llegar al cementerio y ante la fosa en que iba a ser enterrado aquel compañero de todos, se adelanta Rogent, y con la sencillez del niño y la espontaneidad del que siente lo que dice, propone a su director que aquella corona, símbolo de gloria y emblema del cariño que todos sentían por su distinguido compañero, fuese desde aquel momento el premio de honor y la distinción más valiosa que debiera otorgarse al alumno que más se distinguiera cada curso por su buena conducta y la brillantez de sus estudios, y admitido este rasgo de Rogent, al año siguiente Rogent fué el primero de los alumnos que recibió la distinción que él había propuesto”.

En 1840, a los diez y nueve años, dió por terminada su preparación, pero conservando del colegio agradables recuerdos. En él, según dice en la vejez: “elevaron mis sentimientos y robustecieron mi inteligencia; entró en mí el afán de saber y ser el primero entre mis compañeros. El estudio de las Matemáticas me era fácil, así que comprendí bastante bien los teoremas más intrincados y difíciles. Estudié con empeño la Física y la Historia Natural, pero las que absorbieron del todo mi atención fueron las enseñanzas de la Historia, la Geografía y la Retórica”.

Grandes elogios hace del profesor de esta última asignatura, el reputado escritor que fué más tarde director del Instituto, don Juan Cortada, al cual se siente agradecido por el interés con que se dedicó a acrecentar sus conocimientos literarios, hasta conseguir que por elección libre de todos sus compañeros, se le adjudicara a fin de curso la corona de laurel. Cita además, con gratitud, a los que también fueron sus maestros don Juan Agell, don Agustín Yañez, don Carlos Carerras y al que después fué su compañero de Academia de Bellas Artes, don Luis Rigalt.

Después de tales preliminares entró como alumno en la Escuela de Arquitectura, que había establecido en la casa Lonja la benemérita Junta particular de Comercio. Y entró lleno de prejuicios porque sentía vivas ansias de conocer el suelo en que había nacido, puesto que su fogosa imaginación estaba todavía impresionada por el hechizo de las explicaciones que don Juan Cortada le había dado sobre Historia Universal, la de España y aun la particular de Cataluña, que le tenían completamente fascinado. Seguía además los estudios científicos que de tanto interés eran para su carrera. Pero sus preferencias eran por los conocimientos literarios, históricos y artísticos. Buscaba con afán

los libros y revistas en que se representaban los monumentos de las remotas edades, la indumentaria de los pasados siglos y civilizaciones, los paisajes pintorescos y en general cuanto pudiese darle trasunto de la naturaleza y la historia de los pueblos.

Ansiaba volar a ver por vista de ojos las obras maestras del medioevo, que en aquella época no se miraban con desprecio, sino con horror. Pero hasta entonces no había traspuesto el recinto ciudadano y sus limitados aledaños. Se lo impedía su corta edad, que le tenía sujeto a la autoridad doméstica, y la guerra civil que asolaba la tierra catalana. Por ello iba siguiendo a regañadientes las enseñanzas de la Arquitectura en la Escuela en la que se propagaban ideales artísticos que él no compartía y se menospreciaba las obras de la Edad media que no llamaban poco ni mucho la atención del profesor ni de los demás alumnos.

Trabajaba no obstante con fervor para penetrar los misterios de la Ciencia, pero aspiraba además a elevarse en alas de la fantasía para apreciar mejor cuanto nos legaron los antiguos, para ver si acertaba a comprender la causa del desdén con que en la escuela eran miradas las más puras manifestaciones medievales que tanto le embelesaran desde sus más tiernos años. Consolábase visitando a menudo nuestra bellísima Catedral, admirando las naves, el coro con sus ricas sillerías, el claustro con sus capillas y en ocasiones las joyas que era dado admirar y se preguntaba: ¿por qué en la escuela no estimaban aquello ni merecía de los maestros la menor consideración?

Dice ingenuamente: “Visitaba Santa María del Mar, la Casa de la Ciudad, en su parte antigua, porque la moderna me apestaba; la Audiencia, la casa de Gralla y todo lo encontraba más serio, más artístico y, en una palabra, más bello que los órdenes de Arquitectura y los templos griegos que me obligaban a copiar servilmente y con modelos ya anticuados.”

Hay que confesar que ese desahogo tiene algo de injusto, porque si entonces hubiese meditado sobre el medio que le rodeaba al asistir a la escuela, hubiese comprendido la indiscutible belleza de aquellos órdenes clásicos del edificio Casa Lonja y en especial su patio y escalera de honor, que nuestra ciudad ostenta con noble orgullo. Lo que había, y el joven escolar no se percataba de ello, es que él llevaba dentro de sí, el innato amor al terruño en el cual había tan profundamente arraigado el arte de la Edad media.

Después del abrazo de Vergara, y llegado a los diez y nueve años, su buen padre aflojó los vínculos que le sujetaban y aun le puso al frente de los negocios de la casa. No obstante, seguía los estudios de la especialidad, y dando pábulo a las inclinaciones artísticas y científicas, se alistó en las clases de Química y Física de la misma Junta de Comercio, que desempeñaban don José Roura y don Juan Agell, quienes le tomaron de muy buen grado y además la clase de Geología que explicaba don José Llobet y Vall-llosera en la Academia de Ciencias naturales llamada también Academia de Cordelles, del nombre del canónigo fundador. Esa cátedra, que desempeñaba el profesor *gratis et amore Dei* sedujo al joven estudiante en especial manera, porque las lecciones tenían su complemento en excursiones por la montaña de Montjuich y las laderas del Tibidabo y San Pedro Mártir, para que formaran concepto de las formaciones geológicas y los minerales y fósiles sueltos que en la superficie se encontraban.

En esa Academia se anunciaba anualmente un curso de Geometría Descriptiva que, generalmente, no se daba por falta de alumnos inscritos. Rogent, en su afán de adquirir nuevos conocimientos insinuó a sus condiscípulos de Arquitectura la idea de matricularse en dicha cátedra, sin saber en lo que consistía y tan sólo para ensanchar el círculo de sus estudios, ya que en Barcelona y en aquella época pocos sabían de tal asignatura. Fué el profesor el director de la Casa de Moneda, D. J. Peradaltas y Pintor, quien la había estudiado en la Escuela Politécnica de París, y tuvo la fortuna de que sus lecciones fuesen cariñosa y provechosamente recibidas por aquellos jóvenes afanosos de penetrar en los secretos de la Geometría en el espacio.

Y aquí paréceme que habría de venir muy a cuento el decir cuatro palabras acerca de la Escuela de Arquitectura de la Junta de Comercio, que fué fundada para contribuir a la restauración del movimiento cultural barcelonés al sacudir el yugo extranjero. Pero creo mejor reservarle un mayor espacio al tratar del biografiado, y de sus estudios en la escuela de Madrid.

Reanudando, pues, la narración de los hechos más culminantes del joven, hay que consignar que, gracias al gesto paterno que en cierto modo le emancipaba, pudo comenzar sus ansiadas correrías por Cataluña y así fué permitido asistir a la fiesta mayor de Vilafranca del Panadés, en 31 de agosto de 1840, cuyo espectáculo, por ser el primero de su clase que le había sido dado gozar, quedóse fuertemente grabado

en su memoria. Precisamente en aquel día pasó por allí la primera diligencia que de Barcelona conducía a Tarragona y Reus, reanudando el servicio interrumpido durante la guerra de los siete años, lo cual motivó una explosión de entusiasmo entre los viajeros y los vilafranqueses. No habla todavía de visitas a los monumentos de Santa María, San Juan y San Francisco, pues, según parece, se entretuvo más en los festejos plebeyos.

Un año después, en 2 de septiembre de 1841, previo el permiso paterno, emprendió el joven estudiante una excursión por el interior de Cataluña en unión de dos compañeros; y bien puede afirmarse que fué ya preparada con vistas a lo más interesante de cada población visitada, según las referencias. Hay que hacer constar que la mayor parte del viaje se hizo por etapas a pie y con la mochila a la espalda.

El final de la primera jornada fué Caldas de Montbuy (Iglesia y Majestad); al día siguiente por San Feliu de Codinas a San Miguel del Fay, de la cual conserva a través de los años una “impresión viva, brillante y fresca con todos sus detalles y matices”.

Van luego a Centellas bordeando el Castillo roquero de San Martín. (En la villa ventanas canopiales cuya tradición perduró hasta final del siglo XVIII.) Pernoctaron allí y al día siguiente por Hostalets de Balenyá, Aygues Partides, Tona y Moyá llegaron a Vich (Plaza Mayor, *dels Màrtirs*, Ramblas, calle de Manlleu, Catedral, cuyo estilo le recordó las enseñanzas de la escuela y no le gustó, pero sí el claustro, la Sala Capitular, el retablo del altar mayor y el *cloquer* románico). En presencia de la fachada de la Catedral y su portada, “me afirmé en mi convicción de que la Escuela estaba desviada”. Allí estuvieron tres días. Regresaron a Tona y por la cuesta de Collsuspina llegaron a Moyá, que encontraron casi en ruinas a consecuencia de la guerra civil de los siete años. Siguieron por Calders y San Fructuoso de Bages y atravesando el Llobregat por cerca San Benito de Bages penetraron en Manresa, tercera etapa de su excursión. Como era la víspera de la Virgen de Montserrat, a cuyo Monasterio querían llegar el día de la fiesta titular (Palacio municipal, con su pórtico, y la Seo, que reputó como la verdadera Catedral de Vich), a pie se encaminaron a la Santa Montaña, pernoctando en el Bruch de Dalt. Por Casa Masana, donde vieron salir el sol al día siguiente, gozando del admirable panorama (Cavall Bernat, Roca foradada y la interminable cadena de cordilleras hasta el Pirineo), llegaron a la meta de su excursión. Encontraron el Monas-

terio abandonado de los monjes; la milagrosa imagen se hallaba en Barcelona; la montaña sin ermitaños. Regresaron por Collbató y el Bruch y a los dos días tomaron una de las galeras de viajeros entre Esparraguera por Martorell hasta Barcelona. Aquel primer ensayo dejó profunda huella en el ánimo de Rogent. Reanudó sus tareas comerciales que representaban el pan de la familia, continuó, para mejorar la situación de la casa, los estudios profesionales y en cuanto le era lícito, sin permiso del padre, compraba libros que leía con afán para robustecer el círculo de sus conocimientos. Nada le divertía ya, más que la lectura “y siempre—dice— vagaba por mi imaginación la idea de viajar y de ver mundo aprovechando las circunstancias que pudiesen facilitarlos”.

No tardaron éstas en presentársele. Un hermano de su padre que le quería mucho (pues con su propio hijo no pudo nunca entenderse), sufría pertinaces dolores que le tenían casi siempre postrado en cama. Varios doctores adoptaron el criterio de quitárselo de delante y hablaron de mudar de aires. Rogent se asió a aquel cabello y se presentó ante los ojos de su imaginación una visita a Poblet del cual le había hablado en sus lecciones don Juan Cortada, y así propuso a su tío que fuese a la Espluga de Francolí, “lugar sano y tónico que tenía un manantial ferruginoso de los más preciados de Cataluña”, añadiendo que en dicho sitio había un famoso monasterio, el más rico y notable de España, improvisando una pintura muy animada para decidirle a tomar su partido, lo cual consiguió, pues al buen anciano le pareció que con aquel cuadro tan atractivo iba a recobrar la salud perdida. Habló además a su padre rogándole que le permitiese acompañar al enfermo y así pudo conseguir el trazado de un itinerario seductor por demás: Tarragona, Reus, Valls, la Conca de Barberá, Poblet... Digno remate de sus aspiraciones de muchos años.

Apenas abierto el Portal del Angel a las tres de una madrugada, salieron ambos viajeros en la diligencia, llegando a las nueve a Vilafranca, a las dos a Tarragona y a las cuatro a Reus alojándose en el *Hotel de Aixemús* “que disfrutaba buena fama por su aseo y limpieza”. En el intermedio habla del Arbós, la Gornal, Vendrell, el arco de triunfo romano de Bará “que se había restaurado de mala mano para dedicarlo al duque de la Victoria”, Crexell, Torre d'en Barra, Altafulla y la antigua ciudad de Tamarit, citada por Cortada en una de sus novelas, el sepulcro romano de los Scipiones y la famosa Tarra-

co. De Reus, montados en burros, a Valls, pasando por Alcover, anti-
quísima villa fortificada, y luego traspuesto el Coll d'Illa entraron en
la Conca de Barberá, cuya villa más importante es Montblanch, recos-
tada a la orilla derecha del Francolí, hasta el fin de la jornada, la fa-
mosa Espluga de dicho nombre, alojándose en una casa-mesón-café y
alquitara todo en una pieza, donde mientras el tío suspiraba por la
fuente medicinal, el sobrino soñaba con el famoso monasterio cister-
ciense, que tan alto lugar ocupa en la historia de Cataluña.

Dejemos en paz a los viajeros tomar el agua y visitar el cenobio,
del cual hace Rogent en sus Memorias una detenida reseña, más desde
el punto histórico que del artístico, pues confiesa que no está aún ca-
pacitado para hacer una crítica arquitectónica. No obstante, más de
quince días lo estudió y se despidió “de tan venerables recuerdos, aca-
riciando la esperanza de que volveré a saludarlos y que llevando armas
mejor templadas para explicar artísticamente mis conceptos, podré
apreciar las muchísimas bellezas que atesora el monasterio que ahora
no puedo explicar, pero me siento más realzado y con mejores bríos
para emprender con ánimo levantado el estudio de mi noble arte”.

De entre las ruinas recogió dos figurillas de alabastro que ofreció
a su buen amigo y más tarde cuñado Claudio Lorenzale, y un libro de
la biblioteca que regaló a otro querido amigo Manuel Milá y Fontanals.
Al regreso se detuvieron en Tarragona, visitando lo más notable y
regresaron a Barcelona en 23 de diciembre de 1841.

Al año siguiente dedicóse a estudiar los monumentos barceloneses:
San Pedro de las Puellas, San Pablo del Campo, la colegiata de Santa
Ana, los Conventos del Carmen, Montesión y Junqueras, las parro-
quias de San Justo, del Pino, Santa María del Mar y la Seo, además
de las Casas Consistoriales y la Diputación. Luego fué a Pedralbes y,
en el buen tiempo, pernoctando en Sarriá, fué con un su amigo a San
Cugat del Vallés.

En noviembre de aquel año 1842, tuvo lugar el bombardeo de Bar-
celona por el general Espartero, durante doce horas. La familia de
Rogent como la mayoría ausentóse de la ciudad, pero su padre no quiso
alejarse de sus intereses y permaneció en su casa. Su hijo no le aban-
donó. Y dejando el grupo de vecinos que se habían reunido en ella, para
protegerse con vigas y maderos porque las bombas ya caían en la
calle del Hospital, subióse a su habitación, donde fueron a encontrarle
su padre y los vecinos al cuarto de hora de buscarle por todos los rin-

cones, encontrándole que estaba lavando “con tinta china un proyecto que tenía empezado, sin acordarme de las bombas y granadas arrojadas desde el Castillo”.

En la primera mitad de 1843, se produjo una nueva revolución llamada la *Jamancia*, que motivó el sitio de Barcelona durante tres o cuatro meses. Dividióse la familia Rogent. El padre, hombre de armas tomar, como suele decirse, pues había estado en el sitio de Gerona, quedóse para mejor defender sus intereses con su esposa y el hijo menor, en Barcelona, y la abuela con tres nietos y Elías se fueron a Sarriá donde había el ejército sitiador. Así no se paralizó el comercio de cal que seguía una marcha próspera con el desarrollo de los suburbios barceloneses. Pero nuestro futuro arquitecto echaba de menos sus libros. Estaba ocupadísimo. Semanalmente tenía que ir a Vallirana donde tenía su padre los hornos de cal, y luego a visitar las obras de los suburbios en las que le consumían sus materiales. Pero el excursionista infatigable sacó partido de esa situación, para hacer escapatorias artístico-arqueológicas por la cordillera que corre a lo largo del Llobregat por el Oeste. Una sola condición se le impuso; que debía pernoctar en Sarriá o en Vallirana. Y todo ello a pie como se supone. Empezó por la casa solariega de Viladecans con sus muros almenados y acompañado luego por un su amigo propietario de casa Amat, visitó la ermita del Brugués y el Castillo roquero de Aramprunyá. Llegó al anochecer tan cansado que tuvo que faltar a su consigna y aceptar la franca hospitalidad de su amigo. Visitó la iglesia y los restos del Castillo de Cervelló, así como la fuente de *Armena* y el acueducto *del Lladoner* cerca de la cruz de Ordal, donde fué alevosamente asesinado el obispo de Vich, Raimundo Strauch; la capilla ermita de San Pons y más tarde Begas. Después Martorell con el famoso Puente del Diablo, que ya conocía por las descripciones de Laborde.

En 1844, contando ya veintitrés años, cayó en la cuenta de que su desmedida inclinación a nuestro arte monumental retrospectivo le estorbaba de ocuparse asiduamente de sus estudios profesionales y como le faltaban tan sólo dos años para revalidarse, sobreponiendo sus deberes escolares a sus inclinaciones naturales, optó por cumplir con los primeros. Dedicóse a la Mecánica racional que desconocía tanto como la Estereotomía y la Construcción y para la composición de edificios continuó estudiando en el tratado de Arquitectura, de Milizzia, su autor predilecto. Matriculóse en un curso de Física en la Casa Lonja que

explicaba su antiguo profesor don Juan Agell, hasta que renunció, encargándose de la cátedra su alumno don Joaquín Balcells. En los exámenes de 1846, fué designado como alumno distinguido (3) para disertar en los exámenes acerca de “las propiedades de los cuerpos”. La Mecánica la estudió sin profesor con el texto de Vallejo. La Descriptiva con la obra de Leroy, que entonces se había publicado, y con sus compañeros Masferrer y Gallart organizó una conferencia a base de la obra de Simonin, y llevando la voz ante sus compañeros hacía él de profesor y dejaba que los otros le dibujaran las figuras aclaratorias.

Le faltaba lo más arduo, lo más trascendental de la carrera y como no tenía confianza en el profesor de la Escuela ni en los métodos empleados para explicar los secretos de la composición de edificios que le permitiesen hacer un proyecto de primer orden según los requisitos exigidos por la Real Academia de San Fernando, tras maduro examen resolvió elegir para profesor de dicha enseñanza al que después fué su mejor amigo y compañero don José Oriol Mestres, en cuya casa se constituyó una cátedra privada a la que asistieron con Elías Rogent, Martín Sureda, Pablo Masferrer, Andrés Carbonell, N. Vergés y algunos otros descontentos de la Escuela oficial.

Para desempeñar una comisión relacionada con el comercio de su padre, hízole éste emprender un viaje a Zaragoza. Salió con el propósito de aprovechar el viaje y los vagares de su comisión estudiando su Mecánica racional a solas y sin estorbos. Pero no pudo conseguirlo, pues sólo soñaba en lo que había visto en Lérida, el valle de Fraga regado por el Cinca y la llegada a la capital de Aragón atravesando el puente sobre el río más caudaloso que había visto. Muy profundamente le interesó Zaragoza con su catedral del Salvador, su templo del Pilar, su Audiencia, sus ruinas heroicas, la Torre nueva (hoy desaparecida), sus casas señoriales de famosos aleros, todo lo cual le hizo percibir el perfume de una raza típica y buena, y el color local de una arquitectura que sin mendigar formas del arte greco-romano tuvo variados aspectos que le atraieron y fascinaron durante los tres días que en la ciudad permaneció.

Al llegar a Barcelona a los dos días de tomar la diligencia recordó ¡que no había abierto su libro de Mecánica!

En el año 1845, empezó a desarrollar el proyecto de Reválida asesorado por su profesor particular. Consistía en un edificio de nueva Aduana emplazada en el solar del antiguo convento de *Framenors*, al que

se entraba por un boquete abierto a la muralla. En la plaza central del edificio, proyectó un vasto embarcadero para la mayor facilidad de la recepción de mercancías. Terminado el borrador del anteproyecto quiso refrescar su imaginación y así aprovechó una excursión artística proyectada por sus amigos Lorenzale y Mestres, a la que se agregó Pablo Masferrer, dirigida a Poblet, Santas Creus y Tarragona. Don Claudio Lorenzale después de dos años de residencia en la Ciudad Eterna, al lado de Minardi y Overbeck, hizo un viaje con don Pablo Milá y Fontanals y Joaquín Espalter por la Umbría, la Toscana, el Veneto y la Lombardía; después de haber estudiado los museos de Madrid y Sevilla y visitado los más notables monumentos de España, fijó su estudio en Barcelona, donde la Junta de Comercio le nombró profesor de dibujo del antiguo y del natural de su Escuela de Bellas Artes. Y como conocía a Rogent desde antes de ir a Roma, aceptó con gusto su compañía en la excursión que tuvo lugar en los primeros días de septiembre de 1845, y que además de los puntos elegidos, se extendió hasta el castillo de Solivella de Queralt, y duró ocho días, dejando entusiasmado al futuro arquitecto, las atinadas y eruditas observaciones de su paternal amigo Lorenzale, que después casó con una su hermana, y fué maestro del gran Fortuny.

Vibraban todavía en su imaginación las imborrables impresiones recogidas en aquella excursión a Poblet (que se prometió volver a visitar una vez ya hecho arquitecto para poder estudiar el monumento con más conocimiento de causa), cuando una disposición gubernativa reglamenta la enseñanza de la Arquitectura y establece una Escuela especial en Madrid. Los alumnos más aventajados de la de Barcelona al perder ésta su importancia, aprovecharon unos, la gracia de un año para revalidarse; mas otros, deseosos de ingresar en el nuevo centro, abandonaron la Casa Lonja. Rogent es de éstos, y quiere correr presuroso a beber en aquellas nuevas fuentes, pero se encuentra ante el mural de la cuestión económica; su estancia en Madrid sólo es posible merced a gravísimos dispendios pecuniarios y equivale a lanzarse a un incierto porvenir. La familia se agita, se conmueve, se ve y se desea para hallar solución, pero entonces surge la madre amantísima que cree firmemente en la valía de su hijo y afirma “que la familia aunque llegue a carecer de lo más indispensable mantendrá el propósito de Elías”. El muchacho irá a Madrid y volverá arquitecto. Diez días después emprende el viaje.

LAS ESCUELAS DE ARQUITECTURA

LAS ESCUELAS DE ARQUITECTURA

LA Junta particular de Comercio de Barcelona, apenas recobra la ciudad, la libertad perdida, se percata de la absoluta decadencia en que se halla, así que con miras elevadísimas acuerda en 17 de septiembre de 1817, establecer una clase de arquitectura, encargando su dirección al muy reputado arquitecto don Antonio Celles y Azcona, pensionado en Roma por la Real Academia de San Fernando. El flamante director, en la muy solemne inauguración de la Escuela, enaltece la arquitectura clásica y traza su programa. Fallecido en 1835 es sustituido por indicación suya y con carácter interino por el joven don José Casademunt, quien cinco años antes había recibido el título de arquitecto de la Real Academia de San Fernando, después de ocho cursos de frecuentar la Casa Lonja. A los pocos días de ejercer el cargo ya propuso una nueva organización de la enseñanza, basada en la división de las materias en artísticas y científicas; y proclamando que la primera o sea la copia de modelos y la composición debía ser individual, y en cambio colectiva, la que comprendía el estudio de los terrenos, materiales, fábricas y Estereotomía. Así fué el primer catedrático de Arquitectura que explicó teóricamente la construcción en Barcelona. Trabajando asiduamente y no dejando de enterarse del movimiento didáctico de la época desarrolla ante sus alumnos estudios complementarios, extractando las obras de Vitrubio, de Palladio, de Belidor, de Rondelet y otros (4). En 1841, la Academia de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia, le admite en su seno por haber aprobado todos sus trabajos presentados a examen. La Junta de Comercio, en 24 de febrero de 1842, le confiere la cátedra en propiedad. Pero al suprimir, o mejor, reglamentar el Gobierno de S. M., la enseñanza de arquitectura, crea la Escuela de Maestros de Obras, de donde debían salir los auxiliares técnicos de los Arquitectos y que llenaron nuestra ciudad de obras particulares muy dignas de ser celebradas por sus positivos méritos.

En aquel tiempo, Casademunt había cambiado completamente los ideales que informaban la enseñanza. Al paso que Celles, de criterio clásico preceptivo, sólo habla en su discurso inaugural de los grandes monumentos de Grecia y Roma y también los del Renacimiento en todo el mundo, no dedica ni un ligero recuerdo a las obras del arte medieval, ni tan sólo a los maravillosos templos que tiene en Barcelona ante sus ojos y tuvo anteriormente en Lérida; en cambio, Casademunt inculca a sus alumnos el amor al estudio de las joyas arquitectónicas que atesora Barcelona, algunas de las cuales puede decirse que todavía humeaban, víctimas de la barbarie moderna. Por ello mientras Celles deja como obra maestra el estudio y reconstitución del Templo de Hércules cuyas ruinas mide exactamente y propone al Municipio el derribo de los edificios colindantes, Casademunt busca entre los escombros el templo más representativo de una época de nuestra ciudad y dedica todos sus afanes a reconstituir el magnífico convento e iglesia dominicana de Santa Catalina Mártir, levantando por encargo de la Junta de Comercio los planos, antes de la inminente destrucción del monumento.

Elías Rogent, el día de Todos los Santos de 1845, después de haber celebrado en familia la tradicional *Castanyada*, la que honraron con su presencia Claudio Lorenzale y José Oriol Mestres, que se consideraban mentores del animoso estudiante, debía tomar la diligencia que tenía que conducirle a Madrid. Un velo de tristeza se cernía sobre aquel hogar a causa, por un lado de la reciente y prematura muerte de su hermana mayor Teresa, en quien idolatraba, y por otro lado por la próxima separación del primogénito para emprender un viaje casi improvisado. Ya se supone que no le abandonaron hasta dejarle sentado en el carruaje y que no faltarían llantos, suspiros y recomendaciones.

A los cuatro días de viaje llegaba a la Corte aquel joven de veinticuatro años, que hasta entonces no había hecho más que seguir sus estudios y ayudar al comercio familiar, gracias al cual y a pesar de toda suerte de contrariedades, pudo llegar a acercarse al logro de sus aspiraciones.

En Madrid se hallaban actuando los tribunales para los exámenes de ingreso en la Escuela, para ir clasificando a los alumnos en los cursos que les correspondían, según las aptitudes que habían demostrado, todo según el Reglamento. Aunque se estaba instalando la Escuela en la antigua de Artes y Oficios de la calle del Turco, se daban las clases en

la Academia de San Fernando. A Rogent le declararon alumno del tercer año. De los catalanes que fueron a Madrid con igual propósito, sólo dos pudieron ganar un año de carrera cada uno: su íntimo amigo y compañero Juan Torras y Agustín Però; los demás abandonaron la carrera o volvieron a Barcelona a aprovechar la prórroga concedida por el Gobierno.

Al novel alumno le sirvieron, según confesión propia, además del prestigio de la procedencia, las lecciones de Física y Química dadas por Agell y Roura, y las de Descriptiva en la Academia de Cordellas, y de ningún modo las recibidas de la Casa Lonja. Formaban el profesorado de la Escuela madrileña, el director don Juan Miguel de Inclán, antiguo director de la Academia de San Fernando; don José Jesús de la Llave, profesor de Mecánica racional y sus aplicaciones; don Eugenio de la Cámara, secretario de dicha Academia y profesor de Cálculo diferencial e integral; don Juan Peyronet, de Estereotomía; don Narciso Pascual Colomer, arquitecto de la Real Casa y del Congreso de Diputados, profesor de Construcción; don Antonio Zabaleta, antiguo pensionado en Roma, dibujo artístico y Arquitectura legal; don Aníbal Alvarez, pensionado también en Roma, enseñaba los estudios de proyectos y la Historia de la Arquitectura; la Composición estaba encomendada al director a pesar de sus ochenta años. Auxiliaban a estos profesores, tres ayudantes: Don Mariano Calvo, que hacía de secretario de la Escuela; don Pedro Campo Redondo y don Atilano Sanz, que cuidaban de las clases prácticas.

La amistad con Espalter hizo que Rogent fuese presentado a don Aníbal Alvarez y don Antonio Zabaleta, que eran amigos del esclarecido pintor barcelonés. Como le recordaban por el examen de ingreso aprobaron el ejercicio de dibujo del aspirante, por lo cual quedó también admitido alumno de la parte artística.

Se acomodó pronto a la vida escolar, pues ya estaba acostumbrado, desde que tuvo que encargarse del negocio de su casa, a prescindir de la vida placentera del estudiante pigre, y así como en Barcelona fué un modelo de honradez y austeridad manejando los intereses paternos, continuó en Madrid dominado completamente por los estudios que debían llevarle a la consecución de sus constantes y antiguos ideales, obteniendo el título de arquitecto.

En aquel entonces, el director de la Escuela, el alma de la sección de arquitectura de la Academia, Sr. Inclán, estaba muy preocupado

porque tenía que resolver el pleito o guerra civil que había estallado en Barcelona con motivo de la construcción del Gran Teatro del Liceo entre los compañeros Molina, Garriga, Oriol y Bernadet y Mestres.

De todo el profesorado, don Aníbal Alvarez fué quien se ganó más la admiración y la simpatía del alumno barcelonés, por ver en él un reformador de la tradicional medianía de la construcción urbana madrileña, introduciendo nuevos materiales como la piedra de Novelda para emanciparse de las indispensables berroqueña y de Colmenar; dando más elegancia a los perfiles de las molduras y cifrando en los bajos del edificio la parte más expresiva de las casas. Así lo demostró en la esquina de las calles de Sevilla y Alcalá; en algunas casas modernas de la Carrera de San Gerónimo y calles de Jacometrezo, Fuenarral y Costanillas, de los Angeles y de Santo Domingo; así como en el aristocrático Palacio de Gaviria en la calle del Arenal, frente a la plazuela de Celenque, en el cual, para dar mayor comodidad y visibilidad al edificio, colocó su portada, no en el centro de la fachada, sino en la enfilación del eje de la plaza frontera, cual siglos antes había hecho el arquitecto de la Casa Gralla de Barcelona.

En el año 1845 en que fué a Madrid Rogent, habían llegado de Roma los dos pensionados Zabaleta y Alvarez, llenos de las maravillosas visiones de los palacios de Florencia, Venecia y Milán, sin haber pensado tan siquiera en enterarse de la altura que podían tener las columnas Trajana y Antonina.

Por la mediación de Espalter, pudo gozar Rogent de la amistad paternal de aquellos artistas, contribuyendo eficazmente a sus adelantos en la cultura artística, pues le facilitaban la vista de sus carteras de apuntes de viaje. Y como entre los pensionados había cierta fraternidad establecida, los de Madrid, Madrazo, Esquivel, Ribera y Ferrant, alternaban con los catalanes Cerdá, Espalter, Lorenzale, Milá, y los dos esclarecidos Vilar, escultor, y Clavé, pintor, que llamados por el Gobierno fueron a fundar la Academia de Bellas Artes de Méjico. Así Espalter pintó los salones del Palacio de Gaviria, proyectado y dirigido por Aníbal Alvarez, según dije.

Mucho aplicóse en aquel curso nuestro estudiante, observando conducta ejemplar (5). Sólo se permitía con algunos compañeros catalanes asistir al anochecer al Ateneo que estaba en el primer piso del Café del Espejo, en la proa de la calle de la Cruz con la de Carretas. Allí les fué dado escuchar las conferencias de los oradores de más fama,

como Alcalá Galiano, Pedro Mata, y a otro catalán, Más, que inició su primer curso de Arqueología cristiana, sin contar algunos extranjeros.

Según parece, esta buena conducta del mozo, iba acompañada de una frugalidad rayana en la miseria, pero que era posible dada la buena salud de que gozaba. Su presupuesto era de seis reales diarios y dos de café; como tenía el límite de cinco pesetas establecido por su buen padre, todavía ahorraba tres pesetas para fondo de reserva. No hay que decir los cambios de pupilaje que tuvo que hacer para poder resolver el problema bromatológico. Así fué transcurriendo el curso en el primer año hasta que la primavera anunció la proximidad de los exámenes, que debían celebrarse a principios de estío. Entonces con su compañero Cruz, que vivía con su tío, cura del Retiro, se reunían en las primeras horas de la mañana para darse conferencias acerca de los problemas de diversa índole, ya artística, ya constructiva, que juzgaban podían serles propuestos en los exámenes.

Estos tuvieron lugar el 16 de julio, pues el curso empezó a mediados de noviembre. Rogent tenía mucha confianza en el buen éxito de sus estudios. Así que se fué de verbena a la calle de Alcalá, en que se celebraba la del Carmen, para gozar un espectáculo nuevo para él. A pesar de lo cual a las nueve de la mañana ya estaba en la Escuela. Por ser el primer curso de la misma, quiso el claustro que presidiese los exámenes el Director General de Instrucción Pública, don Antonio Gil de Zárate, y Rogent fué el primer llamado. Sus profesores hicieron cuanto les fué dable para hacer brillar su aplicación, así que obtuvo la nota de sobresaliente y el número uno de la lista. Al día siguiente, después de haber dado gracias a sus profesores, acudía a las seis de la tarde a la Puerta del Sol, en cuya hora salían todos los Correos de la Casa de Postas. Era un espectáculo típico de la Corte. Durante los cuatro días de viaje le devoró la impaciencia para reunirse con su familia. Así que pudo dormir poco, pues además de esto en cada cambio de tiro se presentaba el zagal a pedir a cada viajero su propina de cuatro cuartos y si le hallaba dormido le despertaba. Todo tiene fin en este mundo y también lo tuvo el viaje de Rogent, aunque le parecieron cuatro siglos los días que empleó en él. A las cinco de la mañana del 21 entró por el Portal de San Antonio, yendo a parar frente a la fonda de Oriente, en la Rambla. La casa familiar ardía en júbilo y barullo, pues desde la abuela, a los padres, hermanos, que le estrujaban en sus brazos, llo-

rando de alegría, hasta los demás parientes y amigos, todo el mundo le miraba como un ser extraordinario a quien molían a preguntas de toda laya.

Durante su estancia en Barcelona fué con Mestres al Liceo para admirar la armadura del Gran Teatro, que si no ando trascordado era de madera de caoba y de escuadrias fantásticas y obra del maestro carpintero barcelonés Motiñó.

Recorrió todos los andamiajes, oyendo las explicaciones que le daba el arquitecto y antiguo preceptor, quien de paso le enteraba de las rencillas y disgustos que mediaban entre sus compañeros de profesión y le aconsejaba con muy buen acuerdo que, ya que era ajeno a todo ello, hiciera todo cuanto le fuera dable para no acercarse a la hoguera para no ser alcanzado por las brasas ni las chispas. Por ello durante esas vacaciones prefirió visitar algunos pueblos de la Costa de Levante que celebraban su Fiesta Mayor antes que ir a visitar a sus conocidos arquitectos.

La revista que se publicaba en Madrid con el título de “El Renacimiento” se ocupó en el número de 18 de julio de 1847 y en su sección llamada “República de Artes y Letras”, de los exámenes en la Escuela especial de Arquitectura, en los siguientes términos:

“Con más rigor tal vez, del que convendría a profesores artistas, con discípulos poco familiarizados todavía con las materias que constituyen la difícilísima educación del sentimiento de lo bello aplicado a la construcción, se han abierto los exámenes de la mencionada Escuela, y podemos asegurar que los ejercicios que en ellos se han hecho han superado a las exigencias de los examinadores y espectadores más descontentadizos. Decimos que los profesores se han mostrado en dichos actos excesivamente severos; debe disculparse en verdad su loable deseo de acreditar que la carrera que enseñan no es nada menos meritoria, científicamente hablando, que la de sus eternos émulos los ingenieros civiles; pero también debe considerarse que la enseñanza de la Arquitectura comprende asignaturas de educación puramente artística, de mero sentimiento, de pura poesía, y que esta parte estética no está sujeta a cánones y reglas invariables, de tal manera que un joven a los 18 ó 20 años pueda, respondiendo sobre ello, contestar a sus jueces, como puede hacerlo desarrollando en el encerado, la fórmula del péndulo o una ecuación de sexto grado. En los años de educación puramente artística, como son las teorías del arte y la composición, debe pues, haber más indulgencia, porque sinceramente hablando: ¿podrán

asegurar siempre los maestros que los que yerran son los discípulos y no ellos?

”Dícese que el sábado último, 10 del corriente, presencié dichos exámenes, con muestras evidentes de complacencia y por espacio de tres horas, el Sr. D. Antonio Gil y Zárate, Director general del ramo de Instrucción pública; mucho nos holgamos de esto, porque el Sr. Gil, que a su ingenio de poeta reúne conocimientos nada comunes en las matemáticas y ciencias exactas, habrá podido apreciar mejor que otro alguno, los generosos esfuerzos de los jóvenes alumnos de la Escuela y el noble celo de sus profesores, etc....

Es pues muy honroso para el joven Rogent haber salido aprobado como alumno de quinto año, según certifica don Mariano Calvo, como secretario de la Junta de Profesores de la Escuela especial de Arquitectura de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, en los siguientes términos: “Certifico que don Elías Rogent es alumno de quinto año de la referida Escuela, aprobado en los exámenes finales que acaban de verificarse en el curso próximo pasado. Y para que así conste para los fines que le convengan, doy la presente en Madrid a 10 de julio de 1848.”

Los alumnos de quinto año solicitaron acogerse al artículo quinto del Real decreto de 7 de septiembre de 1848 para poder obtener desde luego el título de director de caminos vecinales. Su Majestad accede a esos deseos y de Real orden dice que, sin examen previo y mediante la entrega de mil reales de depósito que se les devolverá al pagar los derechos del título de arquitecto, pueden solicitar la expedición del título. Y así lo comunica el director don Juan Miguel de Inclán Valdés al alumno Sr. don Elías Rochen (sic).

En este punto hay que abrir un paréntesis lastimoso. Estudiando el curso anterior en Madrid, recibe Rogent la noticia de que su padre, José M.^o Rogent y Ginestet, se halla gravemente enfermo. Vuela el hijo precipitadamente a Barcelona, pero llega tarde. Su padre había ya fallecido en 3 de diciembre de 1847. Esa pérdida, siempre dolorosa para un buen hijo, plantea a Rogent un difícil dilema: seguir el negocio de la casa abandonando la carrera o seguir la carrera abandonando el negocio de la casa. Se decide por esta última solución y liquida rápidamente el negocio. Deja a su madre y hermanos el poco dinero que produce la liquidación y vuelve a Madrid para terminar la carrera. Este contratiempo le hace perder un año,

EL ARQUITECTO Y SU OBRA

EL ARQUITECTO Y SU OBRA

C RÉESE que el alumno de Madrid, una vez obtenido el título de arquitecto, único afán de toda su vida, volvió a la Corte a tomar parte en las oposiciones para proveer la cátedra de “Topografía y Composición” de la Escuela de Maestros de Obras, de creación reciente. En los ejercicios demostró una gran brillantez de conocimientos y una facilidad de expresión muy propia para dar claridad suficiente a fin de que el alumno percibiese sin gran esfuerzo el sentido de sus palabras. Así que alcanzó la cátedra numeraria, de la cual tomó posesión en 1850.

Dice su compañero Augusto Font en el *Elogio* que de Rogent hizo en nuestra Academia Provincial de Bellas Artes, hablando de las dotes personales del novel arquitecto: “Un trato afable, unido a un dominio de las convicciones claras, prácticas y, en cierto punto, opuestas a las corrientes de aquella época, fueron los medios que le sirvieron para conquistarse bien pronto un puesto distinguido entre sus dignos compañeros.” Lo cual para el que lea entre líneas equivale a decir que con Rogent no llegó a Barcelona un arquitecto más, sino, antes bien, un nuevo arquitecto. Y un nuevo arquitecto que venía lleno de vigor, amante de la verdad, simple en sus manifestaciones, grandioso en las ideas de conjunto y enemigo de todo lo que no fuese útil, bueno y bello. A todo lo cual cabe añadir que abominaba de todo lo exótico, inclinándose siempre a dotar a sus composiciones, de color local, por el gran conocimiento que tenía de todos los monumentos típicos del suelo catalán. Estas ideas las condensó en un substancioso párrafo el célebre arquitecto Puig y Cadafalch, dedicado a nuestro llorado compañero y maestro, en el prólogo del tomo I de su grandiosa obra *L'Arquitectura romànica a Catalunya*: “Rogent investigaba el arte románico catalán con gran sentido histórico, pero también como forma destinada a flo-

recer nuevamente, haciendo con el mismo en Cataluña, lo que las ciudades italianas habían hecho con el arte clásico que copiándole y reproduciéndole, habían generado el Renacimiento, y como todos los revolucionarios innovadores había hecho una suerte de alianza entre el arte neo-clásico y las formas románicas. Los patios de la Universidad de Barcelona, semejan los patios del Alcázar de Toledo, vestidos con ornamentos derivados del claustro de San Cugat o de Ripoll...”

Era un innovador, pero enraizado profundamente en el terruño. Tanto es así que se cuenta y no lo he podido comprobar, que en la Escuela de Madrid, hizo en cierta ocasión, un público auto de fe contra el clásico pedantismo, echando a las llamas un ejemplar del Barozio de Vignola. No es que lo desdeñara o lo desconociera; su protesta iba contra los que tratando de bárbaros a los edificios románicos y góticos, enseñaban a la juventud escolar, copiando únicamente la arquitectura neo-clásica, metodizada por dicho profesor.

En la fecha en que hizo su aparición en Barcelona, la clase de arquitectos (vulgarmente hablando) andaba de capa caída, a causa de las enconadas luchas que sostenían entre sí los pocos que ostentaban el título, ignorando que al deprimir o atacar al compañero, no hacían otra cosa que desprestigiar la carrera. Por ello, Rogent, llevado por su carácter afable y acogedor, quiso, desde luego, convivir con sus colegas, dispensándoles toda suerte de atenciones, especialmente a los que desempeñaban, como él, cátedra en la Escuela de Maestros de Obras, el viejo Casademunt, Torras, y Villar. Respecto a los demás, sin eludir ni menospreciar su trato, procuraba guardar distancias, pues recordaba perfectamente la guerra civil, que mientras él cursaba en Madrid, ardía en Barcelona con motivo de la apasionada lucha que sostenían Molina, Garriga y Oriol y Mestres, y que, por cierto, fué bautizada por un humorista, parodiando la de Austerlitz, por “batalla de los tres emperadores”. Me refiero al proyecto del Gran Teatro del Liceo.

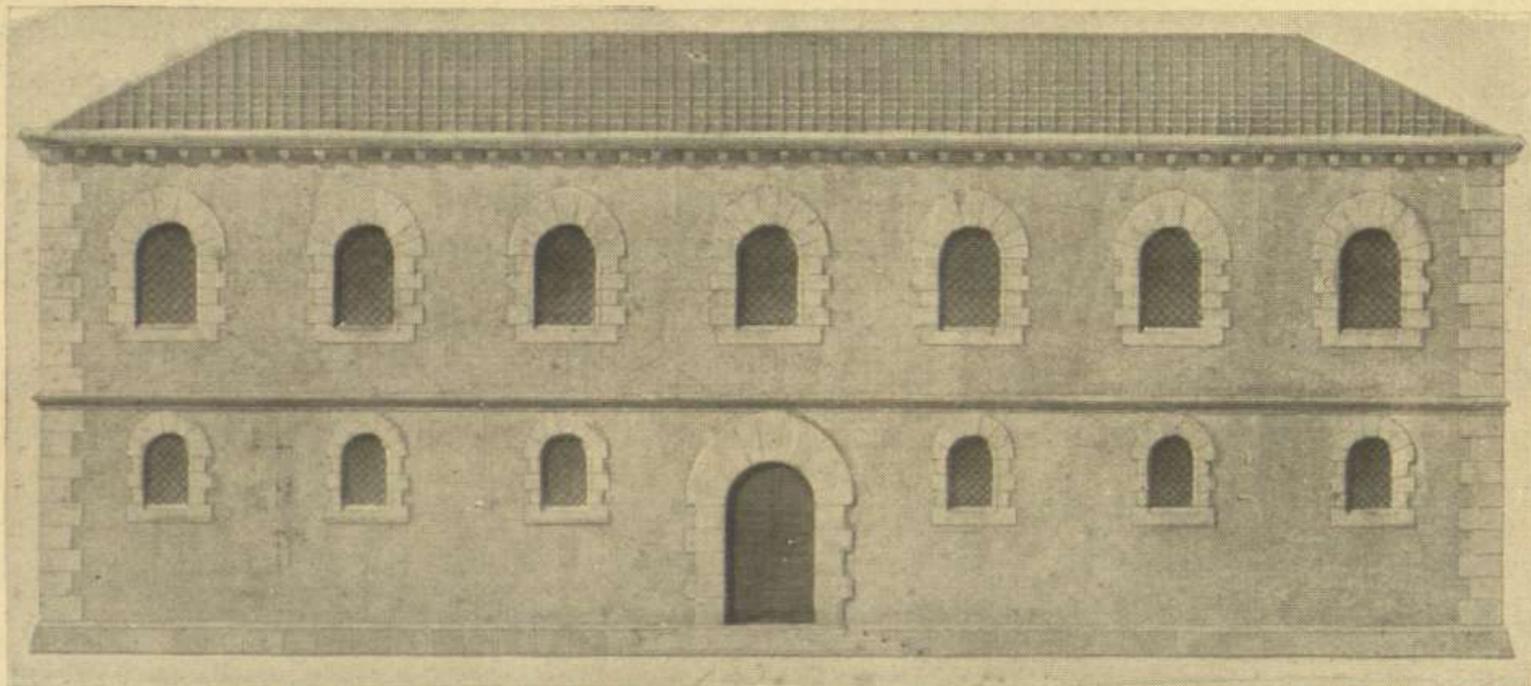
Por otra parte, convencido del prestigio de su título, obtenido al precio de dolorosos sacrificios familiares, quiso ennoblecerse con el trato de las personas de mayor cultura en el orden artístico y literario que brillaban en Cataluña y, especialmente, en Barcelona, pues no había olvidado las lecciones y consejos de su maestro don Juan Cortada y de sus compañeros Reynals y Rabassa y Pi y Margall; así honróse, sin menospreciar el trato de los arquitectos, con la amistad íntima de los más notables artistas pintores, escultores y literatos, como Lorenzale,

Pablo Milá, el escultor Balasch y otro, Augusto Ferrán, llamado el escultor-poeta; y entre los literatos, aquellos que aportaban nuevas ideas diariamente al palenque de la crítica literaria. En aquel período empezaba a florecer la escuela romántica catalana, encaminada a resucitar las marchitas glorias de las letras patrias, cuyos primeros adalides fueron Próspero de Bofarull, con su obra inmortal "Los Condes de Barcelona vindicados"; don Estanislao Reynals y Rabassa, ya mencionado, su amigo de la infancia; Pablo Piferrer, el primer cantor de los "Recuerdos y bellezas de España"; Manuel Milá y Fontanals, esclarecido profesor de Historia y Literatura, y su dilecto amigo; Juan Agell, Llausás, Semís, Tió, Víctor Balaguer, Coll y Vehí y el famoso Joaquín Rubió y Ors, que se llamaba "Gayter del Llobregat"; el filósofo Llorens, Mañé y Flaquer, maestro de periodistas, y el venerado filólogo Mariano Aguiló, entonces en toda la fuerza de su juventud. Todos ellos fundadores del Casino Barcelonés que fué durante muchos años el cenáculo donde se reunían, y a cuyas discusiones no dejaba de asistir Rogent, escuchando las animadas conversaciones de aquellos literatos siempre cultos y oportunos, pero sin atreverse a interrumpir a tamañas autoridades.

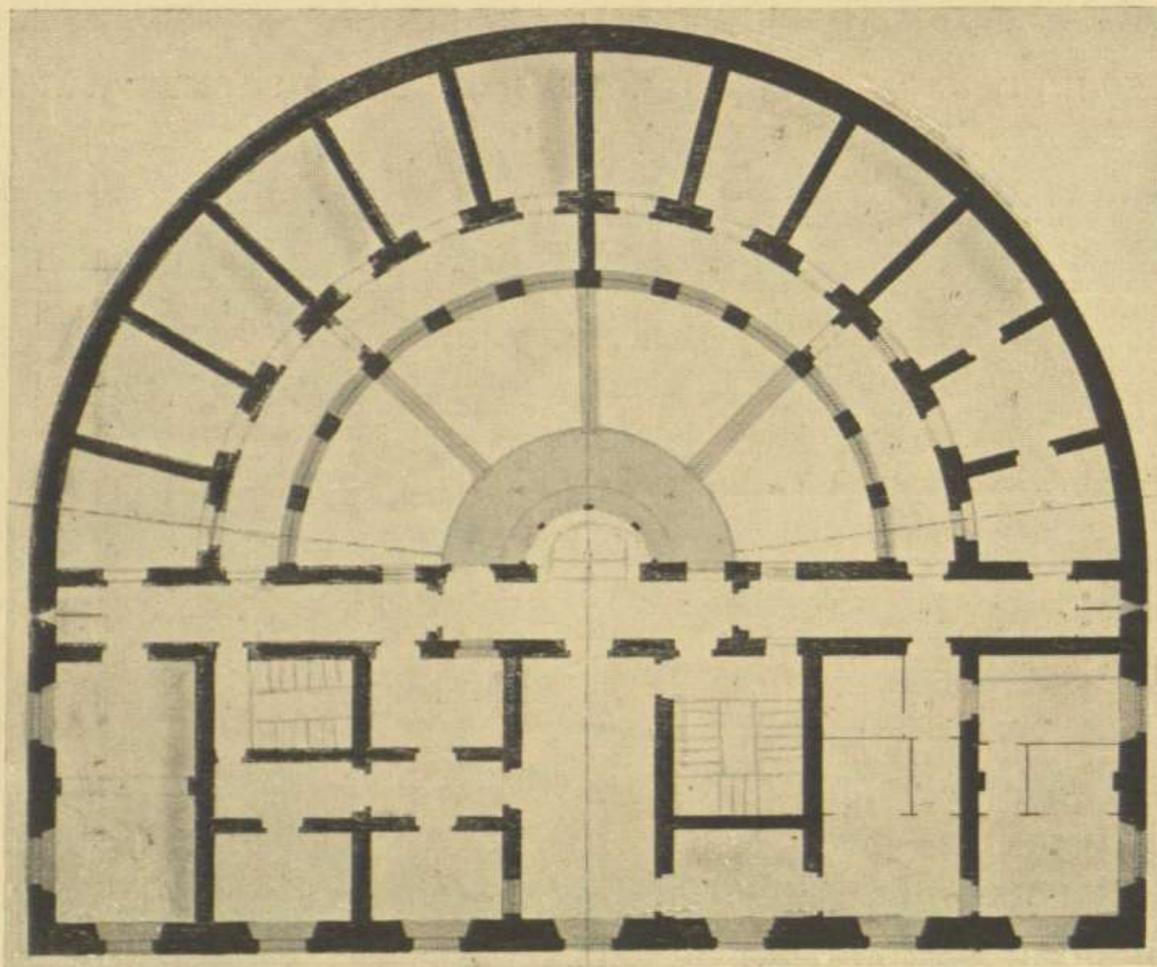
Ya en Madrid esa afición al trato de las personas cultas, le habían llevado en 13 de noviembre de 1847, a ingresar en la Academia Artística-literaria de Discusión (6); poco tiempo después, en 10 de marzo de 1848, la misma sociedad, que había variado su título llamándose "La Discusión-Academia de Ciencias, Artes y Literatura", le comunica que en 27 de febrero, la sección de artes le eligió presidente.

Esta que pudiéramos llamar discreción, granjeóle desde luego el afecto y la consideración de la mejor sociedad de Barcelona, que pronto fijó en él su atención y no vaciló en encargarle los trabajos técnicos que necesitaban resolver. Después de ganar la cátedra dirigió las obras del primitivo Pantano de Vallvidrera; las de la Carretera de Sarriá a Rubí, y las de la cárcel de Mataró, la primera en España del sistema radiado (1858 a 1860). La carretera la hizo como ayudante del ingeniero de C. C. y P., don Antonio Arriete, jefe del distrito de Barcelona, quien al terminar le libró un certificado en extremo laudatorio de su talento y actividad.

Era aquella época (1860) de normalidad y aun de entusiasmo en toda España, pues se había acabado la guerra de Africa y la nación navegaba por un mar tranquilo y sosegado; por ello se emprendieron



PROYECTO DE CÁRCEL PARA EL PARTIDO DE MATARÓ. — ALZADO



PROYECTO DE CÁRCEL PARA EL PARTIDO DE MATARÓ
PLANTA BAJA

APROBADO POR LA REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES
DE SAN FERNANDO. 1858

obras públicas y por ello además hizo a Barcelona un viaje S. M. la Reina D.^a Isabel II, que fué aprovechado para que la joven soberana colocara la primera piedra de la Universidad, y la de las Obras del Puerto, cuya concesión se había encomendado a la “Sociedad Catalana General de Crédito”, la cual encargó a Rogent la organización y dirección de los trabajos. En ellos demostró la gran práctica de la Construcción, unida a su preclaro ingenio, de tal manera que cuando la superioridad ordenó que se encargara de la dirección un ingeniero del Cuerpo de caminos, canales y puertos, cúpole la satisfacción de que no se modificara en lo más mínimo el proyecto, aprobando las obras realizadas y siguiendo exactamente el camino señalado por Rogent. Por fortuna la Sociedad Constructiva reconoció sus méritos y le recompensó sus trabajos de la manera más expresiva.

Hay algunas dudas respecto a cual fué la primera obra suya, pues a más de las indicadas, cita Font y Carreras la casa de la familia Masó, frente al Teatro Principal y esquina a la de Escudillers, que fué una nota de modernidad en medio de los desahogos pseudo-clásicos que dominaban entonces en nuestra arquitectura urbana, que había descendido a un nivel muy próximo a la desaparición. Dígalo sino el modelo de casas modernas que hizo aprobar en 1826 el arquitecto municipal, *mestre Más*, para ser construídas en la calle de Fernando, desde la Rambla a la Trinidad, y que fué también adoptado en alguna manzana de las Ramblas.

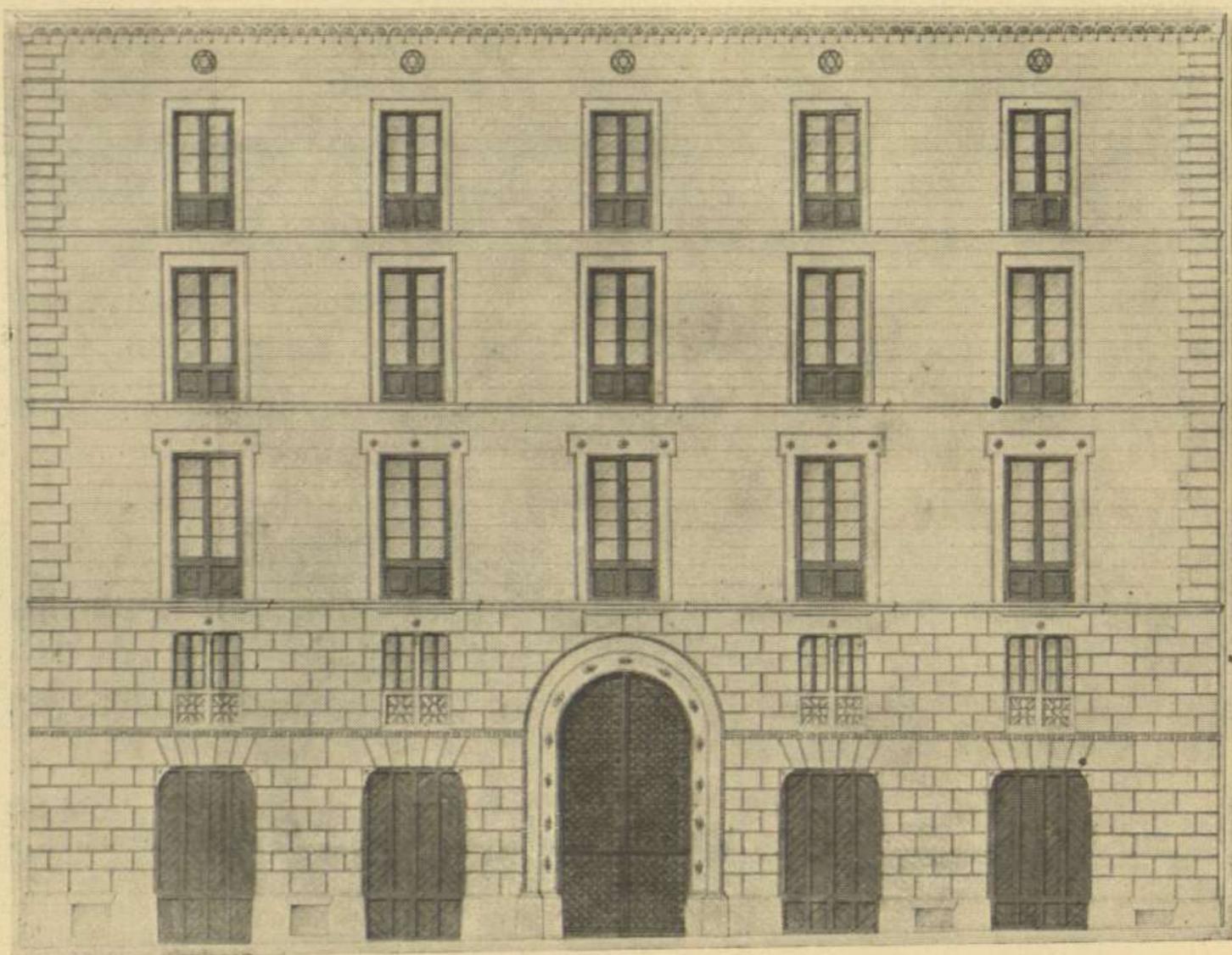
Contemplando aquellas fachadas de Rogent y trasladándonos con la imaginación a la época en que fueron construídas, comprenderemos el juicio que mereció al público la obra del arquitecto recién salido de la Escuela de Madrid, que supo traer ideas nuevas que aplicar a la resolución de un problema tan vulgar como el de una casa de alquiler. Rogent supo dotarla de vigor, severidad, corrección y elegancia; “amante de la verdad—según Font y Carreras,—simple en sus manifestaciones, grandísimo en las ideas de conjunto, y enemigo de todo lo que no fuese útil, bueno y bello”.

En las notas de un viaje que hizo Rogent a Mallorca, habla de sus impresiones acerca de la casa señorial de Bendinat: “recuerdo viviente de la Reconquista y que para mí tuvo especial predilección por evocar su vista, antiguos y marchitos recuerdos, enlazados con su propietario, Excmo. Sr. Marqués de la Romana, y con su administrador y difunto

amigo, don José Buxeres, *quien me proporcionó el primer trabajo de importancia desempeñado en mi carrera*".

Se refiere Rogent al proyecto de urbanización del solar resultante del derribo del *Palau*, cuyo encargo se hizo por mediación del señor Buxeres, y del que hablaré más adelante.

Sospecho que a ése, seguiría el encargo del M. I. Ayuntamiento de la ciudad de Mataró para practicar los estudios necesarios a fin de



PROYECTO DE FACHADA PARA UNA DE LAS CASAS CONSTRUÍDAS
EN LOS SOLARES DEL ANTIGUO PALAU

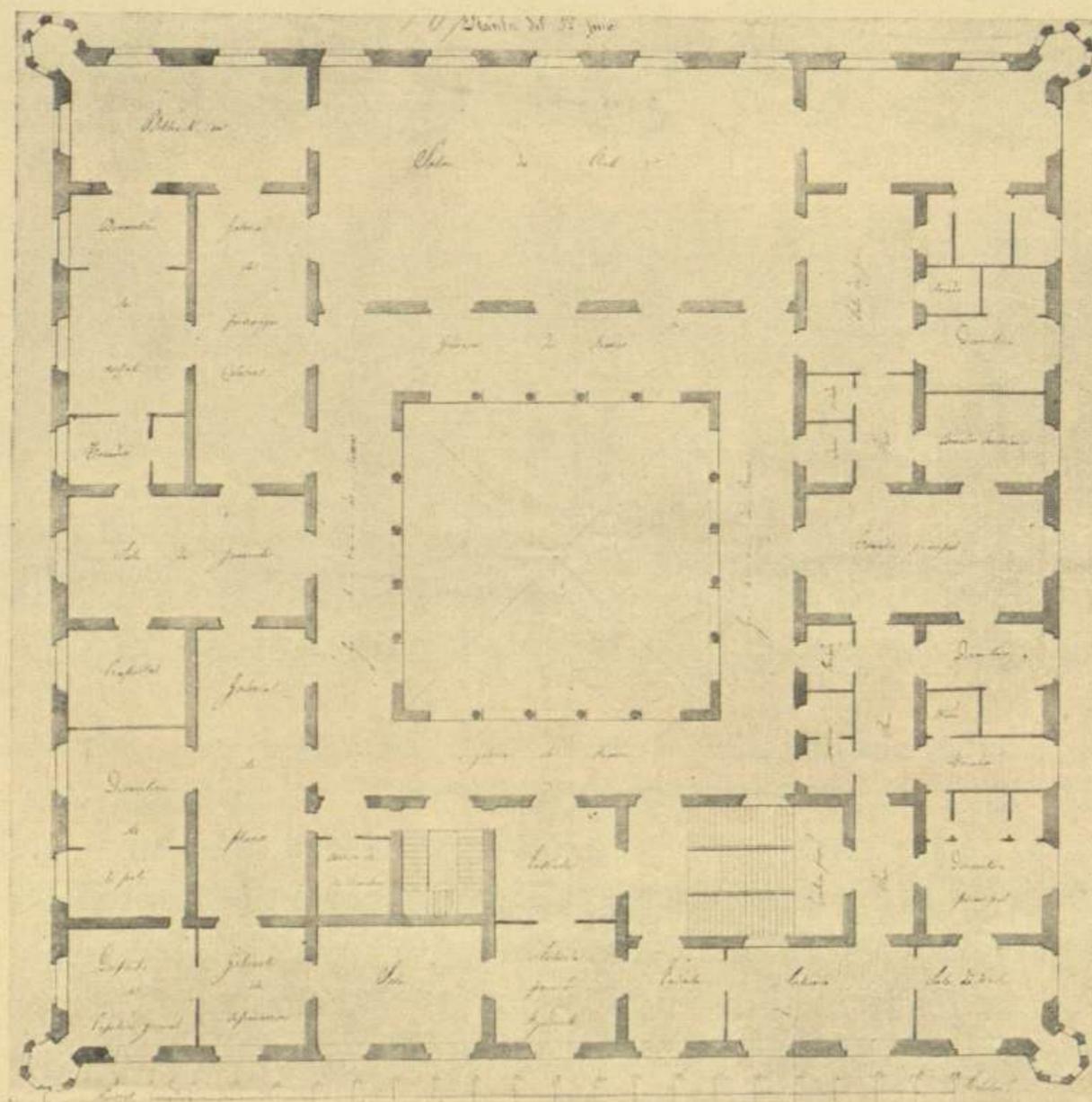
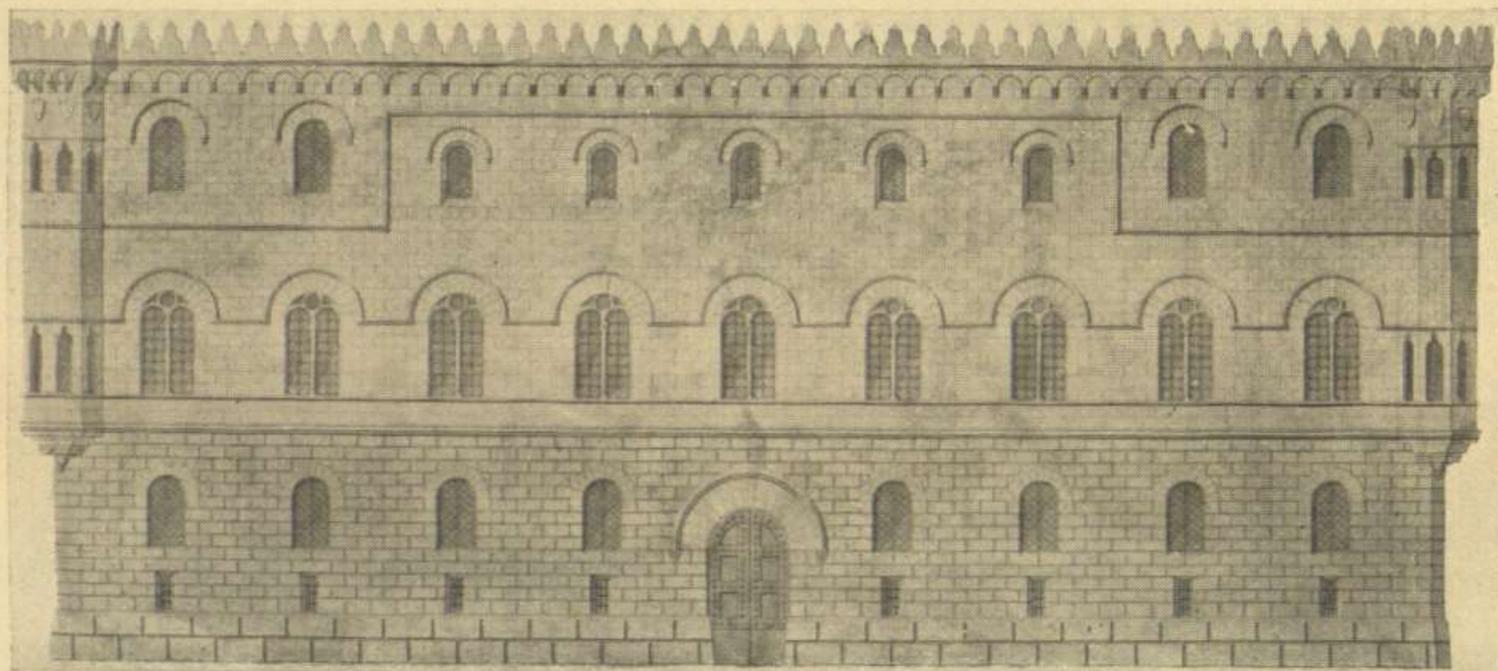
presentar en su día un proyecto definitivo acerca de un asunto de vital interés para la ciudad que, desde la inauguración del ferrocarril, ansiaba toda suerte de mejoras urbanas. La de referencia era la rectificación de la Rambla o Riera de Cirera, desviándola hacia el Este, para desaguar en la Riera de San Simón. En aquella fecha (el encargo fué en 1853) llamó mucho la atención y realmente lo que se ha hecho pocos años hace, creo que ha sido a base de la idea inicial de Rogent, es decir

el desvío hacia la referida Riera de San Simón. Proyectó además una cloaca de grandes dimensiones que corriera por el interior de la ciudad, pero calificado este primer estudio por el mismo autor, de insuficiente, por no desviar las aguas de dos torrentes que se conservaban y podían constituir un peligro para la seguridad pública, no tuvo ulterior aplicación y nueve años más tarde presentó el nuevo, en que se desvían las tres principales rieras que invaden la ciudad y que tantas víctimas habían causado o sean: de Cirera, de Miró y de Trisach, estudiando tres soluciones: 1.^a, paso subterráneo por el interior; 2.^a, desvío hacia el Este y 3.^a, desvío hacia el Oeste.

Para demostrar lo mucho que interesaba el asunto a los matoroneses, consignaré que, en 1878 se encarga a Melchor de Palau y a Emilio Cabañes otro estudio; éstos se inclinan por la solución Oeste, a la Riera de Argentona y adoptan del proyecto Rogent el sistema de saltos escalonados para resolver diferencias de nivel. En 1896 Gelabert replantea ese proyecto modificándolo. En 1899 se encarga a Eduardo Ferrés, quien entrega su trabajo en 1903 proyectando dos canales. El ingeniero Membrillera lo replantea en 1907 y Palau y Simón, arquitecto municipal, en 1908, proyecta el desvío por el alcantarillado urbano, construyendo un gran emisario.

Me he detenido en este asunto, porque es de los que conozco más en la producción de Rogent, pues, en 1911, el Ayuntamiento nos encargó a Puig y Cadafalch y a mí, un dictamen resumen de todo lo actuado, en la cual se propusiera la mejor solución a nuestro entender.

Con motivo de la inauguración de las Obras del Puerto, en 1860, ya dije que se aprovechó la ocasión del viaje hecho por Doña Isabel II a nuestra ciudad, luego que terminó la guerra de Africa, en cuya época, según testigos presenciales el entusiasmo se marcaba por las calles por lo cual fué la Corte festejada en extremo. Entonces se le presentó ocasión a Rogent para mostrar una desconocida faceta de su vasto talento artístico. Organizáronse, en efecto, dos fiestas, una marítima en el Puerto y un baile en la Casa Lonja. Para la primera combinó “todos cuantos elementos podían idealizar y dar mayor esplendor al conjunto, que resultó poético y parecía una fantasía verdaderamente oriental”. Y para lo segundo, añade el mismo Augusto Font, autor de lo que acabo de copiar: “Sobrepujando el programa que se le marcó, supo imponer una idea grandiosa y atrevida como era el formar un piso en el salón de contratación para aumentar el número de piezas del piso principal,



PROYECTO DE PALACIO PARA LA CAPITANÍA GENERAL
DE CATALUÑA. (SIN FECHA)

con lo cual dióle gran extensión y pudo así lucir la magnificencia de la escalera noble que daba al conjunto una importancia grandiosa, resultando un efecto armónico lleno de vida y de riqueza. La fiesta fué, pues, un verdadero triunfo para aquel artista que en poco tiempo creó un nuevo palacio, una verdadera concepción artística, y una manifestación espléndida con que el comercio de Barcelona obsequiaba a los Reyes.”

En esta primera época, por encargo especial proyectó una Capitanía General (7) para ser emplazada en el lugar que hoy ocupa el Parque de Ingenieros, procedente del derruido convento de Framenors. Este proyecto en el que demostró su vasto talento, no se ejecutó por diversas causas y, según dice un su contemporáneo, a pesar de ser muy elogiado: “por intrigas de otros cuerpos facultativos oficiales.”

Tengo para mí que esta Capitanía General fué precursora del proyecto de Universidad a juzgar por las ventanas de la fachada que son del mismo tipo neo-románico.

Ya por entonces había llamado prodigiosamente la atención en la alta sociedad de Barcelona y de manera muy señalada en los Círculos culturales. Por su cualidad de profesor numerario de la Escuela de Maestros de Obras, entró a formar parte de la Academia Provincial de Bellas Artes, y como individuo de ésta no tardó en ser nombrado miembro de la Comisión Provincial de Monumentos de Barcelona, que se reunía en la sacristía de la capilla real de Santa Agueda, del Palacio de los Reyes de Aragón.

La primera sesión a que asistió en la Academia fué en 8 de febrero de 1852, la cual tuvo el carácter de extraordinaria y fué convocada para tomar acuerdo acerca del frustrado asesinato de S. M. Doña Isabel II por el tristemente célebre cura Merino, que como es sabido atentó a la vida de la soberana en una galería de Palacio el día 2 de febrero, cuando la Reina se dirigía a Atocha a dar gracias por el nacimiento de su hija la Infanta Isabel (8).

Aunque, con más detención he de estudiar a Rogent como arqueólogo, creo que debo aquí consignar que en esta primera época de sus trabajos profesionales recibió encargos para restaurar edificios históricos que se hallaban en mal estado de conservación. Uno de ellos fué el campanario de la Iglesia parroquial de Vilafranca del Panadés. Otro la capilla real de los Reyes de Aragón para cuya obra había el Estado concedido una subvención.

También se le debe la del edificio conocido con el nombre de Palacio de la Corona de Aragón, donde hoy día hay instalado el Archivo, donde se guardan los más preciados documentos de nuestra historia patria.

Siguió después en esta tanda una labor menos agradable. Me refiero al estudio y consiguiente derribo, en 1850, del conjunto de edificios llamados el Palau menor de la Comtesa, del Temple, de *Na Marguerida* y, finalmente, del Gobernador y del Comendador mayor de Calatrava. Al disolverse la orden de los Templarios, pasó a los Sanjuanistas, luego al Cabildo Catedral de Vich, del cual lo adquirió el rey Pedro IV de Aragón. El rey Martín hizo de él, presente de bodas a su gentil esposa Margarita de Prades y, desde entonces, sirvió de retiro a las Reinas viudas. Allí vivió y murió Eleonor de Castilla, madrastra del *Ceremonioso*, hacia 1374; el propio Rey, en 1387, y la reina Violante, viuda de Juan I, en 1431. Aunque fallecida en Bellesguart, fué a él trasladada para las exequias reales. En tiempo de Juan II, murió allí el desdichado príncipe de Viana, a quien los catalanes de la época veneraron como un santo mártir, arrebatando fragmentos de su indumentaria fúnebre. El Rey donólo más tarde, en premio de honrosos servicios a Galcerán de Requesens, gobernador de Cataluña, en cuya familia quedó vinculado hasta que por sucesivos matrimonios pasó a la de Zuñiga, marqueses de los Vélez y de Villafranca y, por fin, a los condes de Sobradiel.

Estaba el palacio dentro de un vasto recinto. Un gran patio cerrado en un lado por el edificio principal sobre la calle, que contenía grandiosas estancias, el salón de la chimenea, el de pajes, el de gentileshombres y las cámaras-dormitorios de éstos. En parte daba a la Bajada de los Leones (hoy de Ataulfo), llamada así por haber tenido allí los Reyes el parque de las fieras. Tenía puertas en las calles de Escudillers, de los Gigantes, del Triunfo, de los Templarios, de Miláns y la bajada del *Ecce-Hommo*, de la cual existe hoy día una sección al lado del Casino Mercantil. También subsiste la iglesia o capilla, de bóvedas de sillería, hoy restaurada, donde se venera la imagen de la Virgen de las Victorias, conteniendo bellas pinturas de Julio Romano.

Este gran recinto es el que urbanizó Rogent, abriendo las calles del Palau y de la Condesa de Sobradiel, y es indudable que, mientras la piqueta destruía tan veneradas reliquias del pasado, el arquitecto debía sentir resonar en su corazón y en su cerebro los golpes de la herra-

mienta destructora. Su alma de artista y de arqueólogo, al par que amante de las glorias nacionales, debió devorar en silencio la amarga bebida del inflexible deber. En las nuevas calles edificó modernas casas de renta, aunque en algunas de ellas, por estar destinadas a vivienda del propietario, pudo disponer espaciosos patios con escalera particular para el piso noble. Cúpole además la satisfacción de poder restaurar la capilla u oratorio, que hoy día está a cargo de los padres jesuítas, y salvar algunos fragmentos notables descubiertos en los derribos.

En esas casas y en muchas otras de carácter particular se echa de ver una cualidad que era innata en la producción de nuestro maestro: la distinción. Y esa característica de su lápiz se fué acentuando a medida que el sol de la edad maduraba sus frutos. Su lápiz no fué en verdad, muy ágil, pero puesto al servicio de ideas bien concebidas, componía correctamente, sin garrambainas de mal gusto, puesto que poseía lo que los músicos llaman cuadratura. A pesar de su innata aversión al clasicismo neo-vitruviano, sus obras, aunque concebidas con vistas a los estilos dominantes en los monumentos de la edad media, iban vestidas con el amplio ropaje de la Roma antigua, que les comunicaba un tinte de severa majestad. Porque en las artes de Cataluña, lo romano asoma la oreja a cada momento.

Las construcciones privadas que hizo Rogent para la familia Arnús en el Paseo de Gracia (bajos y dos pisos, hoy reformada y adicionada por Doménech Estapá); la de la familia Bofill y Martorell, en la calle Ancha, frente a la Merced; la de Boada, en la calle Cortes, también de bajos, dos pisos y desván; la de Felipe Bertrán de Amat, en la misma calle, chaflán a la de Clarís, y la casa-torre de dicho señor en el *Putxet* (San Gervasio), son dignas de todo elogio.

La nombradía de que gozaba Rogent en aquella época hizo que cuando el marqués de Salamanca vino a nuestra ciudad se dirigiera a él para que alzara en nuestro Ensanche algunas casas, que tomaron el nombre del perspicaz financiero de Madrid, a quien llamó la atención la nueva obra de la Universidad, de que voy a hablar más adelante. Nuestro arquitecto proyectó una serie de hotelitos para una sola familia, en semi-sótanos, bajos, principal, primero y desván, rodeados de jardín con anexos como portería, cocheras, etc., que alcanzaron gran estima entre nuestros aristócratas. Lo cual motivó que el referido don José de Salamanca se llevara a Rogent, con el cual se entendía muy bien y cuyos intereses defendía más que si hubiesen sido pro-

pios. Su carácter emprendedor, su tesón, le hicieron aceptar la proposición del banquero constructor, y a Madrid fué animoso y trabajador, donde pasaba quince días de cada mes, y los demás en Barcelona, en donde además de trabajos particulares dirigía la Universidad nueva, y en Madrid, en medio de personal casi desconocido, proyectó, dirigió y construyó a la vez unas sesenta casas por el sistema catalán, lo cual le obligó a establecer una organización especial. Por fortuna, el maestro se crecía en el trabajo y las dificultades; así que en medio de contratistas de toda laya, atentos sólo a su negocio particular, no le pasaba desapercibida ninguna de las astucias de aquellas gentes que no habían sabido conocer lo mucho que valía. Así refiere Miquel y Badía, que en cierta ocasión, mientras se terminaban las obras de la Universidad, preguntó a uno de ellos si le había salido bien el negocio, contestóle: “¡Qué negocios quiere usted hacer con un hombre a quien se le ponen en la mesa treinta mil duros para que resuelva en nuestro favor un caso dudoso y los rechaza sin vacilaciones!”

Y todo ello lo hacía sin olvidar la cátedra en todo lo posible, multiplicando sus actividades y robando horas al descanso. De esta época data seguramente el magistral retrato al óleo, que del maestro Rogent hizo el célebre pintor Federico de Madrazo, que se ha reproducido en la Portada.

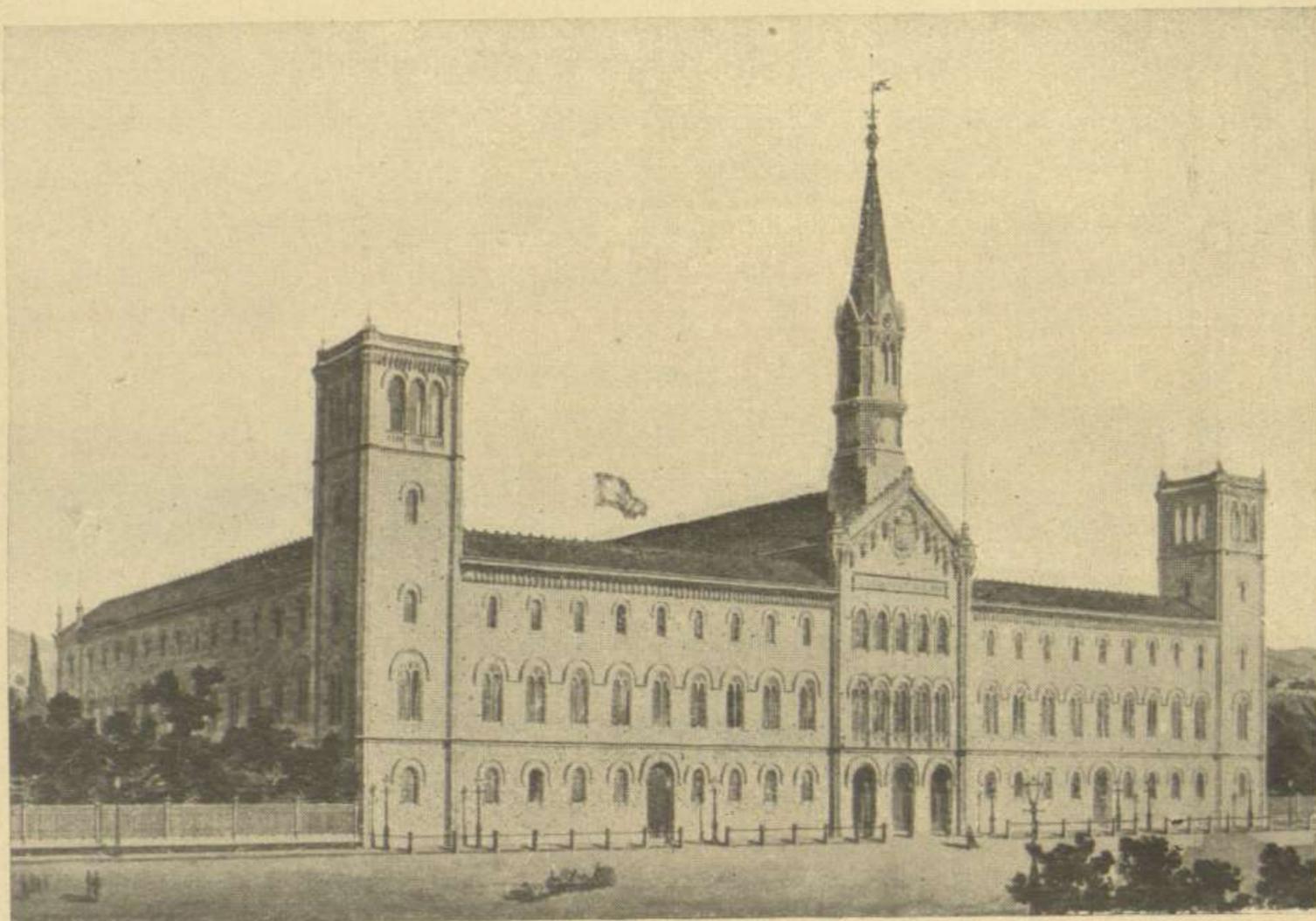
Hay que añadir a esas obras, el puente sobre el Llobregat en la Puda de Montserrat, con cuyo motivo conoció a la que después fué su esposa, que habitaba en la casa solariega de “*Castell del Más*” en Collbató, donde tienen hoy día el Noviciado los monjes del Cenobio montserratense. Y además el grupo de tres casas con jardín en el chaflán de las calles de Pelayo y Ronda de la Universidad para las familias Rogent, Milá y Fontanals, y Fontrodona, y la de la plaza de la Universidad, donde tuvo su taller y habitación el pintor Claudio Lorenzale, esposo de María, hermana de Rogent.

La estancia en Madrid de Elías Rogent, sirvió de escuela al personal que tenía a sus órdenes y a él sirvióle a su vez para aprovechar los días festivos para *descansar* emprendiendo correrías por los puestos del Rastro en busca de arcones, azulejos, hierros viejos y cuanto juzgaba útil para sus colecciones; o bien llevándose a su ayudante Brés a Toledo, El Escorial, Alcalá, Guadalajara, Segovia, para estudiar incessantemente aquellos bellos sitios de España, transmitiendo a sus acólitos sus observaciones y sus atinados juicios de crítico perspicaz (9).

Y llegamos al punto de citar la obra más trascendental de Rogent, aquella en la cual brilla más intensamente su personalidad artística. La construcción de la Universidad nueva debió sorprender a los barceloneses de manera portentosa. La impresión debió correr parejas con la causada por aquella fachada *bigarrada* de la calle de la Boria, con la cual hizo su aparición en Barcelona el estilo Renacimiento italiano en los albores del siglo XVII, y donde el vulgo afirmaba que había establecido el gremio de Caldereros.

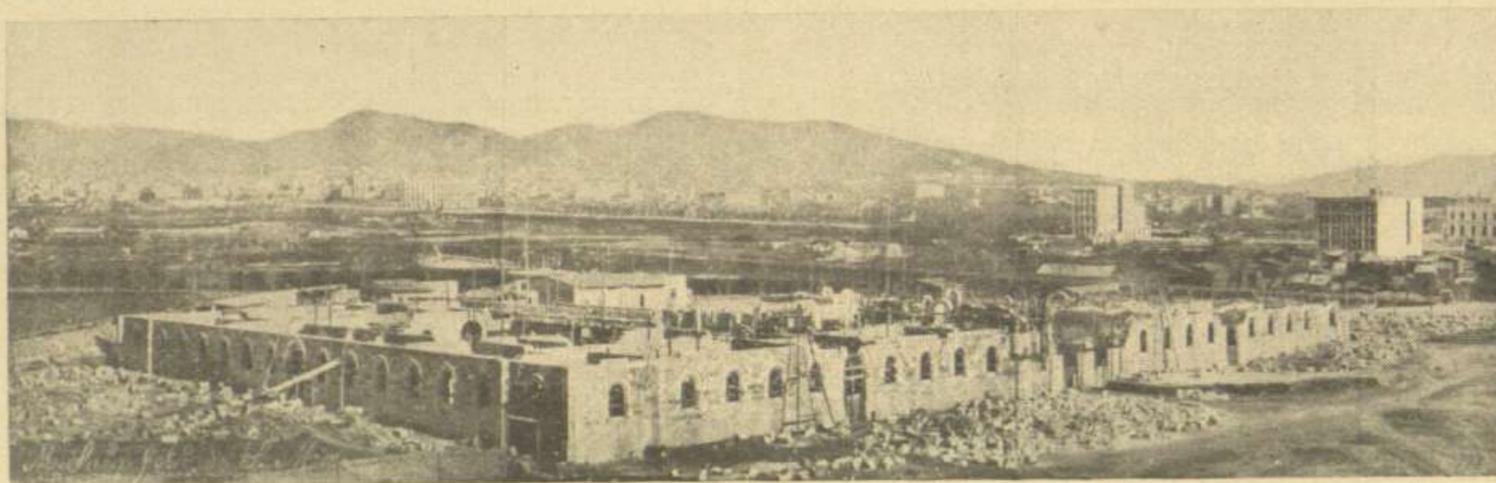
Cuantos han tratado de la afortunada creación de Rogent, están de acuerdo en reconocer su gran valía y lo consideran como un grande y legítimo triunfo del autor. Hablando del sentimiento grandioso en las obras de Rogent, cita Miquel y Badía la Universidad, diciendo: “No hay en su trazado perifollos, ni adornos postizos; quizás se resienta en el conjunto de cierta frialdad, mas es frialdad que frisa con la nobleza y que le va a maravilla a una construcción cuyo destino y objeto son la severidad y la seriedad mismas, como albergue de la ciencia en sus más elevadas manifestaciones. Y la especie de desnudez que advertirán algunos y acaso censurarán en la Universidad nueva, no se opone en ninguna manera a que sus líneas resulten bellas, con la belleza que dan las proporciones bien halladas, los conjuntos verdaderamente arquitectónicos. En aquella masa grandiosa se señalan perfectamente los tres cuerpos del edificio, dominando en el centro, como señor y dueño, el que cobija el Paraninfo, síntesis de la enseñanza y de la doctrina universitaria, punto a que convergían antes más que ahora los términos de todas las carreras en las diversas facultades. Bastárale a Rogent para su renombre de constructor y de artista el haber levantado los dos patios, gallardos sobre toda ponderación, y en los cuales asoma la varonil galanura del Renacimiento español, al par que se transparenta la robustez del estilo románico del que fué siempre enamorado. Bastárale también a idénticos fines las dos torres tan finas en su traza como nobles en su estructura y movidas en el cuerpo superior, así como todo el conjunto de la casa vendría a probar cuán merecida fué su fama y con cuánto motivo se le tuvo por uno de los más hábiles arquitectos de su tierra.”

Comparto en absoluto el juicio emitido por el ilustre crítico que fué Miquel y Badía, así como hago míos los conceptos de Puig y Cadafalch que figuran en el prólogo de su obra *L'arquitectura romànica a Catalunya*, y que he citado anteriormente.



PROYECTO DE LA NUEVA UNIVERSIDAD. (1860)

FOT. SALA



ESTADO DE LAS OBRAS EN 13 DE FEBRERO DE 1865
LA LÍNEA BLANCA A MEDIA ALTURA ES EL INCIPIENTE PASEO DE GRACIA
CON ESCASOS EDIFICIOS

Otra cualidad que me parece advertir en el plan y desarrollo del proyecto, es la seguridad y firmeza, puesto que nadie adivinaría el corto espacio de tiempo transcurrido desde el primer esbozo al replanteo de la obra, lo cual en otras manos tal vez hubiera dado la sensación de algo improvisado. En efecto, en tiempo del rector Dr. Víctor Arnau, de buena memoria, muy bien relacionado con las personalidades más influyentes de la Corte, pensó emprender la construcción de una nueva Universidad. La vieja era una provisional instalación en el casi arruinado convento del Carmen Calzado, desde 1837, en que la Reina gobernadora la había trasladado aquí desde Cervera. Tenía un claustro de estilo gótico y otro llamado del Noviciado, en que se instaló el Instituto de segunda enseñanza en 1844. El paraninfo era modestísimo. Ocupaba el solar frente al Hospital, donde se abrieron las calles modernas de Dou y de Fortuny.

El doctor Arnau puso sus influencias al servicio de sus planes a los que asoció a Rogent, llamándole oportunamente cuando la cosa estaba en sazón y ofreciéndole dos manzanas del Ensanche en la calle de Cortes para que en breve tiempo, dos o tres meses, estudiara el proyecto de una universidad para el referido emplazamiento. Rogent hizo un viaje para estudiar *de visu* las necesidades y las características de las universidades españolas y recogidos todos los datos y antecedentes que le fué posible, trazó su proyecto (10) que fué rápidamente aprobado por la Academia de San Fernando con lisonjera censura y aprobados y aceptados por el Gobierno, inaugurándose los trabajos en el mes de junio de 1863. Organizó el arquitecto una oficina de la que formaron parte como ayudantes, maestros de obras, escultores y dibujantes ornamentistas, y como secretario el ilustre publicista Miguel y Badía (11), los cuales se fotografiaron formando un grupo.

Hablando Augusto Font en el mencionado trabajo necrológico de esa portentosa obra del gran maestro, dice: “Los puntos más salientes de la composición son las bellas proporciones, simplicidad y armonía que tienen los dos claustros unidos por la galería y que en la planta baja los pone en comunicación con el vestíbulo, y en la principal con el grandioso paraninfo, punto culminante de su manifestación estética, en cuya decoración tomó como fuente de inspiración el arte mudéjar, que, por su afinidad al románico bizantino, se amalgama perfectamente, prestándose a una mayor riqueza y esplendor como el tema reclama por su destino particular.”



Agapito Vallmitjana
Venancio Vallmitjana
Medir y Brés
Jaime Serra
Miquel y Badía
Margarit
Codina y Guiu
Rogent
Marimón
Brosa
Leoncio Serra
Noviembre 7 de 1865.
(L. S.)

PERSONAL FACULTATIVO DE LAS OBRAS DE CONSTRUCCIÓN DE LA UNIVERSIDAD. (1865)
PARTE SUPERIOR: VENANCIO Y AGAPITO VALLMITJANA; MEDIR Y BRÉS, MAESTROS DE OBRAS; JAIME SERRA, DECORADOR; MEDIO: MIQUEL Y BADÍA, SECRETARIO; MARGARIT, CONTABLE, CODINA Y GUIU, MAESTROS DE OBRAS; ROGENT, MARIMÓN Y BROSA, MAESTROS DE OBRAS
PARTE INFERIOR: LEONCIO SERRA, DIBUJANTE

FOT. A. SALA

Precisamente en esto basó una acerba censura un célebre orador de estilo florido, diciendo que no comprendía como en pleno siglo XIX, siglo de las luces y del progreso, se hubiese elegido para Universidad un estilo semi-religioso y reflejo del obscurantismo.

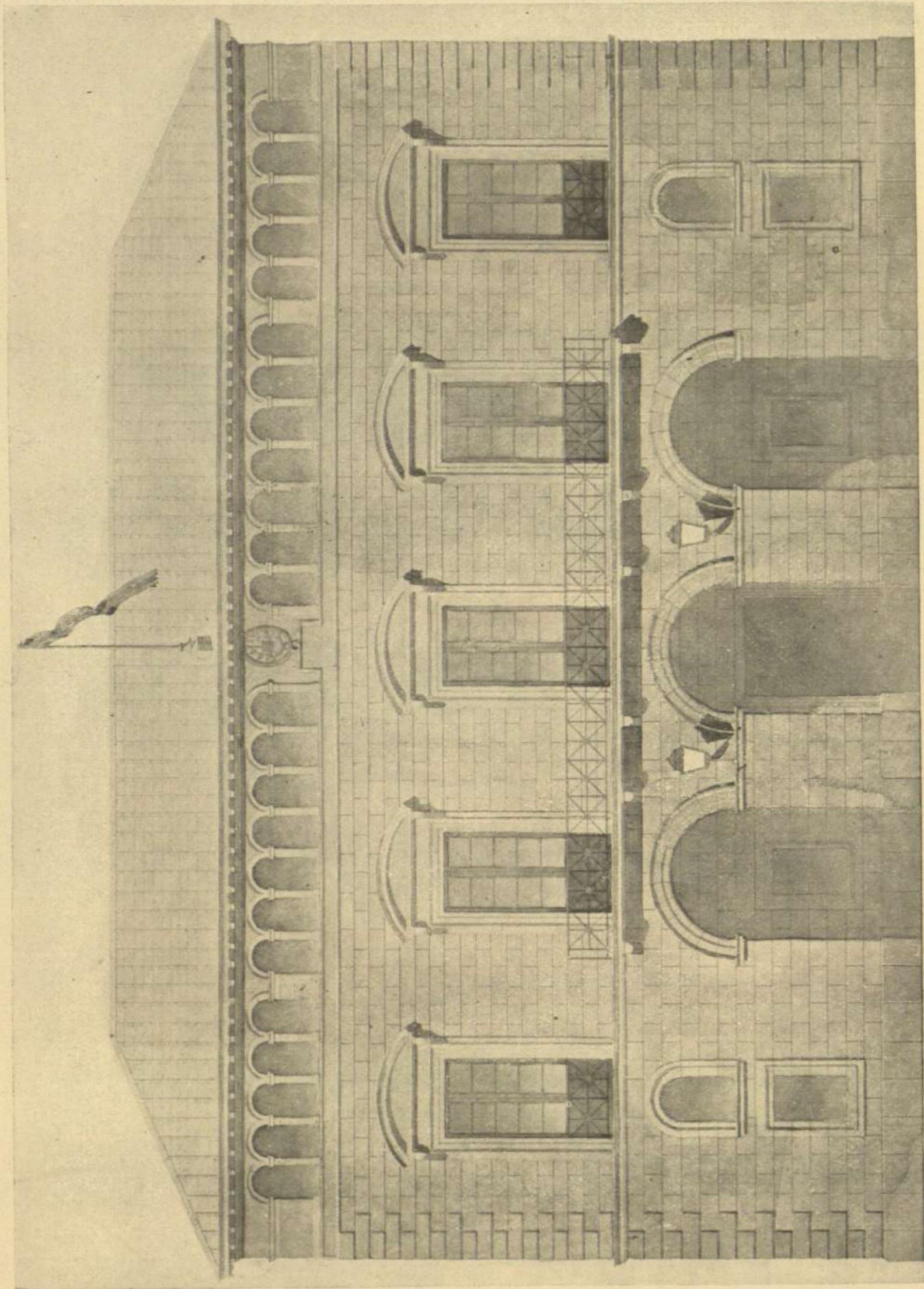
El Seminario Conciliar de nuestra ciudad débese también a su fecundo numen, pero debido a circunstancias de orden económico muy desagradables, apenas nacido el proyecto que puede reputarse hijo legítimo de la Universidad, con menos bríos, pero en parte con más galanura, debió reducirse en extensión y en calidad. Su cimborio procede sin duda del de Ripoll, aunque es más aéreo y elegante, como obra original. Proyectado completamente en sillería para fachadas y patio, tuvo que recurrirse al ladrillo y a los estucos. Pero las líneas permanecen y es una nueva adaptación del estilo gótico regional a las necesidades modernas. Por desdicha no pudo verlo terminado.

Cabe citar los panteones del ex ministro Permanyer, de don José A. Muntadas, don Evaristo Arnús y de la familia Bonaplata, para el cementerio de Barcelona, y el de la familia Pintó en Sitges, así como la capilla del *Remey*, de Caldes de Montbuy.

A esta lista hay que añadir el edificio de la calle de Escudillers atravesado por el pasaje del Reloj, en el sitio donde la tradición supone haber habitado el célebre Roger de Lauria. En él se estableció la casa de banca de don Evaristo Arnús; la construcción es de 1866. También hay que citar el proyecto de Casas Consistoriales y Escuelas para San Feliu de Llobregat (sin fecha); así como en Sarriá las casas de las familias Moré, y Vidal y Quadras.

De muy diversa índole es la vasta construcción de los Docks o almacenes de comercio para nuestra ciudad, en el que aplicó el sistema de bóvedas tabicadas tan peculiar de nuestro suelo catalán.

Cuando en Barcelona, el alcalde benemérito Rius y Taulet quiso dar vida a la mortecina empresa de la Exposición Universal de 1888, a la que habían prometido asistir SS. MM. la Reina Regente Doña María Cristina y el Rey-niño Don Alfonso XIII, acudió al auxilio técnico de Rogent para que la ciudad pudiese alcanzar el éxito a que tenía derecho por su noble abolengo. Contaba el arquitecto más de trece lustros y no obstante percatóse de los deberes de ciudadanía que estaba llamado a cumplir y aceptó el encargo del alcalde ejemplar, y puso en juego todo su amor al trabajo y todo su talento de organizador, para que el certamen pudiese inaugurarse en la fecha fijada o sea en mayo



PROYECTO DE CASAS CONSISTORIALES PARA SAN FELIU DE LLOBREGAT. — FACHADA PRINCIPAL. (SIN FECHA)

de 1888. Llamó a su lado a una pléyade de arquitectos distinguidos para que desarrollaran los proyectos de pabellones que debían albergar los productos de las diversas secciones y capacitado Rogent de que el Parque era insuficiente para tamaña empresa, propuso ampliar el emplazamiento a fin de que tuviese la Exposición salida al mar, construyendo un puente sobre el ferrocarril de M. Z. A. y adjudicando todo el Salón de San Juan y el Paseo de Pujadas para instalaciones varias. Rius y Taulet comprendió en seguida que Rogent había dado en el clavo, pues la sección marítima debía constituir uno de los éxitos de la Exposición. Empezaron los trabajos que sin cesar fueron adelantando y Barcelona veía crecer los edificios como por arte de encantamiento y veía convertirse en esperanza fundada, lo que hasta entonces fuera escepticismo. No debió arrepentirse Rius y Taulet de haber pedido el auxilio de la Escuela de Arquitectura.

Han cumplido ya cuarenta años desde que se inauguró la primera Exposición Universal de Barcelona, y todavía hay momentos en que me parece revivir aquellas horas de fiebre y de locura. ¡Cuántos compañeros he dejado en el camino de la vida, de aquellos que trabajábamos satisfechos, animados por el mismo ideal y guiados por el luminar de nuestro querido maestro Rogent, modelo de serenidad y de corrección, de perspicacia y de mundología como se dice ahora! Había que verle resolviendo nuestras consultas, discurseando en el seno del comité ejecutivo ante figuras tan representativas de Barcelona como el segundo marqués de Comillas, los señores Girona, Durán y Bas, Ferrer-Vidal y el insustituible secretario general Pirozzini, así como el secretario particular de Rogent, mi antiguo condiscípulo Eduardo Reventós, el mejor lápiz que en aquellas fechas salió de la Escuela de Arquitectura. Cuántos nombres queridos acuden ahora a los puntos de mi pluma: Amargós, Doménech y Montaner, Doménech y Estapá, Buigas, Casademunt, Font y Carreras, Falqués, Vilaseca, Torres Argullol, el viejo cirineo nuestro que era don Juan Torras y, por fin, Jaime Gustá, el único sobreviviente! De mis compañeros de segunda categoría o *ratas segundos* (como nos llamábamos en aquellos días de la zarzuela *La Gran Vía*) me faltan casi todos menos el profesor Borrell, el ingeniero Steva y Fernando Romeu... Los demás han muerto: General Guitart, Laureano Arroyo, José Azemar, Juan Feu, Emilio Cámbara, José Mariné, José Font y Gumá, Antonio M.^a Gallissá, Francisco Rogent y Pedrosa y Claudio Durán y Ventosa. De José Forteza, que fué a Chile lla-

mado por el Gobierno, ignoro si vive o murió. A todos nos tenía el maestro pendientes de sus órdenes, porque tenía el don supremo del mando que ejercía dulce y severamente. Así que todos nos hallábamos muy a gusto en medio de aquel *Pandemonium*. Su especialidad era saber desprenderse de los visitantes inoportunos.

A pesar de toda clase de obstáculos, SS. MM. pudieron pasar el día 20 de mayo de 1888, por bajo el Arco de Triunfo y dirigirse solemnemente a inaugurar el universal Certamen en presencia de las Autoridades y los representantes de todas las naciones, cuyas banderas tremolaban besadas por la brisa primaveral, y atronaban el aire las salvas de los cañones de todas las escuadras española y extranjeras.

Después de tamaña empresa, aun le quedaron al venerable arquitecto arrestos bastantes para terminar la restauración del Monasterio de Ripoll, de lo cual me he de ocupar más adelante.

Y para terminar, cabe hacer mención de una obra meritísima que se emprendió y que si no es la realización de un proyecto arquitectónico, tiene aún mayor trascendencia social. Quiero referirme a la Asociación de Arquitectos de Cataluña, en una época en que no se reunían tres o cuatro de éstos, sin que se levantaran amenazadores los bastones. A raíz de la muerte de su compañero y amigo don José Simó y Fontcuberta inició la idea de reunirse en corporación para ayudarse mutuamente en la defensa de sus derechos y prerrogativas, publicar las listas de los socios y aquellas disposiciones de interés para la clase. El primer presidente de la nueva entidad fué el patriarca don José Oriol Mestres, y Rogent murió sin haber jamás aceptado tan honorífico cargo para que no se creyera que sacaba partido de su iniciativa. Esto fué en 19 de febrero de 1874 y el primer secretario fué Luis Doménech y Montaner. Propuso además celebrar anualmente exequias para los compañeros difuntos y celebrar excursiones monográficas, inaugurando él la serie para dar ejemplo.

EL PROFESOR

EL PROFESOR

EVOCACIÓN. — Todas las mañanas, al filo de las ocho horas, atravesaba con paso ligero la Plaza de la Universidad, un caballero ya en los albores de la ancianidad, que se dirigía a la puerta lateral del edificio docente, situada a poniente de la principal. Vestía correcta y pulcra indumentaria; un gabán o paletó hasta la rodilla, calzado impecable y en la cabeza, que llevaba erguida, un fino sombrero de copa alta, que denunciaba en aquella época, su calidad de profesor. Sostenía en la diestra mano un bastón de paseo, y con la otra acercaba a la boca para chupar de vez en cuando, los restos de un aromático cigarro habano. Su talante era placentero y sus movimientos ágiles. Era nuestro querido don Elías, cuya lección aguardábamos nosotros muy a gusto en el pasillo de la Escuela de Arquitectura, en espera del toque de campana que nos llamaba a clase.

Era ésta de reducidas dimensiones, en el ángulo del segundo piso de la torre del Oeste de la Universidad, y, por lo tanto, tenía dos fachadas y dos ventanas, una a cada lado del ángulo. Como era oral la asignatura, no necesitaba el aula exceso de luz, así que la que entraba por los huecos, era tamizada por un modesto cortinón transparente. Detrás de una mesa cuyo tablero estaba barnizado de negro, sentábase el bueno de don Elías en recio sillón frailerero de nogal con asiento de cuero amarillo, sujeto por gruesos clavos tachones.

Nos hacía sentar, calaba sus gafas, y pasaba lista con la mirada para ver si estábamos todos, pues por el corto número de alumnos que habíamos alcanzado la altura de su cátedra, no tenía necesidad de pasarla escrita.

A pesar de la afabilidad de su carácter, al verle dispuesto a empezar su explicación, sentíamos acrecentarse en nosotros el respeto que le profesábamos (y digo respeto y no temor) porque tanto por su as-

pecto venerable, su barba blanca, recortada, su ancha frente, avance de la calvicie y sus ojillos vivos e inteligentes, cuanto por la forma de su expresión, su correcto ademán y en fin el conjunto de toda su persona, nos hacía ver en él a un verdadero maestro.

Y empezaba su explicación, poniendo ante nuestra vista, con claridad meridiana, los términos del problema que debíamos resolver



ELÍAS ROGENT EN 1890

FOT. A. Y E. F. *dits* NAPOLEÓN

en la composición de cada edificio que nos fuese encomendado; no era orador en el mal sentido, es decir, no era parlanchín, puesto que hoy a éstos se les atribuye el sublime don de la elocuencia. Quiero decir que no prodigaba los requilorios ni la retórica en sus lecciones, pero decía todo cuanto tenía que decir, y lo decía bien. Especialmente ponía mucho más calor en su explicación cuando trataba de la arquitectura de nuestro suelo. El ilustre crítico Miquel y Badía, de buen recuerdo, que había convivido con el maestro durante la construcción de la nueva Univer-

sidad en su calidad de secretario de la Junta, decía en el notable artículo necrológico que le dedicó a raíz de su fallecimiento (12), que era interesante haberle escuchado junto a uno de los monasterios más antiguos del Principado, cabe al arruinado templo de Santa María de Ripoll: “Entonces aparecía el catalán en toda su hermosura, aquel hombre que al par que sentía en toda su sublimidad la naturaleza de nuestras montañas y se extasiaba con los cantos y poesías populares, y leía con delectación en las páginas de piedra de las catedrales, cenobios, capillas y de las típicas *Masias*, que no hubiera querido ver tan olvidadas en las modernas casas de campo, en las *Villas* de quinquillería, razonaba con lógica prodigiosa sobre el porqué de determinadas formas arquitectónicas en nuestra tierra, y sobre el aire que presentaba, acorde en lo serio y en lo rudo con el de sus naturales, estableciendo con claridad admirable las diferencias que separan la arquitectura catalana, de la que se ve y se admira en otros reinos de España. En tales casos, la palabra de Rogent, premiosa de ordinario, hacía fácil y en aquel hombre reñido con la retórica aparecía el orador elocuente...”

Razón de sobras tenía el perspicaz crítico al hacer las observaciones que acabo de transcribir, y así pudimos comprobarlo cuantos tuvimos la suerte de contarnos entre sus alumnos, que nos sentíamos fascinados ante sus explicaciones claras, lógicas y siempre encaminadas a sacar a luz las bellezas monumentales de nuestro antiguo Principado. “Era interesante—dice Puig y Cadafalch, en su obra ya citada—oírle en su cátedra hablando de nuestras humildes iglesias de los valles del Ter, de los del Cardoner o los del Llobregat, de la Cerdaña, del Vallespir o del Conflent, después de describir los patios florentinos y las monumentales escalinatas de los patios genoveses.”

Estaba pues en pleno dominio de su papel en el profesorado de la Arquitectura y a mi entender, ello era debido a la preparación que tuvo desde su adolescencia emprendiendo excursiones, no sólo para deporte, sino para ver y analizar los más notables monumentos. También influyó en ello el gran sentido didáctico que poseía, puesto que no se contentaba con ver y admirar, sino que tomaba notas y apuntes que completaba en el retiro de su hogar para servirlos luego en forma debida a sus alumnos, o para verterlos en los trabajos académicos o profesionales. Porque Rogent no era un sabio *alcancia* de los que guardan avaros el fruto de sus estudios para que nadie más se aproveche. No, él por el contrario se afanaba en hacer participantes de lo que inquiría, al

mayor número de gentes. Creo además que otro factor que completaba la suma de aptitudes que reunió para ejercer su profesorado era la larga práctica que tuvo y ya dice el refrán que “la práctica hace los maestros”.

Desde 1851, explicó sus lecciones de Topografía y nivelación en la Escuela de Maestros de Obras, de la que eran profesores Casademunt (el antiguo director de la de Nobles Artes de la Junta particular de Comercio), Torras y Villar. Y al disolverse esa Escuela en 1871, trabajó para que se creara en Barcelona la de Arquitectura de la que fué catedrático y director, desempeñando este cargo hasta 1889.

El continuo trato con los alumnos y el dominio de las materias que explicaba, contribuyeron en alto grado a sus éxitos como profesor y finalmente la vasta cultura que había adquirido desde su juventud, alternando con todas las personalidades representativas de la más alta intelectualidad catalana, le pusieron en envidiables condiciones de superioridad, sobre cuantos no habían vivido aquella vida de inquietudes renacentistas que tuvo por apóstoles a los Milá y Fontanals, Pi y Margall, Aguiló, Piferrer, Llorens, Rubió y Ors, Cortada, Mañé y Flaquer, Durán y Bas y otros muchos que no cito.

Comenzaba su explicación con tono algo doctoral, sin duda para fijar el carácter magistral de sus palabras; pero luego íbase animando y acudían en tropel a su memoria interesantes recuerdos de cosas vistas en sus viajes por Europa y que tenían aplicación a la índole del edificio que debía analizar. Conservo todavía los apuntes de su clase. Mejor dicho, el programa de las lecciones que constituían el curso de composición de edificios; un programa tan bien compuesto que era mejor un cuestionario cuyas respuestas se acudían en seguida a los labios, tan claramente había ido estableciendo las características que debían distinguir unos edificios de otros, diferenciándolos en orden al distinto fin social que estaban llamados a satisfacer. En esos cuadros sinópticos no constaban más que algunos ejemplos de los principales edificios que en los diversos países eran dignos de especial mención. Pero en su discurso profesional iba animándose Rogent a medida que hincaba más en el tema y en las necesidades de la composición del edificio, y acababa por referirnos en toda clase de pormenores (lo cual le era fácil gracias a su privilegiada memoria), los similares que había visto en España y en el extranjero, complaciéndose en renovar las visiones de sus múltiples viajes. De ellos, nos contaba anécdotas siempre instructivas y

aprovechaba todas las ocasiones para referirnos hechos o leyendas relacionados con los monumentos de que tratábamos, para deducir enseñanzas que pudiesen servirnos para la vida profesional al salir de la Escuela.

Tengo para mí, que era Rogent el mayor maestro de cuantos conocí en la carrera, y el que menos lo daba a entender. Nada de afectación, ni de pedantería. Parecían sus lecciones, más que de catedrático, una conferencia ante un auditorio enterado de la materia. Si bien es cierto que sus alumnos habíamos ya saludado el quinto lustro. En la clase del último curso de proyectos, en el que debíamos presentar un edificio de primer orden, con su completo grafiado, y su documentación inherente, era un placer oírle hacer objeciones a nuestros esbozos y croquis; y tanto era así que al pasar a corregirnos sentíamos que se marchara pronto, para evitar lo cual, cuando se disponía a abandonar el tablero ante el cual se había sentado, le dirigíamos preguntas de cosas ya sabidas para que volviese a enhebrar la aguja por unos momentos más.

Todos le queríamos, esto es lo cierto. Y si alguna vez, como estudiantes que éramos, nos permitíamos en nuestros vagares entre clase y clase mientras apurábamos los cigarrillos, alguna nota satírica, alguna chirigota como ahora se dice, se imponía pronto el espíritu de justicia y reconocíamos todos que valía la pena de estudiar con semejante maestro. Sus reprimendas solían ser chistes, para hacernos ver el lado ridículo de nuestros yerros.

A su iniciativa como director se debe que sin contar con partidas en los presupuestos de la Escuela, se organizara la primera excursión escolar para practicar el estudio completo de un monumento. Fuimos con el *avi*, como cariñosamente le llamábamos, a Poblet, y todavía recuerdo con emoción, aquellos días de identificarnos con el grandioso cenobio, panteón y palacio real. Salimos el sábado de Gloria y estuvimos allí los tres o cuatro días de Pascua. Creo que fué en 1884.

Llegamos tras un viaje algo molesto por la parte asnal, desde la Espluga a Poblet, porque ni nosotros éramos jinetes ni los asnos eran de silla. Después de la colación, y a la luz de las antorchas, visitamos las ruinas, que eran desconocidas de casi todos los alumnos. ¡Qué profunda impresión! Han pasado cuarenta y cuatro años y no he olvidado el escalofrío que recorrió el grupo, al sentir sobre nosotros el pesado aleteo de un gran pajarraco nocturno, que sin pensar habíamos desper-

tado con la llama de las antorchas. ¡ Con cuánto acierto había dispuesto el maestro aquella sorpresa, de efectos de luz y sombra, a altas horas de la noche y en medio de aquellos restos venerables! La voz de Rogent resonaba vibrante explicándonos las diversas dependencias que atravesábamos, y si he de ser sincero, he de confesar que me pareció notar cierto timbre en la voz del maestro, revelador de una honda emoción. No había para menos.

Los días siguientes trabajamos todos con ahinco en el levantamiento del plano, en copiar perfiles y tomar notas, bajo las indicaciones del director. Estaban con nosotros sus dos hijos: Francisco de Asís, que fué notable arquitecto en 1889, fallecido por desgracia en edad temprana en 1898, dejando profunda huella en Barcelona y toda Cataluña; y José, reputado hombre de Leyes, que vive por fortuna y ha figurado en la formación de empresas de obras de reconocida utilidad para las comunicaciones de nuestro suelo.

El resultado de nuestros trabajos se concretó en el plano general del monasterio, confeccionado en la Escuela por Antonio Gallisá, José Font y Gumá, Francisco Rogent y Claudio Durán, todos ellos fallecidos ya. Fué el primer trabajo de esta clase que emprendió nuestra Escuela. Años más tarde y organizadas económicamente las excursiones, se hicieron otras, también provechosas, bajo la dirección de otro inolvidable director de la Escuela, don Luis Doménech y Montaner. En aquella época ya la fotografía estaba al alcance de todas las fortunas, y por este motivo pudieron sacarse multitud de clisés, que los profesionales ampliaron luego con rara perfección. De manera que quedó constituido un verdadero archivo de documentos gráficos, referentes no sólo a Poblet, sino con los sucesivos viajes, a otras partes de Cataluña, de España y del extranjero. Pero aquella nuestra, y lo digo en honra de Rogent, fué la que señaló la ruta de los futuros éxitos.

En las comidas que tomábamos en la posada de Poblet en comunidad, desempeñando Rogent el papel de *Pater familias*, luego que comíamos, al tomar café nos obsequiaba con selectos habanos; mientras los saboreábamos iba preguntando a uno después de otro, qué impresión nos había hecho tal o cual dependencia del Cenobio. Como nosotros no podíamos formular un concepto preciso, tomaba él la palabra y nos daba su autorizada opinión respecto de la pregunta, de manera que aun en aquellos agradables momentos de descanso, podíamos

aprovecharnos de sus siempre oportunas lecciones. Y luego a trabajar, cada uno en su sección (13).

El mismo procedimiento seguía en los trabajos de la Exposición de 1888, a los que se entregó con alma y vida para secundar al gran alcalde Rius y Taulet que había hecho otro tanto desde el sillón del Ayuntamiento.

Todos los sábados por la tarde nos reunía en la Dirección general de Obras, donde tenía su despacho (antigua vaquería del Parque), para cambiar impresiones respecto a proyectos y marcha de las obras. Y siempre terminaban estas juntas con un resumen general que para los neófitos no era otra cosa que una nueva lección en cada especialidad.

En esa gran manifestación de la vitalidad catalana, al par que de arquitecto insigne, actuó también como maestro de sus subordinados; sugiriendo a uno iniciativas, modificando a otros caminos desviados, o abriendo a nuevas soluciones problemas complicados que no se resolvían bastante acertadamente; y a todos dando consejos de su larga y sana experiencia, y ejemplo de actividad incesante para marchar al compás de los anhelos ciudadanos de Rius y Taulet. A este propósito, dice Augusto Font en su necrología académica: “Rius y Rogent fueron dos caracteres que tenían muchos puntos de afinidad. Los dos tenían corazón grande, sentían amor inagotable por Barcelona y el trabajo y la actividad fueron siempre sus condiciones características. Por esto simpatizaron, por esto trabajaron con ahinco y por esto ambos dieron su vida para la gloria y el esplendor de Barcelona.”... “He aquí por qué su realización fué bella y como autor primordial de tamaña obra de arte, Rogent se manifestó verdadero artista, de genio esplendoroso y rara imaginación. Barcelona, Cataluña y España entera le deben eterna gratitud por su gran empresa y por el éxito obtenido, a pesar de los sinsabores, penalidades, verdaderos tormentos por que atravesó; afectando de tal modo su organismo que bien puede decirse que la dirección de empresa tan colosal le desgarró el corazón, le abatió y aplanó las facultades intelectuales hasta cortarle la vida.”

El gran maestro dió más de lo que podía. Sin abandonar la cátedra, trabajaba en el proyecto de restauración del monasterio catalán de Ripoll, cuyos trabajos había acordado emprender otro personaje de gran corazón, el inolvidable obispo de Vich, Excmo. Sr. Morgades y Gili; en la gran empresa de la Exposición y como si todo ello no fuese

bastante, había acabado con Augusto Font otro proyecto de muy altos vuelos cual es el de la restauración de la catedral de la Primada Tarraconense. De todo ello hablaré en las páginas siguientes.

Cuantos fuimos sus adictos y fieles alumnos no podemos olvidar el solemne acto de la Reválida cuando en presencia del Tribunal que había juzgado y discutido nuestro proyecto completo, tomaba la palabra para felicitarnos, al parecer, pero seguía luego con una serie de atinadas observaciones para que nos esmerásemos siempre en dignificar el título ejerciendo noblemente la Arquitectura, y en amar y venerar los monumentos pretéritos que tanto abundan en nuestro suelo catalán.

Y voy a cerrar con broche de oro el presente capítulo, relatando un hecho en el que tomé alguna parte. Uno de nuestros compañeros, el que después fué distinguidísimo arquitecto, Antonio M.^a Gallissá y Soqué, adoleció al mediar el curso de una terrible enfermedad, que le privó, por lo tanto, de asistir a clase, por cuyo motivo no pudo presentarse al examen ordinario de junio. Como don Elías no daba obra de texto, invitó a su querido discípulo a asistir a su casa durante el verano a la primera hora de la mañana, y así le fué explicando todas las lecciones que había perdido y así pudo examinarse por septiembre con la brillantez en él característica; y así no perdió el año de carrera. ¡Tal fué el maestro!

EL ARQUEÓLOGO

EL ARQUEÓLOGO

POR las impresiones de juventud, que dejó escritas, puede juzgarse del innato amor que sentía el arquitecto Rogent por los monumentos del pasado; su afán para conocerlos, remover sus destruídas entrañas de piedra, y estudiar su historia desde los mismos orígenes en que empezaron a cobrar vida. Así, en unas Memorias o notas de un Diario del viaje a Italia en 1881, dice: "Al pasar por las estaciones de Cornetto y Tarquinies recordé, sin querer, la Escuela de Arquitectura de Madrid y a los dignísimos profesores don Aníbal Alvarez y a don Antonio Zabaleta, a quienes debo el estudio detallado de la Arquitectura etrusca, y sentí cierta tristeza al pasar indiferente sin saludar los notabilísimos sepulcros que encierran estas ciudades y que con tanto gusto estudié hace más de treinta y cinco años. Es un sacrilegio que puede perdonárseme por haber alcanzado doce lustros de existencia y por llevar tres compañeras de viaje que no tienen estudios para comprender el lenguaje de esta clase de monumentos tan diversos que expresan otros ideales." Eran sus dos hijas María y Josefa y la señorita Montserrat Arnús.

Una de las primeras ocasiones, sino la primera, en que pudo evidenciar sus aficiones arqueológicas fué en 1852, cuando recibió el encargo oficial de atirantar y recorrer el claustro de San Cugat del Vallés para evitar una ruina inminente. Ya nos lo dirá, por su cuenta, en la monografía que escribió de tan artístico monasterio.

En otros apuntes de sus primeras escapadas al de Poblet con su tío viejo y enfermizo, manifiesta su propósito de escribir una monografía completa del derruído cenobio cisterciense, y para mejor preparar su espíritu y penetrar en la época y en el fomes de su fundación, empezó por leer y meditar detenidamente la vida del santo reformador San Bernardo. El comprendía así las cosas: o hacerlas bien o no ha-

cerlas. Tratando de monumentos destruídos todo su ser vibraba de indignación, porque según le habíamos oído decir, de su adolescencia conservaba dos horrorosos recuerdos que quedaron grabados en su alma juvenil: el de los horrores del año 1835, con el incendio de iglesias y conventos en el mes de julio, y los del mes de agosto en que la revolución asesinó al general Bassa y le arrastró por las calles de Barcelona. Hechos, o mejor dicho, crímenes que él, en parte, había presenciado, y aún había visto ocultarse en su casa algunos religiosos fugitivos.

Otra ocasión en que se manifestó su amor a las obras de arte antiguo fué en 1854. En mayo de dicho año hallábase en Montserrat con la familia de Augusto Font, y el Rvdo. Padre Abad, queriendo dar a Rogent y al padre de Font, una muestra de fina atención, les refería lo que tenía pensado hacer para mejorar el monasterio y que uno de sus propósitos era el de derribar los restos del claustro antiguo. “Al oír esto Rogent—refiere Font,—llenóse su cara de indignación marcada y como él sabía hacerlo, pintó con tan vivos colores las bellezas de aquellas ruinas, dió tal valor a la influencia que los monumentos tienen para la historia, y adujo tales razonamientos contra la profanación, que comprendiendo el P. Abad el error que iba a cometer, abandonó el proyecto y se salvó aquella pequeña pero valiosa joya de la arquitectura ojival de Cataluña.”

Las lecciones de Historia de don Juan Cortada, unidas al trato continuo y fraternal con los más ilustres amantes de nuestras ruinas artísticas, habían fomentado en su corazón el culto al pasado de Cataluña, tanto en artes como en literatura. Y digo fomentado, porque ya por instinto habíase siempre gozado con ese culto.

Otra de las primeras manifestaciones externas del mismo fué su discurso leído en la sesión solemne de la Academia Provincial de Bellas Artes, en 11 de octubre de 1857, bajo la presidencia del capitán general Zapatero, del gobernador Torres Valderrama, del alcalde corregidor Figueras y del de la Academia, marqués de Alfarrás; celebrada con motivo de la distribución de premios a los alumnos que los habían merecido en el curso anterior (14). El discurso que leyó el académico profesor Rogent se titula: “Cuadro de la arquitectura cristiana de nuestro Principado y de la aurora de su Renacimiento en la segunda mitad del presente siglo”, y es realmente una admirable síntesis de la arquitectura religiosa de Cataluña desde los siglos de invasiones

extranjerías hasta el momento en que se pronunciaba el discurso. No hay que decir que desde aquella época, nuevos descubrimientos, nuevas noticias adquiridas por la voz de los archivos y nuevas teorías han venido a corregir fechas y a ratificar o rectificar algunas hipótesis, pero como estudio completo no merece más que incondicionales elogios, sobre todo en aquellos tiempos en que esa clase de trabajos tenían muy pocos adeptos. Tan sólo Pablo Piferrer, Milá y Fontanals, Pi y Margall, Pi y Arimón y pocos más, se complacían en ofrecer al público, trabajos de investigación acerca de los monumentos que acababan de arruinarse, unos por incuria y abandono y otros por haber sufrido todos los ultrajes de la apenas extinguida guerra civil (15).

Otro importante trabajo arqueológico de Rogent no ha visto la luz todavía. Es el resumen de sus impresiones sobre Poblet, recogidas en varias ocasiones desde su primera visita acompañando a su tío a las aguas de Espluga de Francolí, hasta otra, hecha con José Oriol Mestres y Lorenzale (16), y, finalmente, hasta la excursión escolar de 1884, de todas las cuales antes hablé. Obra meritoria sería la publicación de ese original inédito, puesto que a pesar de lo mucho que actualmente se ha publicado acerca de tan atractivo tema, algo y aun algos, habríamos de encontrar digno de atención y aplauso.

La iglesia de San Juan de Vilafranca debe a los esfuerzos de Rogent y demás compañeros de la Comisión de Monumentos de la Provincia, el mantenerse todavía en pie. En las vacaciones de 1855 a 1856, salió un anuncio del administrador de bienes nacionales, fijando día para la subasta de un edificio ruinoso de la plaza de San Juan. El tipo de subasta era de treinta mil reales. Advirtiéndolo don Manuel Milá y Fontanals y escribió a don Próspero de Bofarull para que la Comisión se opusiera y protestara. Al propio tiempo escribió a su hermano Pablo y a don Javier Llorens y Barba, catedrático. Era entonces secretario de la Comisión Central de Monumentos del Reino, don Agustín Felipe Però, antiguo condiscípulo de Rogent, y fué visitado en Madrid por Llorens y Barba. En septiembre de 1856, dicho secretario pidió informe a la Comisión de Barcelona y al recibirlo lo trasladó al Ministro.

El individuo de la Comisión de Barcelona, don Manuel de Bofarull, escribe también al de la Central, Sr. Però, y en la carta se dedican grandes elogios a Rogent. Parece que ya en 1848 se había intentado subastar la capilla de San Juan.

Habiendo fallecido en 1 de agosto de 1856 don Ramón Muns y

Seriñá, secretario de la Comisión, el Sr. Gobernador nombra a don Juan Cortada. Y para la vacante de éste, Bofarull (M.), escribe al señor Però rogándole sea designado Rogent para ser elegido por ser arquitecto de la Real Academia de San Fernando y académico profesor de la de Bellas Artes de Barcelona, “persona de ardiente entusiasmo y de vastísimos conocimientos en el arte, que ha desempeñado como facultativo con incansable celo y con el más generoso desinterés, cuantos trabajos le ha confiado esta Comisión y que tiene a su favor una honrosa comunicación de esa Central, fecha 14 de octubre de 1851, dándole las más expresivas gracias por el celo, inteligencia y noble desprendimiento con que llevó a cabo la dirección de las obras reparatorias de San Cugat del Vallés, conforme debe constar en esa secretaría” (17).

En su contestación, dice don Agustín F. Però: “Confío en que se llenarán los deseos de usted y demás señores de esa Comisión, con el nombramiento del señor Rogent, que igualmente me complacerá por ser amigo y condiscípulo, que aprecio por sus bellas prendas y con lo cual esa Comisión tendrá como siempre la unidad de miras que desea y a favor de la cual podrán continuar la ímproba aunque honrosísima tarea que les impone el cargo que desempeñan.”

En 9 de octubre de 1874, se reclamó nuevamente (por tercera vez) el nombramiento de peritos para valorar un edificio ruinoso situado en la plaza de San Juan, como procedente de la encomienda de San Juan de Jerusalén, dentro de tres días. Se contestó que en la plaza no había ningún edificio ruinoso y que si se aludía a la capilla era muy sólida y destinada al Culto, y se invocó el decreto de 16 de diciembre de 1873, firmado por el presidente de la República, don Emilio Castelar y el ministro de Fomento, don Joaquín Gil Bergés, en el cual se halla expuesta con elocuencia y resolución la buena doctrina “acerca la conservación y respeto de los monumentos que atestiguan las glorias de lo pasado, pregonan la inspiración de los artistas que los concibieron y honran a los pueblos que los poseen”.

En 19 de octubre de 1879, el Alcalde recibe oficio del jefe económico de la provincia, preguntando quién ocupaba la capilla, y se le contestó que tenía culto y estaba en poder del Rvdo. Sr. Cura párroco de Santa María, en representación del obispo.

Así se salvó la preciada joya de arte que recuerda, aun en medio

de su modestia, la capilla de los reyes de Aragón de Barcelona, especialmente su techumbre leñosa.

De la reparación, mejor que restauración, de esta última estuvo encargado Rogent por la Comisión de Monumentos de la Provincia. Respetuoso con los restos del pasado y además por otro poderoso motivo, cual era el modestísimo caudal con que se contaba, limitóse el arqueólogo a consolidar las partes más maltrechas o dislocadas, renunciando a sus deseos de una restauración artística. Lo que, no obstante hizo, fué un detenido examen del monumento singular que levantó Jaime II para el servicio de su capilla de Palacio. Y esto le permitió conocer el enlace que tienen entre sí las diversas partes de que consta, sin añadir nada propio y poniendo de manifiesto cuanto de bello e interesante existía en su primitiva traza, y cuantos aditamentos se habían practicado durante la Edad Media.

La escasez de recursos obligóle a ingeniarse para contar con medios auxiliares de construcción, y así pidiendo de prestado unas antenas viejas y unos viejos palitroques, pudo obtener unos andamiajes establecidos bien que mal y que de momento le resolvían el problema de devolver la máxima solidez a las partes que más necesitadas estaban de ella.

Pero a pesar de todo, vino un momento en que los obreros que se hallaban en medio de aquellos arcos y bóvedas medio disgregadas a causa de movimientos y deformaciones que en los siglos se habían producido, fueron presa de un invencible terror y se negaron a continuar trabajando en aquellas condiciones. El arquitecto, que se hizo cargo de la gravedad de la situación y que era urgentísimo el refuerzo que se estaba operando, subióse al andamio y preguntó donde estaba el peligro y a pesar de verle claro y evidente, mostróse sereno y tranquilo y permaneció entre los obreros, encendiendo un cigarro y paseándose con toda indiferencia por encima de aquellos maderos donde veía el peligro tan claramente como los obreros. Ante su actitud éstos reaccionaron y continuaron el refuerzo de que dependía el éxito de la operación; no atreviéndose a mostrarse más miedosos que su jefe. Contrató luego las vidrieras del ábside con un alemán que había establecido en Barcelona un taller de vidrios decorados, y restauró completamente las maderas de la típica techumbre que ostenta el preciado monumento. Estos trabajos se habían iniciado en 1856 y fueron costeados por el Ayuntamiento, la Diputación, el Gobierno, y aun la misma reina Doña Isa-

bel II y la duquesa de Montpensier, cuyas damas habían visitado los trabajos en 1860 y 1858 respectivamente.

Otra de las concienzudas restauraciones de Rogent fué la del palacio de la corona de Aragón, que había sido anexo del palacio real y que había albergado la Audiencia y el tribunal del Santo Oficio y,



SANTA MARÍA DE RIPOLL
CÉLEBRE PORTADA LLAMADA EL "ARCO DEL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO"

FOT. RIBERA

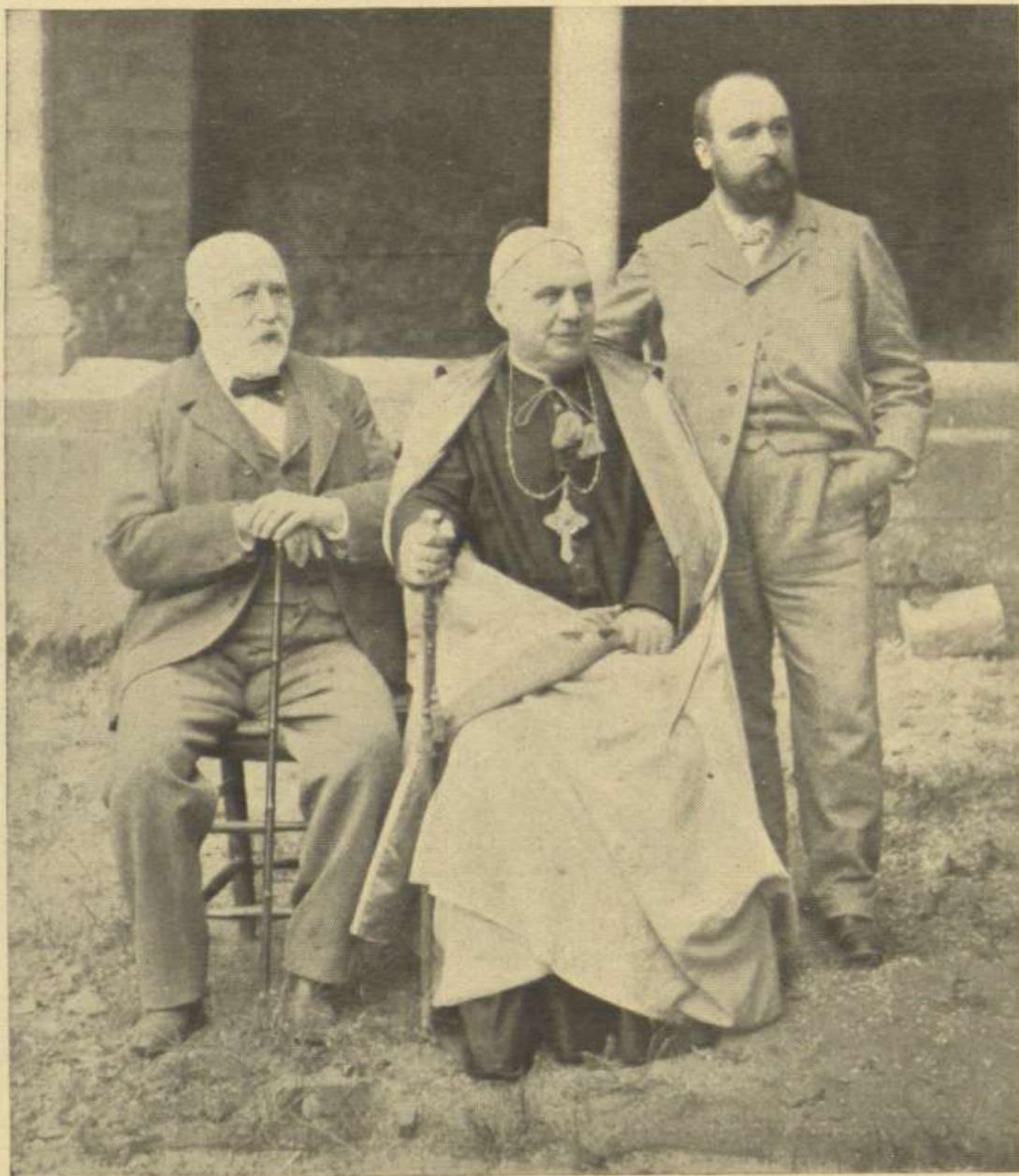
más modernamente, era palacio del virrey. En esa labor se mostró, como de costumbre, con sano criterio, amor al arte y respeto a las bellezas de la primitiva estructura del monumento; todo lo cual supo conciliar con las necesidades del servicio a que se le destinaba cual era el de Archivo de la corona de Aragón, donde continúa en la actualidad, para admiración de propios y extraños.

Pero la obra gracias a la cual alcanzó la ingente cumbre de la

gloria como arqueólogo, fué el estudio del proyecto de restauración del profanado monasterio de Ripoll, nombre que va unido a los del insigne prelado Oliva que lo erigió en el siglo XI y al del entusiasta restaurador obispo Morgades y Gili, que lo obtuvo para su Diócesis, al objeto de conservarlo, restaurarlo y devolverle el culto en el año 1886.

Ya desde su edad lozana ardía en deseos de estudiar el famoso monasterio ripollense, que tanta fama había obtenido en sus buenos tiempos, y que él había visitado con todo fervor y admiración por ser un ejemplar típico de la arquitectura románica de Cataluña. En su calidad de académico de la Provincial de Bellas Artes, supongo yo (y creo que con fundamento), que en el seno de la misma hablaría del estado de abandono en que se hallaba aquella rica joya del arte catalán, y lo haría con tanto entusiasmo que llevó a sus compañeros el convencimiento de que por dignidad, la docta corporación no podía ver impasible tal profanación. Tan profunda huella debía causar en su auditorio el académico Rogent en una sesión memorable celebrada por el año 1865, que se acordó nombrar una ponencia compuesta de los arquitectos Villar y Lozano, y Rogent para emitir dictamen después de estudiar el estado en que se hallaba y proponer las condiciones en que podría galvanizar aquel colosal cadáver para bien del arte y mayor lustre del culto católico. Villar redactó el informe y Rogent trazó la parte gráfica, borroneando un avance de restauración, trabajos que fueron remitidos a la Real de San Fernando, mereciendo de esa Academia los más honrosos plácemes y estimulando a sus autores para que desarrollasen el proyecto de restauración, mas como quiera que Rogent había ya hecho los estudios en este sentido la Academia de Barcelona, confirmóle el encargo. Luego de terminada y presentado a nuestra Academia, mereció de ésta un brillante informe aprobatorio, que por desdicha no tuvo consecuencias prácticas, pues quedó el asunto archivado, hasta que transcurridos más de veinte años y habiéndose publicado en 9 de noviembre de 1885 un Real decreto en virtud del cual se cedía a la Mitra de Vich el monasterio de Ripoll, el Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo Morgades y Gili, afanoso de restaurarlo dignamente para mayor gloria de Dios, se dirigió a la Academia barcelonesa suplicando le facilitara los trabajos técnicos que poseía; y al propio tiempo permitiese celebrar en su salón de actos una reunión en la cual estuviesen representadas las principales corporaciones e institutos literarios y económicos de la ciudad, con el fin de escogitar

los medios de llevar a buen término la restauración ansiada (18). Bien elocuentemente habló el prelado vicense en aquella sesión memorable, pero no menos se hizo aplaudir nuestro insigne arquitecto, según afirma un testigo presencial, en los siguientes términos: "...Rogent habló por modo portentoso de aquel cenobio; de sus bellezas y de



EL EXCMO. Y RVDMO. DR. MORGADÉS Y GIL, OBISPO DE VICH
ENTRE LOS DOS ARQUITECTOS ROGENT (PADRE E HIJO)
CLAUSTRO DE RIPOLL. (1888)

FOT. XATART

las que reunían los monumentos de la misma época existentes en tierra catalana. Bien supo establecer las diferencias a que antes hemos aludido, entre el estilo gótico catalán o aragonés y el de Castilla en la misma época, cuando por parte de un distinguido arquitecto de la Real de San Fernando se le opusieron reparos al proyecto de restauración de la catedral de Tarragona, que trazó en unión del aventajado

arquitecto don Augusto Font y Carreras. Bien supo hacer notar Rogent al académico madrileño que uno es el gótico de Tarragona y de la catedral de Barcelona, y otro el de la catedral de Burgos y de la Cartuja de Miraflores, y que por lo tanto no era posible juzgarlos con idéntico criterio. Con criterio catalán, acometió y llevó a cabo la obra de la restauración de Santa María de Ripoll, siendo el brazo derecho del obispo de Vich, Dr. D. José Morgades y Gili, nunca bastantemente alabado por aquella empresa soberana, suficiente ella sola para inmortalizar su pontificado, por tantos otros conceptos, glorioso. Rogent puso en la restauración de Ripoll toda su alma y toda su inteligencia; los estudios previos que realizó sobre las fuentes de la restauración constituyen un libro substancioso que será consultado en todos los tiempos. Estos estudios le llevaron a cambiar la cubierta que primitivamente había ideado y gracias a ellos el monasterio de Ripoll, es sin duda, trasunto fidelísimo en su actual fábrica de lo que fué en los tiempos más brillantes del cenobio. Al penetrar en aquella imponente nave, que respira aliento catalán por todos lados une el inteligente en una misma voz de admiración al Prelado que con su ilustrada voluntad hizo restaurar la iglesia y el claustro, y al arquitecto que por tan afortunada manera supo realizar sus designios. Obra de sacrificio fué para Rogent la iglesia de Ripoll, porque con ella huyó de cuanto pudiera parecer creación suya y atendió sólo a buscar con exactitud lo que había sido en el pasado, y a restablecerlo, cuidando hasta de que el aparejo fuese el mismo que había en la fábrica primitiva” (19).

Para la debida ilación de los conceptos que merece el maestro desde el punto de vista de la arqueología, y aun alterando el orden cronológico, debo hablar de la iniciación, en la Asociación de Arquitectos de Cataluña, de las excursiones artístico-monumentales, por parte de Rogent, quien predicando con el ejemplo, acompañó a su proposición la oferta de ser él, quien señalara el camino visitando el monasterio de San Cugat del Vallés. Así empezó una serie de visitas y monografías de otros varios monumentos de nuestro suelo. Fué la primera en 27 de junio de 1880 y en el claustro del venerado cenobio dió lectura a una interesante monografía del monumento admirable que por sí sola constituye un título de honor para la fama de un arqueólogo, conocedor de los estilos históricos y de un literato que escribe fácil y elegantemente. De ella transcribo los párrafos siguientes:

“MIS PRIMEROS RECUERDOS:

”Hace cuarenta y ocho años que, en las primeras horas de una fresca mañana de abril, mi abuelo en aquella época setentón, muy devoto, algo instruido y bastante conocedor de las cosas y costumbres catalanas, me llevó por vez primera a San Jerónimo de Hebron, cuyas ruinas hemos saludado al dirigirnos a este sitio. Salimos por la puerta de San Antonio, cruzamos diagonalmente la llanura y siguiendo el camino de Collcerola y la riera de Vallcarca, dejando a mano derecha a San Ginés de Agudells, que guarda hoy los restos mortales de nuestro compañero D. José Simó y Fontcuberta, llegamos al edificio. Oímos la misa conventual; habló mi abuelo con el prior y con algunos frailes, y nos dirigimos a la cumbre del Tibidabo para explayar la vista contemplando los bellos panoramas de nuestra Cataluña. Confieso ingenuamente que no supe dar a la escena la importancia debida; pero recuerdo bien que, después de admirar la llanada de Barcelona ceñida por el azulado Mediterráneo, dirigimos nuestras miradas al interior, empezando por la típica montaña de Montserrat, de la cual el buen viejo me contaba maravillas, explicóme su historia, sus tradiciones, la vida eremítica de algunos penitentes y enalteció las riquezas del monasterio, antes que los franceses lo destruyeran durante la guerra de la Independencia. Enseñóme después a San Llorens del Munt, hablóme de la fantástica balada del dragón, de la cueva Simaña, y de otros cuentos que le eran familiares, fijóse en el Montseny, recordando la cueva de San Segismundo, y después de saludar al Grau de Olot, Tagamanent, Puig-graciós y allá, muy en lontananza, el nevado pico de Puig-Mal, fijamos la vista en el Vallés, verde alfombra tachonada de pueblos y caseríos, cruzada por fajas líquidas orladas por una abundante y variadísima vegetación: vimos Tarrasa, Sabadell, Rubí, Castellar, Caldas de Montbuy y otras poblaciones, pero entre todas, mereció la preferencia la antiquísima villa que recibe el nombre del imperial recinto en que nos encontramos.

”Qué impresión tan nueva sintió mi infantil imaginación al oírle hablar de cosas tan desconocidas para mí, como el Castro Octaviano, del emperador Augusto, del martirio de San Cugat, de Carlomagno y de otras cosas que recuerdo ahora confusamente y con fruición, venerando su memoria. Era una tarde primaveral: el cielo estaba límpido, transparente y las encontradas y ligeras brisas que rizaban las aromá-

ticas hierbas de la montaña parecían los últimos ecos de los cantos divinos del monasterio. Divisábanse enriquecidos con matices de oro y de azur los muros almenados del recinto señorial, las paredes de la iglesia con sus ventanas ojivales, el campanario y el cimborio coronado por un chapitel de corte singularísimo. La impresión fugaz que el niño recibe, se amortigua, pero no muere; y desea con afán ver de cerca el monasterio.

”Hace cuarenta años que, terminada la guerra civil, visité por vez primera este venerable recinto, época en que la exclaustación había dejado fuera de uso el edificio, ofreciendo una masa ruिनosa que me quitó la ilusión. Vi la plaza exterior sombreada por árboles corpulentos, me impresionó el rosetón que remata la portada de la iglesia, admiré la severa grandiosidad del cubo que sirve de ingreso al recinto murado y por último estos claustros bajos y pesados que tenemos a la vista, me recordaron los frailes que había visitado en San Jerónimo en el año 1832, y buscaba, en medio de las sombras, el sayal y la cogulla del monje benedictino.

”Si me gustó o no este monumento en aquella época, lo ignoro porque aun cuando estudiaba ya los elementos de nuestro arte en las escuelas de la Casa Lonja, las corrientes dominantes en aquel entonces en la ciudad condal eran contrarias al verdadero arte cristiano, y sólo se apreciaban las obras de la segunda época del Renacimiento.

”En 1852, siendo ya arquitecto, recibí el inmerecido encargo oficial de salvar estos preciosos claustros, amagados de una próxima ruina. Ha veintiocho años que puse los tirantes de hierro que veis en las bóvedas, los parches de yeso que cierran en parte las grietas, manifiestan que los movimientos expansivos han cesado pero la obra vive delicada, enfermiza y necesita una pronta y concienzuda restauración.”

Me he complacido en copiar ese notable fragmento para dar a quienes lean este trabajo, la sensación de que el autor de tan amena y poética prosa tenía un gran talento de observación y un estilo preciso, ágil y evocador. ¡No parece en verdad fruto de una pluma sexagenaria!

De aquella excursión (a la que concurrieron una treintena de arquitectos), todos cuantos tuvieron la suerte de formar parte de ella han guardado de por vida imborrable recuerdo. La mayoría de ellos fueron turnando en las sucesivas y redactando las monografías correspondientes hasta que en 20 de junio de 1886 fueron los excur-

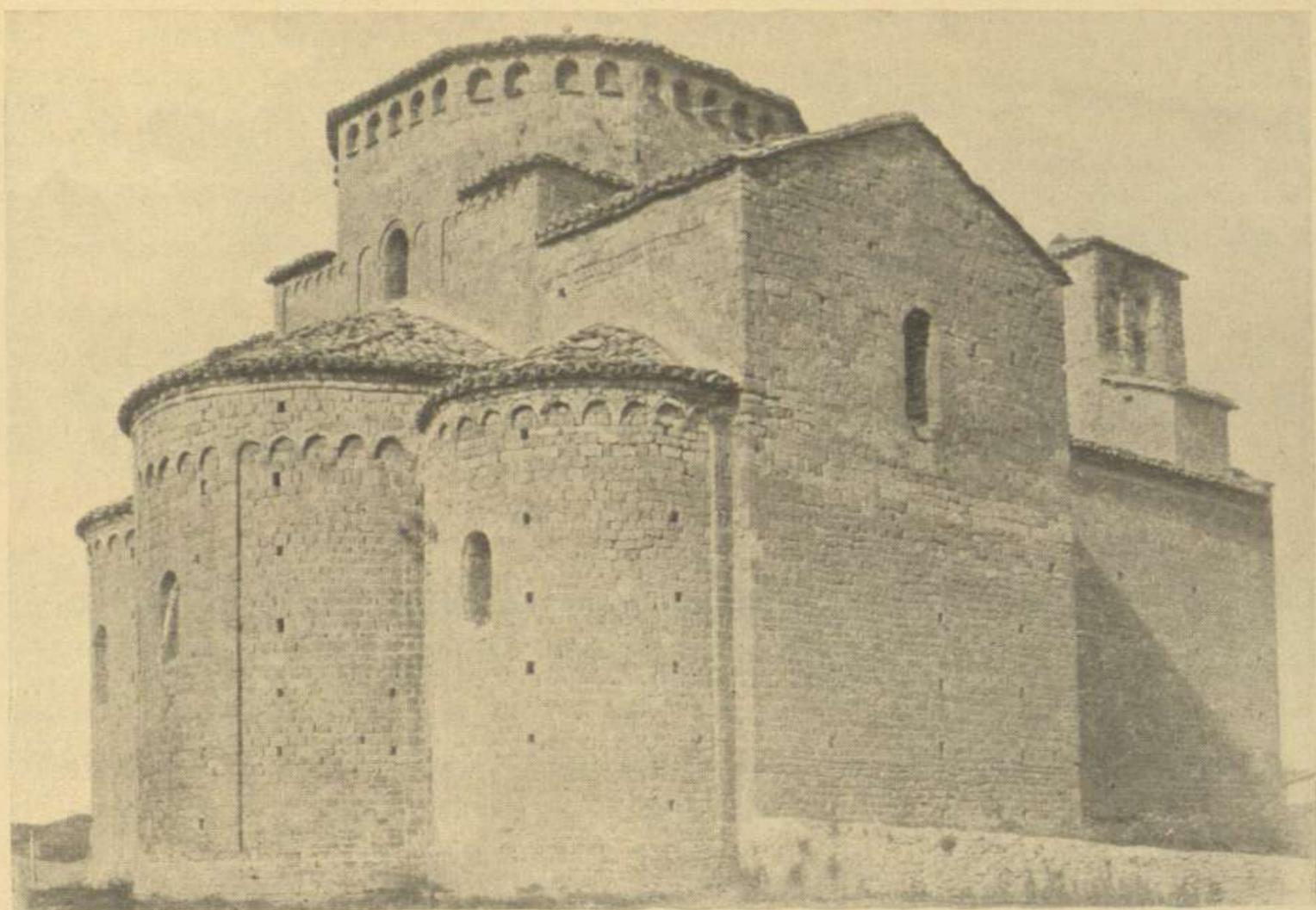
sionistas al monasterio de Santa María de Ripoll, “presentado por el arquitecto D. José Artigas y Ramoneda a sus compañeros de profesión”, según reza la portada de la monografía impresa. Los viajeros recibieron en Vich la agradable sorpresa de que por delegación de su Excelencia Ilustrísima les acompañara a la visita el ilustre poeta catalán, Dr. D. Jaime Collell, canónigo de la Seo Vicense. En el templo tuvieron el gusto de escuchar los interesantes pormenores que referente a cada dependencia y a cada elemento, les daba el eruditísimo ponente Sr. Artigas, quien demostró sin esfuerzo alguno, el profundo conocimiento que tenía de tan rica joya del arte románico de Cataluña, erigido en distintas épocas desde la del insigne Conde ausonense Wifredo continuado por otro conde, Oliva, su biznieto. De cuyo monumento es joyel incomparable la famosa portada llamada *Arco de triunfo del cristianismo*, admiración de propios y extraños, que con inspirado estro tan bien describió Verdaguer en su poema “Canigó”.

A nuestros ojos apareció el cenobio, no tal como se hallaba, en ruinas, sino redivivo gracias a la cálida evocación que el compañero y maestro Artigas habíanos ofrecido. Y aquel conjunto de piedras caídas, de naves sin cubiertas y de columnas sin arcos ni capiteles debían volver a ocupar su sitio respectivo bajo la mágica voz del director de los trabajos en su carácter de arquitecto diocesano, representando al obispo Morgades. A la vuelta de más de cuarenta años recuerdo todavía con gusto aquella lectura.

Cierto que Rogent había hecho entrega a dicho Prelado por conducto de la Academia de Bellas Artes, de su proyecto en 1886, que era el de 1865 muy reformado, puesto que en él se advertían trascendentales diferencias debidas al nuevo y más profundo estudio hecho sobre las ruinas a las que el restaurador quería arrancar el secreto de su forma y disposición y al propio tiempo cuando aquéllas persistían en su mutismo, emprendía excursiones a comarcas donde pudiese hallar ejemplares de la época del Abad Oliva (siglo XI) para que su entusiasta labor fuese siempre acompañada de la lógica y la discreción. No buscaba, como ya dijo Miquel y Badía, hacer obra personal, sino hacer revivir lo que un día tuvo existencia magnífica y adecuada. Buen observador como era, no se escapaba a su investigación fragmento alguno que pudiese guiarle por el buen camino.

Así, pues, el día de la excursión a Ripoll habíamos pernoctado en San Juan de las Abadesas; y al siguiente, después de sacar planos y

fotografías, disolvióse el grupo y don Elías, acompañado de Font y Carreras, Gallissá y Font y Gumá, emprendió una viajata en búsqueda de una iglesia en la que le habían anunciado que podría hallar un tipo de cimborio, aplicable a Ripoll, puesto que era designada dicha iglesia con el nombre de *la pequeña ripollesa*. Situado ese pueblo en la divisoria de las provincias de Gerona y Barcelona, se halla a 20 kilómetros de la estación de Ripoll y en la diócesis de Solsona (21). A esa excursión se refiere Puig y Cadafalch, cuando dice en su obra



ABSIDE Y CIMBORIO DE SAN JAIME DE FRONTANYÁ

FOT. FONT Y GUMÁ

monumental: “Es aún un documento curioso su Memoria sobre la obra de Ripoll, cuyos frutos fué a buscar en las tierras catalanas de ambos lados del Pirineo, y su expedición a San Jaime de Frontanyá, buscando en los rincones de un valle afluente del Llobregat la escondida iglesia predecesora del templo resucitado del antiguo cenobio real de Cataluña.”

En efecto, en el segundo proyecto (1886) había un rudimentario cimborio al que no había dado importancia Rogent. Así, pues, en vista

del de San Jaime citado se animó y cubrió el crucero ripollés con un cimborio ochovado sostenido por pechinas cónicas y cubierto con tejado piramidal. Modificó además las bóvedas interiores adoptando para la nave la semicilíndrica con fajones, para las primeras laterales, el cuarto de círculo para que actuaran de contrafuerte continuo y en las laterales extremas adoptó el semicírculo. Varió, además, la separación de las naves, pues en vez de ser todas con columnas monocilíndricas interpoló un machón entre cada dos de ellas.

Todo esto puede estudiarse en el magistral trabajo que publicó en 1887, para enterar al egregio restaurador Dr. Morgades de la marcha de las obras. Se titula: "*Santa María de Ripoll. Informe sobre las obras realizadas en la Basílica y las fuentes de la restauración*", y es a mi juicio la obra cumbre de toda su producción arqueológica, si no damos ese calificativo a la Memoria del proyecto de restauración de la catedral Metropolitana.

Dos años después publica don Adriano Casademunt una recopilación y ampliación de los borradores de la monografía de la iglesia y claustro del derruido convento de los PP. Dominicos de Barcelona, que su padre don José, redactó por encargo de la Real Junta particular de Comercio de Cataluña, en 1837, antes de ser derribado el famoso edificio de Santa Catalina. Rogent créese obligado a escribir un prólogo que fuese un homenaje a quien tuvo por maestro y comprofesor en la Escuela de Maestros de Obras, y en él además de trazar la biografía de don José, quien en pleno furor clasicista trabajó para que no se perdiese el recuerdo de una joya tan preciada de nuestro arte monumental, hace la historia de la implantación de la orden de Santo Domingo en Barcelona y de la construcción de su admirable iglesia, claustro y convento; señalando de paso las vicisitudes de la enseñanza de las nobles artes en la Casa Lonja desde 1817, en que Celles era su director, hasta su desaparición al ser trasladada a Madrid.

En 13 de julio de 1882, el Excmo. e Ilmo. Sr. Arzobispo de Tarragona de acuerdo con el Cabildo Catedral, encargó a don Elías Rogent y a don Augusto Font y Carreras, que previo estudio detenido del Santo Templo Metropolitano, redactaran una Memoria y proyecto para la restauración del mismo y construcciones de su rodalía con la terminación de la fachada y edificación de las dependencias que creyesen necesarias para el servicio del culto divino (20).

Comenzaron desde luego los estudios encargados, para lo cual

levantó el plano de la catedral el maestro de obras don Joaquín Codina y Matalí, quien había sido ya ayudante de don Elías en las obras de la nueva Universidad y del Seminario de Barcelona, secundados por Antonio M.^a Gallissá y Francisco Rogent y Pedrosa, alumnos entonces de la Escuela de Arquitectura. Dos años duraron los trabajos del proyecto, realizándose diversas excursiones para estudiar monumentos de Cataluña y en especial los monasterios de Poblet y Santas Creus.

En 26 de junio de 1884, fué entregado al cabildo, el proyecto completo, acompañado de una vista escenográfica tomada desde la plaza anterior, hábilmente policromada y que medía 1 metro 20 centímetros por 85 centímetros; y de una luminosa Memoria-dictamen, redactada por Rogent, lo cual me consta por haber visto los borradores primitivos. Cuanto se diga de ese notabilísimo trabajo artístico-literario resulta pálido ante la realidad. Es un estudio seriamente desarrollado en que se hace una verdadera disección del templo, estudiando la huella que desde la época del Santo Obispo-Arzbispo, han dejado sucesivamente en el mismo las pasadas centurias; y no sólo del edificio en sí, sino además de todos sus accesorios, demostrando una vastísima erudición; que no se limita a llevarle al puro y simple cumplimiento del encargo, sino que incluso analiza todos los accidentes de carácter litúrgico para que pueda mejorarse y ennoblecerse el culto divino que la Metropolitana Primada Tarraconense está llamada a prestar. Este trabajo puede calificarse de síntesis de su vasto talento de arqueólogo y por desgracia ha quedado inédito.

No me ha sido dado conocer la Memoria que redactó para el proyecto de la nueva Universidad, pero dada la época de su redacción, que es posterior en pocos años a su trabajo leído en la Academia, y tratándose de un edificio en el cual se iba a romper con la tradición puramente escolástica, haciendo dominar en él, el sentido arqueológico catalán en conjunto y en detalle, en armonía con las líneas destinadas a satisfacer el problema utilitario, cabe suponer que sería un tratado de historia del arte escolar en España, y de composición de edificios desde su punto de vista social. En él sin duda razonaría la colocación de una torrecilla para reloj y campanario rematado por un agudo chapitel, y que realmente al publicarse las fotografías del proyecto motivaron alguna discusión. Según parece, desde un principio, tuvo Rogent esa idea, pues los primeros dos pilares de la nave central del vestíbulo son de mayor sección que los demás.

Tampoco escribió (que yo sepa) en forma definitiva el resumen de sus impresiones sobre Poblet, recogidas durante los varios viajes hechos a dicho real monasterio, ya antes de ser arquitecto, y luego en repetidas ocasiones en que manifestó su deseo de condensarlas en un trabajo definitivo, fruto de maduro examen, que pensaba realizar al retirarse de la vida activa. Por desgracia, ese retiro fué acompañado de una intensa debilidad nerviosa que le tuvo alejado de su tarea predilecta. No permaneció empero inactivo, sino que emprendió para distraerse una excursión a Cerdaña, Rosellón, Conflent y Seo de Urgell, tomando plantas de las iglesias románicas que tanto abundan en aquellos valles pirenaicos, para mejor afianzar los argumentos en pro de su proyecto definitivo de la restauración de Ripoll; así dice en el informe sobre las obras al obispo Dr. Morgades que va a residenciarse a sí mismo. En ese informe, además de citar todos los edificios visitados y cuyos planos levantara, dice cuáles han sido los autores que consultó en 1865 para hacer el primer proyecto y las personas que le animaron y secundaron. Entre éstas menciona con merecido elogio a don Eudaldo Reguer, gran propulsor, si no iniciador de la restauración; al académico de San Fernando y vocal de la Comisión Central de Monumentos don Valentín Carderera, quien ya en 1851 y de acuerdo con el anterior, logró que el Gobierno destinara fondos para la conservación del monumento y además confiriera a Reguer la cruz de Carlos III. Manifiesta cuanta gratitud debe a las citadas Academia y Comisión Central por su interés en todas ocasiones demostrado y a nuestra Academia de Bellas Artes de Barcelona, que supo excitar el entusiasmo ciudadano a favor de un monumento de tantos méritos, y finalmente a la Comisión o Junta de monumentos históricos y artísticos de Gerona y a su arquitecto provincial don Martín Sureda.

Gracias al esfuerzo del Prelado ausonense, que mucho sufrió en su empresa ante las impurezas de la realidad y de multitud de increíbles desengaños; gracias a la feliz cooperación del ilustre arquitecto diocesano Artigas y, finalmente, a los arrestos del anciano restaurador, Santa María de Ripoll, está hoy como podemos verla, pudiendo afirmar que es todo lo más parecida a la basílica del Abad Oliva, pues en el informe de Rogent se demuestra con ejemplos similares y aun testimonios de documentos y también de personas que la vieron antes del 1835, o mejor dicho, antes de la guerra de la Independencia; y



IGLESIA DE CERDAÑA. LLÓ (?). (1888)

FOT. ROGENT

en cambio no conozco ningún adversario de esa afirmación que pueda ofrecernos otras pruebas tan convincentes.

Aunque de menor importancia, cabe citar en la labor arqueológica de Rogent la restauración de la capilla del Palau, que fué propiedad de los condes de Sobradiel, y terminó a últimos de 1867 y comienzos de 1868, mereciendo que el ilustre cronista del "Diario de Barcelona", don Francisco Miquel y Badía, publicara en el mismo un artículo encomiástico, titulado: "La capilla de N. S. de la Victoria o del Palau" (31 de marzo de 1868).

Con los compañeros Torras y Artigas, formó parte en 1880 del tribunal censor de los proyectos presentados a concurso para la fachada de la catedral, al que concurrieron Mestres, Font y Carreras, y Martorell y Montells. Asunto que ocupó durante mucho tiempo la atención pública y enardeció los ánimos de amigos y disidentes, terminando con la realización del proyecto Mestres-Font y con la publicación por el diario "*La Renaixensa*" del dibujo del proyecto Martorell.

Otras obras se deben a Rogent que participan del carácter de restauración y de adición. Por ejemplo la prolongación de la iglesia de San Miguel del Puerto; la modificación del presbiterio de San Agustín y las rejas del pórtico, y en Santa María del Mar la restauración de algunas vidrieras, la de la iglesia que había sido embadurnada con una pintura gris perla, la cual se quitó, y la construcción de una cancela en la puerta principal, con una amplia tribuna para la música en la parte superior.

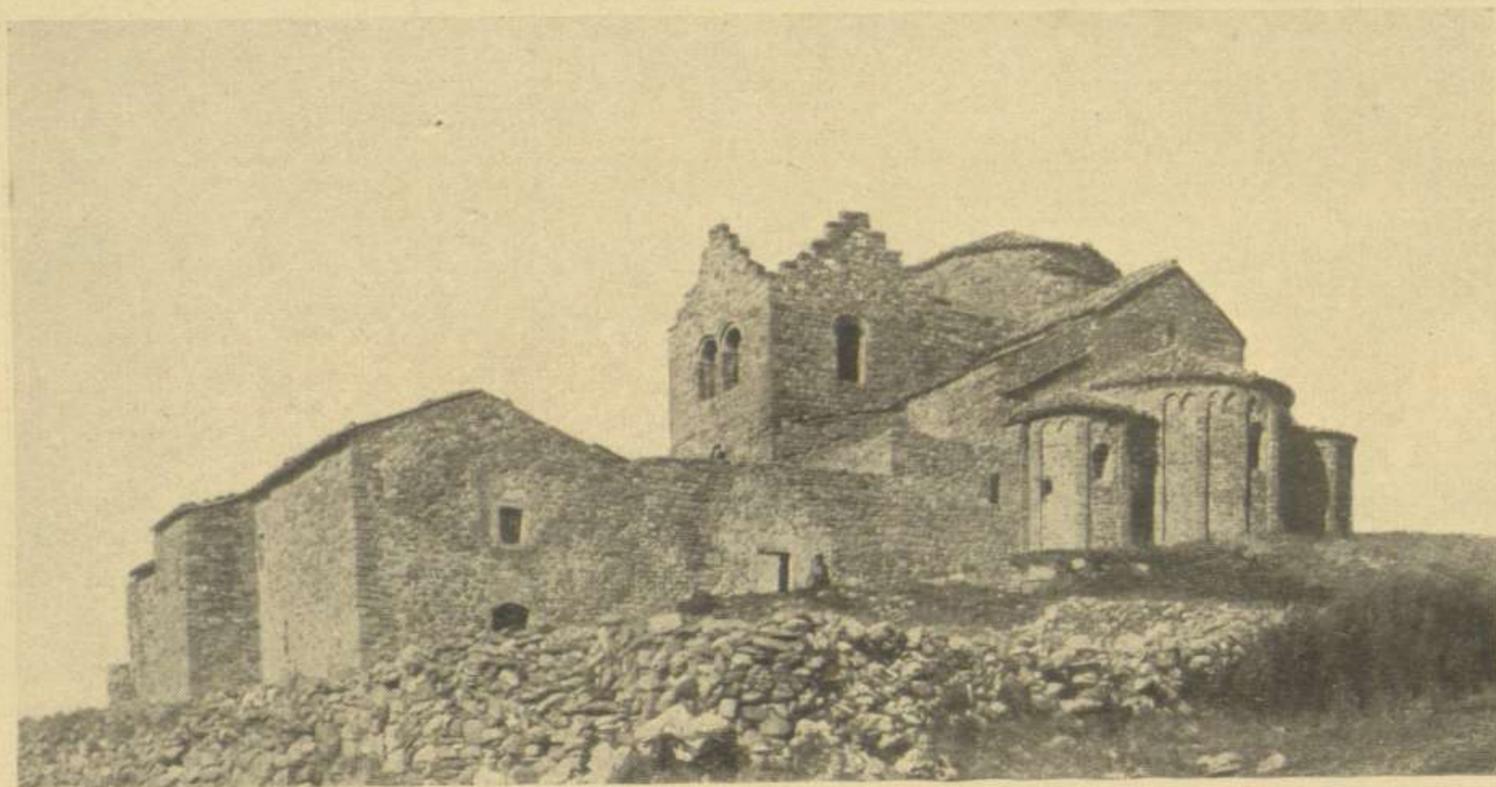
Como corolario o apostilla de su valiosa monografía de San Cugat del Vallés de que hablé antes de ahora y a consecuencia de una excursión realizada a San Llorens del Munt, escribió también la monografía de ese notable cenobio que corona la cima de la alta montaña, y publicó en su anuario de 1900, la Asociación de Arquitectos de Cataluña revisada por el autor del presente estudio, pues el original había quedado en borrador, y por lo tanto adolecía de algunas repeticiones y de un general desaliño, que indicaba claramente que había sido redactado, como suele decirse, *calamo corrente*, y en este concepto se acrecientan todavía sus méritos. Hay que suponer lo que hubiera sido de haberle podido perfeccionar su mismo autor.

Rogent cree que la idea madre de su fundación procede de Monte Casino en la cima de un abrupto monte de la Campania; que su dis-



ABSIDE DE SAN MIGUEL. SEO DE URGEL. (1888)

posición es la reducción a mitad de escala, de San Cugat y que su construcción siente influencias adriáticas dentro de su rustiquez. Consta en los documentos que ya a mediados del siglo XI (1052) su Abad Adagario compra al obispo de Barcelona, Gislaberto, la iglesia de San Esteban de Castellar, pero el acta de consagración hecha por el obispo Berenguer de Barcelona es de 8 de las kalendas de julio de 1064; ratifica todas las donaciones hechas tanto en el condado de Barcelona como en los de Ausona y Gerona. Clemente VIII en 2 de agosto de 1592 suprime el cenobio montañés incorporándolo al colegio benedictino de Lérida que acababa de instituir. Abandonado el edificio



SANT LLORENÇ DEL MUNT. VISTA DEL ÀBSIDE.

FOT. BASSEGODA

permanece dos siglos, y en la guerra de la Independencia los franceses profanan la iglesia, inhabilitándola para el culto. En 1868, el Ecónomo de *San Llorens Çavall*, Rvdo. Dr. D. Antonio Vergés y Mirasó, visita el templo profanado y concibe la atrevida idea de restaurar el monumento para devolverlo al culto divino.

Terminaré esta mención de la monografía de San Llorens del Munt con unas palabras que la dediqué en el prólogo: “En ella brillan las dotes que tanto acreditaron a su autor en el concepto de ilustrado arqueólogo, erudito arquitecto y catalán enamorado de su tierra patria, cuyos monumentos estudió con loable perseverancia, mos-

trándolos entusiasmado como ejemplo y enseñanza a sus jóvenes alumnos a quienes si bien explicaba los esplendores del arte clásico y del Renacimiento, familiarizaba además con singular empeño en la lectura e interpretación de la historia de piedra del pueblo catalán, cuyas páginas ostentan como iniciales, los más típicos monumentos románi-



ROGENT EN SAN MARTÍN DE CANIGÓ. (1891)

cos y góticos que por milagro más que por otra causa conservamos aún.”

Como nota interesante, citaré el hecho de que gracias a Rogent se conserva el dibujo de un mosaico romano encontrado al cimentar en la bajada de Santa Eulalia. La guisa en que la vieja muralla interrumpe el dibujo, indica que el mosaico es inferior a ésta; lo reproduce Ca-

rreras y Candi en “La Vía Layetana. Barcelona, 1913”. El dibujo de Rogent es reproducción fidelísima, según el parecer de testigos. Lástima grande que tuviese de volver a enterrarse.

También es en alto grado interesante la nota final que voy a dar a este capítulo. Trátase de un estudio publicado en el *Anuario* de la Asociación de Arquitectos de Cataluña de 1901 (pág. 111), con el título de *Consideraciones sobre la Arquitectura de Barcelona desde el Renacimiento*. Es un trabajo al parecer fragmentario, desgajado de otro de mayor importancia, que tuve el honor de revisar y anotar para su publicación. Comprende varias páginas de historia artística barcelonesa, cuajadas de pormenores interesantísimos para quienes quieran conocer la evolución urbanística y constructiva de Barcelona en la época referida.

EPÍLOGO

EPÍLOGO

AL dar cima al presente homenaje que la ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS DE CATALUÑA tributa al que fué su iniciador, para enaltecer en su venerada figura a la profesión en general, he de confesar paladinamente que estoy convencido de que en mi trabajo, la perfección viene sustituida por los mayores deseos de acierto. Mucho sentiría que no se interpretase así y se atribuyera a mi modesto ensayo, el propósito de una banal lagotería. Por ello, voy a darle fin prescindiendo de estudiar al arquitecto Rogent en su aspecto de infatigable excursionista, cuya materia me llevaría a dar al presente trabajo excesiva extensión (22).

Lo manifesté en otra ocasión: “Que don Elías fué excursionista de buena cepa, proclámanlo todos los trabajos que nos ha legado. En sus viajes anotaba fechas, copiaba estructuras, interpretaba epígrafes, razonaba opiniones, aclaraba errores, combatía absurdos y, en fin, no dejaba nunca de llevarse de todas partes libros y álbumes repletos de notas y apuntes” (23). Había recorrido España en época anterior a la generalización de las vías férreas. A Madrid y a Zaragoza había ido en las pesadas diligencias y aun había tenido que apearse, una noche, de una de ellas asaltada por unos malhechores. A Poblet, en caballería con Mestres y Lorenzale; y en 1886, a pesar de los adelantos del siglo, tuvo que emplear el mismo medio de locomoción para llegar al Bergadan desde Ripoll a fin de conocer Sant Jaume de Frontanyá.

Varias páginas llenaría la enumeración de las comarcas y monumentos visitados y, sin embargo, en el Informe que dirige al ilustre restaurador de Ripoll, Dr. Morgades, le dice que cree que los monumentos mencionados son insuficientes para generalizar y deducir lo que fueron nuestras artes en los primeros siglos de la Reconquista,

para ello “necesitaba—dice—recorrer las cuencas del Segre, Noguera Pallaresa y Ribagorzana y también la parte superior de la del Garona para apreciar el Valle de Arán, levantando acta de las muchas iglesias y monasterios enclavados en sus valles y promontorios”. Le pesa que la senectud le alcance sin haber satisfecho todos sus anhelos de conocer, estudiar y gozar los monumentos del estilo típico de nuestra arquitectura. Pero, si el espíritu estaba entero, la carne estaba enferma, y aquel esfuerzo gigante que tuvo que hacer en el último trance de su vida profesional (Tarragona, Exposición Universal), que había sido toda ella de labor intelectual y artística, fué amortiguándose hasta dar con él, en los umbrales de la eternidad. Fué en 21 de febrero de 1897.

No sé si habré acertado a percibir todos los destellos de su preclara personalidad intelectual. Por ello me he valido de recuerdos propios, de autorizados textos ajenos, no fiándome de mis propias fuerzas, y he hurgado en todos aquellos sitios, donde podía encontrar pruebas fehacientes de las cosas ya de mí sabidas, para poder ofrecerlas con toda garantía a mis lectores. En esas investigaciones he podido confirmar la justicia del concepto que siempre me mereció tan prestigioso y venerable compañero y maestro.

Era el prototipo del arquitecto tal como lo concebía el gran Vitruvio en sus famosos diez libros (24). Es decir, de una cultura general completa, que cundía abundosa siempre que realizaba alguna de sus composiciones. En aquella época se dieron varios casos parecidos, a los que las generaciones sucesivas debemos profunda gratitud porque trazaron amplias vías de progreso. Los nombres de José Oriol Mestres, Miguel Garriga, Oriol y Bernadet, Torras, Martorell (Juan), Serrallach, Artigas y Rovira, deben ser citados porque manejaron con igual acierto el lápiz y la pluma. Por lo que toca a Rogent, las bibliografías que se citan en este estudio lo demuestran plenamente, como él lo demostró en sus informes académicos y profesionales y los dictámenes acerca de la restauración de la catedral de Tarragona con Augusto Font y en el de las fuentes de inspiración para la reconstrucción de Ripoll. En el primero hace, incluso, alarde de su profundo conocimiento de la sagrada liturgia y en especial de las obras de Guillermo Durand y Rohault de Fleury; lo cual es tanto más de alabar en una época cual la presente, en que se pretende convertir la liturgia en algo

esotérico, bajo el dominio exclusivo de un reducido sector de la intelectualidad.

No trató el maestro insigne de monopolizar jamás los conocimientos de su arte; cuanto sabía lo daba y por ello su labor fué ópima y fecunda, y su obra positiva, duradera, e inspirada por el triple ideal de la fe, de la patria y del arte, lo cual significa que fué un constructor en el más amplio sentido de la palabra, y según la célebre frase de Mirabeau: “*Los pigmeos pueden destruir; pero son los gigantes los que construyen.*”

Barcelona, Adviento de 1928.

NOTAS

NOTAS

(1) No me ha sido posible averiguar la calle donde nació Rogent, pero su infancia y adolescencia las pasó en la calle del Hospital, en una casa que pertenece aún a la familia y creo es el número 116.

Fueron sus padres José M.^a Rogent y Ginestet y María Amat y Balasch. El padre fué soldado durante la Guerra de la Independencia, hallándose en el sitio de Gerona, y la segunda se había hallado en el de Tarragona, por los mismos franceses.

Además de Elías tuvieron otro hijo menor, José, y las hijas María Teresa, María que casó con el célebre pintor Claudio Lorenzale, y Josefa, que fué esposa del maestro de obras Francisco Brosa y Casanobas, ayudante del arquitecto en la Universidad.

Nuestro biografiado casó con doña Joaquina Pedrosa, y en la que hubo dos hijos: Francisco de Asís y José; y tres hijas: María, Josefa y Joaquina.

(2) Sin duda el padre de Rogent había sido el proveedor de materiales de la construcción del Colegio y esto le pondría en contacto con el Director Propietario, entrando en alguna composición de carácter económico para el saldo de facturas a base de mensualidades del Colegio. No tengo de ello seguridad absoluta.

(3) Ruiz y Pablo (Ángel). — *Historia de la Real Junta particular de Comercio, de Barcelona* (1758 a 1847). — Barcelona, 1919; página 433.

(4) Entre los autores que no cita Rogent, se puede incluir al Dr. BENITO BAILS, Director de Matemáticas de la Real Academia de San Fernando, que publicó en Madrid de 1772 a 1779 sus *Elementos de matemática*. En el tomo IX, parte primera, trata de la arquitectura civil y comentó también a VITRUVIO, diciendo que todo lo que él prescribe para el arquitecto puede reducirse a cinco puntos, que son: Letras humanas, Matemáticas, Física, Dibujo y Filosofía, a las cuales añade Ingenio y Honradez. — Madrid, 1796.

MATALLANA (Mariano), agrimensor. — *Vocabulario de arquitectura civil*. — Madrid, 1848, y más modernamente ADHEMAR J. *Traité de la coupe des pierres*. — París, 1853.

Las obras de que habla son:

PALLADIO (Andrés). — *I quattro libri dell'architettura* (1570) — Traducida en cuatro idiomas.

FOREST DE BELIDOR (Bernardo). — *Compendio de arquitectura militar civil e hidráulica* (1720). Según Torres Amat, nació en Cataluña en 1698 y su verdadero nombre era Bernardo Belidor y Forés, pero en Francia se le cambió el nombre.

RONDELET (Juan). — *Traité théorique et pratique de l'art de bâtir*. — París, 1802-1817.

EMERSON (Guillermo). — *Cyclomathesis; or any introduction to the several branches of the Mattematiks. Being principally designed for instruction of young students, before they enter upon the more abstruse and difficult parts thereof*. — Londres, 1763.

MOISY (Padre). — *El nuevo Vignola o los cinco órdenes de arquitectura*, según J. Barozio de Vignola; aumentada, etc. — Barcelona, 1851.

SIMONIN (Luis Lorenzo). — *L'Etrurie et les etrusques*. — París, 1886.

(5) En sus Memorias íntimas, refiere lo que le pasó en el primer Carnaval madrileño, y dice: "Confieso ingenuamente que estas bromas, que deben considerarse como de mal género, tanto por el dinero que malgasté cuanto por las malas compañías que adquirí, eran contrarias a mis morigeradas costumbres de Barcelona, pues me había ido desviando de las tertulias, tan frecuentes y animadas de Madrid, para engolfarme entre lodazales para mí

desconocidos. Felizmente tuve una reacción después del baile de *piñata* y pasé el resto de la Cuaresma y el último período de tercer año de la carrera del modo más correcto y adecuado a mi posición.”

(6) ACADEMIA ARTÍSTICO-LITERARIA DE DISCUSIÓN. — Esta corporación, reunida en II del actual, ha acordado unánimemente la admisión de usted como Académico de número, que fué propuesto a la misma en 4 del corriente. Lo que a usted participo para que así le conste y acredite su ingreso. Dios guarde a usted muchos años. Madrid, 13 de noviembre de 1847. — El Secretario General, Rafael G. de Bermejo. — Señor D. Elías Rogent.

LA DISCUSIÓN. — Academia de Ciencias, Artes y Literatura. — Reunida el 27 de febrero de 1848 la Sección de Artes de esta Corporación, cumpliendo con lo marcado en el Reglamento eligió a usted su Presidente. Lo que tengo el honor de participar a usted para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde a usted muchos años. — Madrid, 10 de marzo de 1848. — El Secretario General, Eduardo Infante. — Señor D. Elías Rogent.

(7) FONT Y CARRERAS (Augusto). — *Elogio fúnebre del Arquitecto y Académico don Elías Rogent y Amat*, leído en la sesión que se celebró el día 30 de diciembre de 1897. — Barcelona, 1897.

(8) Presidencia del M. I. S. Marqués de Alfarrás. — Barcelona, 8 de febrero de 1852. Abierta la sesión el señor Presidente manifestó que, con motivo del horroroso atentado cometido contra S. M. la Reina doña Isabel II, el día 2 de los corrientes, había creído oportuno que la Academia se reuniese en junta general extraordinaria, al objeto de elevar una exposición a S. M. en nombre de la Corporación. Lo que, aprobado por unanimidad, se leyó la que se tenía redactada, que, copiada a la letra, dice así:

“Señora, cuando la Nación entera celebraba aún con inequívocas demostraciones de satisfacción y alegría el fausto natalicio de vuestra excelsa hija, la noticia del sacrilego y nunca oído atentado cometido en la católica España, contra la preciosa vida de V. M., vino a sumir a todos en la mayor consternación y desconsuelo.

Una vez repuesto ya algún tanto el ánimo, con las satisfactorias noticias que del estado de la interesante salud de V. M. se van recibiendo, la Academia de Bellas Artes de este distrito, después de rendir gracias a la Divina Providencia, por haber desviado con Su mano poderosa el puñal del asesino, se acerca llena del más profundo respeto a los pies del Trono para felicitar a V. M. por haberla salvado de tan inminente peligro, y para darle las más sincera y cordial seguridad de que todos los individuos que la componen se hallan dispuestos a defender a V. M., excelsa hija y real familia a costa de todo género de sacrificio.”

Después de haberla firmado los señores al margen expresados, se acordó que los mismos se trasladaran al despacho del Excmo. Sr. Gobernador Civil de la provincia, al objeto de ponerla en sus manos, y de que se sirviere acompañarla a S. M. la Reina: y se levantó la sesión.

EL MARQUÉS DE ALFARRÁS. — MANUEL SICARS, *Secretario General*.

Señores Presidente, Casanovas, Prat, Solterra, Rodes, Catalá, Bosch, Cortada, Solferino, Campeny, Ferrán, Casademunt, Batllé, Lorenzale, Milá, Robles, Rogent y Sicars, Secretario.

(9) Durante su estancia en Madrid hizo un viaje de estudio por consejo de los profesores de la Escuela. Tenía el plan de estar dos días en Segovia y diez en El Escorial y estuvo un día en El Escorial y el resto en Segovia.

En Segovia llenó un álbum entero de apuntes de los monumentos que llamaron su atención, y conservó siempre un recuerdo tan vivo que, transcurridos más de cuarenta años, cuando el hijo de Elías Rogent, que era ya arquitecto, quiso hacer un viaje artístico por España, le dió todos los pormenores de lo que había de ver en Segovia.

(10) En 8 de agosto de 1860, una vez en Madrid el proyecto a informe de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, escribe Rogent a su antiguo Catedrático de la Escuela de Arquitectura, D. Eugenio de la Cámara, para que si se ofrece alguna duda en el examen de su obra magna, se sirva avisarle: “Estimado Sr. — dice — : habiéndome encargado el gobierno de S. M. los planos de una nueva Universidad literaria para Barcelona, he

presentado el proyecto a la aprobación de aquél que lo ha pasado a la Academia para que emita su ilustrado dictamen. — Difícil era la empresa para un joven que cuenta pocos años de ejercicio en su carrera y mucho más, atendidas las condiciones del programa que se me dió para llevar a cima el proyecto. El tiempo que he tenido para realizarlo ha sido muy escaso y aunque en la Memoria y presupuesto he procurado explicar todas aquellas partes que no se ven en la traza, al mismo tiempo que la idea moral y utilitaria del proyecto, espero que si usted cree necesario que me traslade a la Corte para dar a la Sección de Arquitectura las explicaciones necesarias sobre las dudas que se pudieren ocurrir en aquellos puntos en que mi falta de claridad en la exposición del pensamiento no lo hicieran comprensible, le ruego que me dispense el obsequio de hacerlo, a cuyo objeto D. José María Cruz, dador de la presente, me avisará inmediatamente por el telégrafo para poder estar en Madrid el día y hora que acuerde la Sección; pues una obra de esta clase, que tan raras veces puede ofrecerse a un arquitecto de provincia, es de aquellas que bastan para dar nombre a un artista que cifra todo su orgullo en poder contribuir en algo a la regeneración de nuestro arte. Tengo conciencia de lo que hago y sé que mi obra tiene muchos defectos, pero es hija de mi modo de ver en bellas artes, no habiendo una sola línea que no sea muy medida y que a mi modo de ver no tenga su explicación. — Usted, más conocedor y a quien debo parte de los conocimientos adquiridos, apreciará en lo que vale mi pobre trabajo y siempre le quedará reconocido S. S. S. Q. B. S. M. — Elías Rogent.”

Terminada la obra remitió una fotografía de la misma a D. Víctor Arnau, quien le contesta en una carta sin fecha, probablemente del 1874 ó 1875, en la que entre otras cosas le dice: “No podía usted hacerme mayor obsequio que la fotografía de nuestra Universidad, que ha tenido la bondad de enviarme. Es imponderable el regocijo con que he contemplado la dichosa manera con que se ha realizado el pensamiento artístico de usted. Sin lisonja digo que debe usted estar satisfecho de su obra. ¡Qué nobleza! ¡Qué severa majestad, y al mismo tiempo qué atractivo! Felicitémonos, pues; usted del glorioso éxito de sus tareas y yo de la parte que he tenido en la erección de tan bello monumento. — ¿Y cómo no se le ocurre al Ayuntamiento de Barcelona perpetuar el nombre de usted, dándolo a una de las calles adyacentes al soberbio edificio de que ha dotado usted a la ciudad? ¿No es este un servicio más grande y un mérito más eminente que haber promovido alguna asonada o haber mandado alguna guerrilla? Acaso querrá dejar esta obligación a cargo de la posteridad, que sin duda alguna la cumplirá, porque la fama del arquitecto se engrandecerá con el tiempo, que dará a la fábrica el venerable aspecto de antigüedad que tan bien sienta a las magnificencias del arte que usted profesó.”

También remitió una fotografía a su gran amigo Joaquín Fernández, en Sevilla, Arquitecto de SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes duques de Montpensier. Le contestó en 4 de diciembre de 1879 y le dice entre otras cosas: “No hay duda alguna que este edificio es hijo, como suele decirse, de tus entrañas; pues al contemplar su estilo y su ornamentación, desde luego estaba viendo a mi antiguo condiscípulo y compañero inmediato a mí en la Escuela de Arquitectura. Tu imaginación va siempre a través de la Edad Media, y como aquélla, montada substancialmente a lo militar, con aquel gran rasgo varonil que tuvieron aquellos insignes antepasados nuestros. — Por el acierto con que has obrado en este edificio te doy mi más cumplida enhorabuena y tengo la seguridad de que dejas en él un recuerdo imperecedero de tu gran talento y conocimientos no comunes en nuestro arte.”

(11) Esta fotografía, que puede llamarse histórica, fué hecha en la oficina de la Universidad en 23 de julio de 1865. Además del arquitecto figuran en ella los maestros de obras ayudantes Joaquín Codina y Matalí, Salvador Medir, Francisco Brosa, Baudilio Guiu, Francisco Bres y José Marimón, los escultores Venancio y Agapito Vallmitjana, los dibujantes decoradores Jaime y Leoncio Serra y Gibert, el Contable Domingo Margarit y el Secretario Francisco Miquel y Badía.

(12) *Diario de Barcelona*. — Marzo de 1897. — Edición de la mañana.

(13) Al regresar a Barcelona, encantados de la excursión y de su buen trato, le ofrecimos un banquete de honor, en el entonces célebre Restaurant de Francia (Justin). En la

hora de los brindis en que él mostró su deseo de oír a cuantos quisieran hablar, hizo un brillante resumen de nuestras pobres improvisaciones. Todavía allí se mostró el gran talento didáctico de Rogent, hablando del color local en el arte y estableciendo un paralelo entre los monumentos catalanes de cada región y las diversas indumentarias de sus habitantes.

(14) En la sesión de la Academia en que Rogent leyó su trabajo, se distribuyeron los siguientes premios:

Primero. Opción al título gratis de Maestro de Obras. Raimundo Raventós y Queraltó, por unanimidad.

Segundo. Plaza de Pensionado en Roma. Mariano Fortuny, por unanimidad.

Medallas de plata: 1.º Composición. Tomás Padró, por mayoría de votos.

2.º Colorido. Miguel Campomar, por mayoría.

3.º Modelo natural en dibujo. Antonio Caba, por mayoría.

4.º Modelo natural en escultura. Francisco Saladrigas, por mayoría.

5.º Estudio de pliegues, copia del maniquí. Tomás Padró, por mayoría.

6.º Modelo del antiguo en dibujo. Eugenio Estasen, por mayoría.

7.º Agrimensura. Examen oral. Javier Mosso, por unanimidad.

8.º Anatomía. Examen oral. Domingo Tafanell, con nota de sobresaliente.

9.º Grabado. Grabar en una lámina de cobre o acero. Joaquín Furnó, por mayoría.

10.º Ornato. Copia del yeso. Lavado con tinta china. Juan Ramírez, por unanimidad.

(15) No puedo resistir a la tentación de copiar uno de los párrafos finales de tan importante trabajo, que trata de la terminación de nuestra Catedral: "En todos los ángulos de la ciudad se repite que está próximo el día en que se emprenda la conclusión de nuestra Catedral, idea feliz que halaga nuestra mente y que, como el eco, se va repitiendo en todas partes y todos a la vez la prohijan y la aplauden, deseando ver realizada una obra que la tradición y el vulgo han considerado siempre como tipo de cosa interminable. ¿Pero Barcelona, que se cree tan pujante, que manifiesta tantos bríos para arrostrar las empresas más colosales y dar vida a grandiosas construcciones, cuando llevan el sello de un resultado lucrativo, no secundará este clamor, este afán de terminar una obra que es el florón más rico de su antigua corona? Désele una portada digna que cubra el sucio paredón que hace cuatro siglos la espera en vano; levántese la filigranada aguja que, dominando las muchas torres, sea superior en belleza y esbeltez a la de Friburgo; pónganse los pináculos y calados antepechos en el ábside y en los claustros; restáurense las pintadas vidrieras, para que sus tintas calientes y fantásticas animen la construcción y quítense los feos retablos que tan impropios se presentan, y para la mayor grandiosidad y bello punto de vista ábrase una calle que, cogiendo el ámbito todo de la escalinata, termine en el paseo de Gracia, dando a las casas la misma severidad que caracteriza las más modernas de la capital de Baviera. Esto que a primera vista parece un sueño de la imaginación, otras ciudades de Europa, quizás con menos riqueza e importancia, lo han conseguido, y si queremos lograr el dictado de emprendedores, acometamos la empresa; empiece nuestro clero Catedral a dar el ejemplo, secúndele el Municipio y la Provincia, teniendo la convicción de que saldrán voces entusiastas de todos los ángulos de la ciudad Condal para cooperar a tan sublime empresa, en que está interesada la gloria del país y la honra de nuestras artes."

(16) PERGAMINO DE POBLET. — Don Claudio Lorenzale, D. José Oriol Mestres y D. Elías Rogent, CERTIFICAMOS que, en septiembre del año mil ochocientos cuarenta y cinco, acompañados por el maestro de Obras D. Pablo Masferrer, hoy difunto, visitamos las ruinas del Monasterio de Poblet y que, habiendo verificado un escrupuloso reconocimiento en las sepulturas reales, que estaban abiertas y profanadas, encontramos: En la inmediata al Altar Mayor del lado del Evangelio, que guardaba los restos de D. Jaime *el Conquistador*, ropas y cabellos. En la opuesta, lado de la Epístola, propia de D. Alfonso Segundo de Aragón, y Primero de Cataluña, huesos y cabellos. En la del Centro, propio lado de la Epístola, que encerraba los restos de D. Juan Primero, huesos, ropas y cabellos.

Certificamos también que recogimos doce fragmentos de vidrios azules y dorados, que decoraban los panteones reales, que encontramos dos huesos en una sepultura, que dijeron ser

de una de las esposas de Pedro Cuarto; que en otra, que dicen las notas tomadas en la localidad en aquella época, reposaba un Conde de Barcelona, un hueso y en otra, que dicen las mismas notas de uno de Perelló, otro hueso.

Los expresados fragmentos han estado durante treinta y nueve años envueltos en los papeles que se conservan y todo cerrado en un pañuelo en poder de D. Claudio Lorenzale.

Y para que pueda certificarse la identidad y procedencia de dichos objetos, libramos la presente en Barcelona a los quince días de octubre de mil ochocientos sesenta y cuatro.— Firmado: Claudio Lorenzale, Elías Rogent, José O. Mestres.

(17) FREIXAS (Ramón). — *La Capilla de San Juan de Vilafranca del Panadés*. — Artículos publicados en *La Voz del Panadés*, en los días 4, 11 y 18 de julio de 1897.

(18) ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES. — Junta general del 7 de febrero de 1886. *Monasterio de Ripoll*. — Visto un oficio en que el Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de Vich suplicaba a la Academia le facilitara los trabajos técnicos que posee referentes a la conservación y restauración del Monasterio de Ripoll, cedido a la Mitra de Vich por Real Decreto de 9 de noviembre último; así como el salón de actos de la Academia para celebrar al día siguiente, 8 del corriente, una reunión en la cual estuvieran representadas las principales Corporaciones e Institutos literarios y económicos de esta ciudad, con el fin de escoger los medios de llevar a buen término la referida restauración; se acordó, por unanimidad, acudir a los deseos del respetable Prelado, manifestándose así en términos gratulatorios; encomiando sus laudables propósitos y felicitándose la Academia por haber recaído en sus manos tan patriótica como ardua empresa, para la cual se pondría al lado de S. E. I. cuando quiera que sin limitación alguna pudiera considerar útil o necesaria su intervención o sus servicios.

Junta general del 4 de abril de 1886.:

Monasterio de Ripoll. — Dióse luego lectura del siguiente oficio, remitido por el Excelentísimo e Ilmo. Sr. Dr. D. José Morgades y Gili, actual Obispo de Vich:

“A las repetidas e inequívocas pruebas de afecto y simpatía que por la iniciada empresa de restauración de Santa María de Ripoll he recibido de esa benemérita e Iltre. Academia de Bellas Artes; la última con que se me ha honrado, enviando por conducto del señor D. Elías Rogent, los planos completos de la proyectada obra, me llena de agradecimiento y acaba de convencerme que no ha de ser ilusión generosa de mí mismo, sino hermosa realidad para nuestros días, reservada por la Providencia, la reconstrucción y consiguiente restitución al Divino culto del cenobio panteón de nuestros Condes. En efecto, los trabajos técnicos, hechos con sumo estudio por encargo de esa Real Academia, que podrá siempre reivindicar la gloria de haber sido la iniciadora e impulsora de la restauración del arruinado Monasterio, facilitan y abrevian tanto la empresa que sobre nuestros flacos hombros hemos tomado; y por otra parte el concurso del auxilio y las luces e influencia de esa Corporación son tan valiosos, que, al significarles como es debido mi agradecimiento, no puedo menos de bendecir al Señor que así prepara los elementos y mueve las voluntades en favor de una obra que evidentemente es de su divino agrado, y que ha de redundar en gloria de nuestro país, siempre emprendedor, y ahora más que nunca orgulloso de sus grandes tradiciones. Con esta sincera expresión de mi agradecimiento, cúpleme enviar a V. S. del fondo de mi alma la bendición, e invitar a la Real Academia para la fiesta de la inauguración de las obras que, Dios mediante, tendrá lugar el próximo domingo, día 21 del corriente mes, confiando verme honrado con la asistencia de algunos representantes de la Corporación que V. S. dignamente preside.”

Y enterada la Academia de haberse nombrado al efecto por la presidencia una Comisión de su seno, compuesta por el Sr. Conciliario D. Carlos de Fontcuberta y los Sres. Académicos D. Elías Rogent, D. Francisco de P. del Villar, D. Mariano Aguiló, D. Francisco Miquel y Badía y D. Agapito Vallmitjana, pidió la palabra el Sr. de Fontcuberta, describiendo a grandes rasgos y con entusiastas términos la animación y magnificencia de la fiesta, tanto en la procesión que se organizó antes de la celebración de la primera misa, como el banquete ofrecido por el Sr. Obispo a las autoridades, a los representantes de varias Corporaciones y

a las demás personas de distinción invitadas; banquete en el cual, a pesar de ser muy limitado el número de las designadas para hablar, pudo hacerlo el Sr. Fontcuberta, en nombre de la Academia, manifestando cuán dispuesta se hallaba ésta a secundar con todo su empeño la santa y patriótica obra emprendida con ardiente fe por el Sr. Obispo, a quien hubo de dar al propio tiempo las gracias por la distinción y aprecio con que se había servido acoger a la Comisión que tuvo la honra de presidir.

(19) MIQUEL Y BADÍA (Francisco). — *El arquitecto Rogent*. — Artículo publicado en el *Diario de Barcelona*, en marzo de 1897, citado en la nota (12).

(20) ARZOBISPADO DE TARRAGONA.

De acuerdo con nuestro Excmo. Cabildo hemos determinado que, previo detenido estudio, se redacte una Memoria y Proyecto para restauración total y completa de este Santo Templo Metropolitano y construcciones de su rodalia con la terminación de la fachada y edificación de las dependencias, que se crean necesarias, al objeto de que todas las obras que puedan emprenderse en lo sucesivo, según las circunstancias lo permitan, obedezcan a un plan preconcebido y aprobado.

Y atendiendo a las relevantes dotes que a ustedes adornan, hemos tenido a bien nombrarles Arquitectos, para que procedan a practicar los referidos trabajos; y confiamos se dignarán aceptar este nombramiento y desempeñar el cometido con el celo que acostumbran.

Dios guarde a ustedes muchos años.

Tarragona, 13 julio de 1882. — Benito, Arzobispo de Tarragona.

Señores D. Elías Rogent y D. Augusto Font, Arquitectos.

(21) Esta modesta población, perdida en la frontera de dos provincias, tuvo su cuarto de hora de celebridad en 4 de septiembre de 1874, durante la guerra carlista. Allí se hallaba Vila del Prat con tres batallones, y apoyado por Saballs, que se hallaba en Castellar de'n Huch con otros seis, los cuales debían detener al general López Domínguez que se dirigía a impedir con sus diez mil hombres que el enemigo fuese a sitiar la villa de Puigcerdá.

(22) Por esta misma razón omito la enumeración de los varios diplomas, de premios y medallas en Academias y Exposiciones nacionales y extranjeras. Por la Universal de 1888, tengo entendido que no se le dió recompensa honorífica alguna, aunque alguien le hizo presente de las insignias de la gran Cruz de Isabel la Católica, creyendo que le había sido otorgada. Pero no he hallado rastro alguno.

Era sí, Caballero de Carlos III, Comendador de Isabel la Católica y Oficial de la Legión de Honor.

(23) Con fecha 5 de agosto de 1840, inició una libreta-dietario de observaciones y trabajos preparatorios de otros definitivos, recogiendo observaciones y anotando hechos de la vida doméstica. Se titula "Libreta de los escritos y traducciones de E. R.", y ofrece la particularidad de contener copia de la célebre "Oda a la Patria", de Buenaventura Carlos Aribau, que tanto contribuyó a despertar el movimiento literario de Cataluña.

(24) Según M. Vitruvio Polion, los conocimientos que deben exigirse a un arquitecto son complejos, por lo cual en el Libro I, cap. I, párrafo 9, dice: "El representante de un arte tan complejo, el arquitecto debe ser iniciado en los siguientes conocimientos:

La Geometría, para trazar los proyectos.

El Cálculo, para estimar el costo.

La Higiene, para asegurar la salubridad de las habitaciones.

La Astronomía y la Música, desde el punto de vista de la orientación y de la acústica

Las Letras, desde el punto de vista de la Historia del arte.

Y, en fin, la Filosofía, desde el punto de vista de los deberes"; sobre este tema Vitruvio establece preceptos que son un verdadero Código de moral profesional.

CHOISY (Aug.) — *Vitruve*. — Tomo I. — Analyse, París, 1909.

ORTIZ Y SANZ (D. Joseph, Presbítero). — *Los diez libros de Arquitectura*, de M. Vitruvio Polion. — De orden superior, en Madrid, en la Imprenta Real. — Año de 1787.

BIBLIOGRAFÍA

DE LAS OBRAS CITADAS POR ROGENT COMO CONSULTA AL REDACTAR SU PRIMITIVO PROYECTO DE RESTAURAR RIPOLL

CAVEDA Y NAVA (D. JOSÉ). — *Ensayo histórico sobre los diversos géneros de arquitectura empleados en España, etc.* — Madrid, 1848.

BATISSIER (L.) — *Elements d'archéologie nationale.* — 1843.

RAMÉE (DANIEL). — *Manuel de l'histoire générale de l'architecture en tous les pays.* — Paris, 1843.

HOPE (THOMAS). — *Histoire de l'architecture*, traducción del inglés. — 1839.

DE CAUMONT (M. A.). — *Cours d'antiquités monumentales.* — Paris, 1841.

VIOLLET-LE DUC (M. M.). — *Dictionnaire raisonné de l'architecture, etc.* — Paris, 1862.

GAILHABAUD (JULES). — *Monuments anciens et modernes.* — Paris, 1854.

STREET (G. E.). — *Some accounts of gothic architecture in Spain.* — London, 1865.

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA. A expensas del Estado. — Madrid, 1859 - 65.
En curso de publicación.

ABBÉ MARTIGNI (JOS. ALEXANDRE). — *Dictionnaire des antiquités chrétiennes.* — Paris, 1865.
2.^a ed. 1877.

OBRAS DE ELÍAS ROGENT

Según el Diccionario de Artistas de D. Antonio Elías de Molins, Rogent había publicado un trabajo sobre Construcciones rurales. En 11 de abril de 1857 leyó su trabajo ya citado, en la sesión solemne de la Academia Provincial de Bellas Artes, acerca de la ARQUITECTURA CRISTIANA EN CATALUÑA.

SAN CUGAT DEL VALLÉS. — Monografía histórico - artística. — 1880.

SAN LLORENS DEL MUNT. — Memoria descriptiva. — 1900.

INFORME sobre las obras realizadas en la Basilica de Ripoll y las fuentes de su restauración. — 1887.

VIAJES a Francia, Italia y Suiza. — 1881. (Inédita).

VIAJES por Cataluña. — 1885 y 1886. (Inédita).

VIAJES a Mallorca, Cerdeña, Seo de Urgel y Andorra. — Excursiones al Sur de Francia. — Tortosa. — 1888. (Inédita).

MEMORIA reservada sobre sus estudios en Barcelona y en Madrid. — 1892. (Inédita).

MEMORIA DESCRIPTIVA DEL PROYECTO DE RESTAURACIÓN DE LA PRIMADA TARRACONENSE, en colaboración con D. Augusto Font y Carreras. — 1884. 2 tomos. (Inédita).

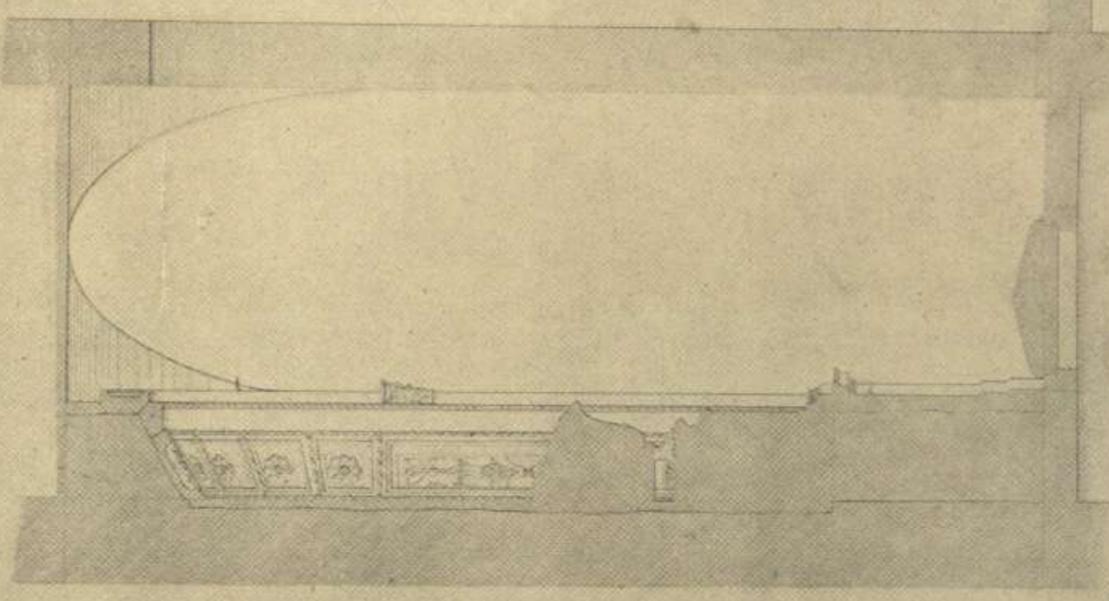
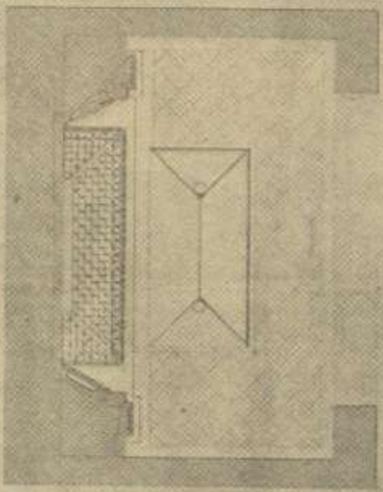
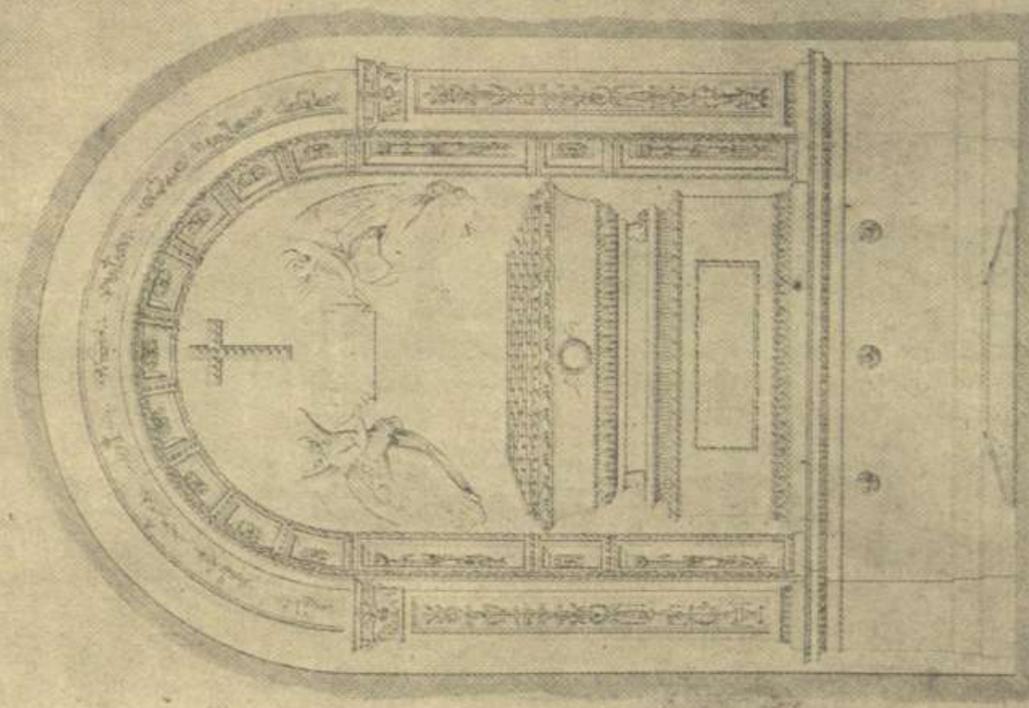
CONSIDERACIONES SOBRE LA ARQUITECTURA DE BARCELONA DESDE EL RENACIMIENTO. — Anuario 1901. Asociación de Arquitectos de Cataluña.

PROYECTOS DE OBRAS REALIZADAS
Y VISTAS DE LAS MISMAS

PROYECTO DE UN PANTEON

PARA LA FAMILIA DE

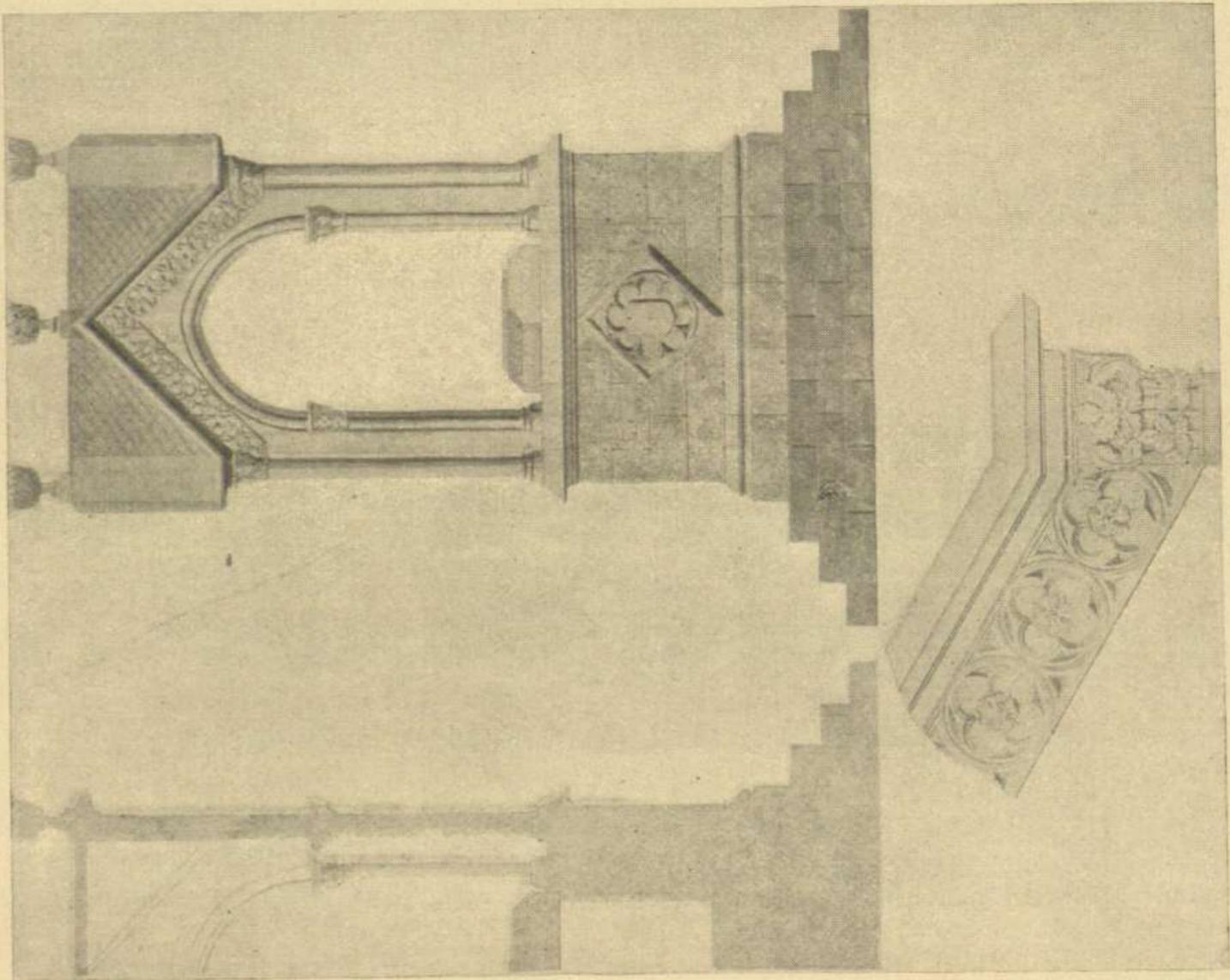
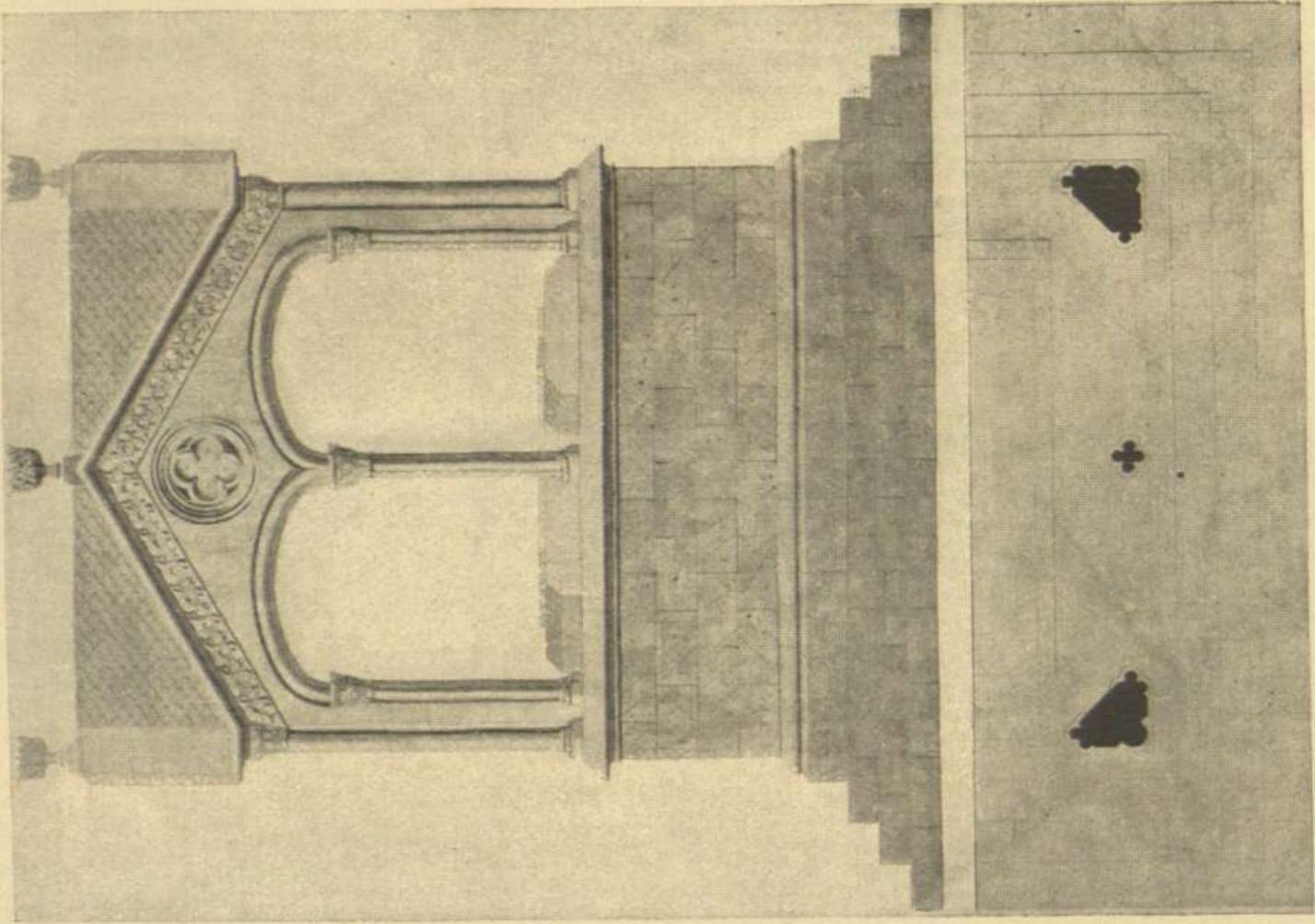
DON SALVADOR BONAPLATA.



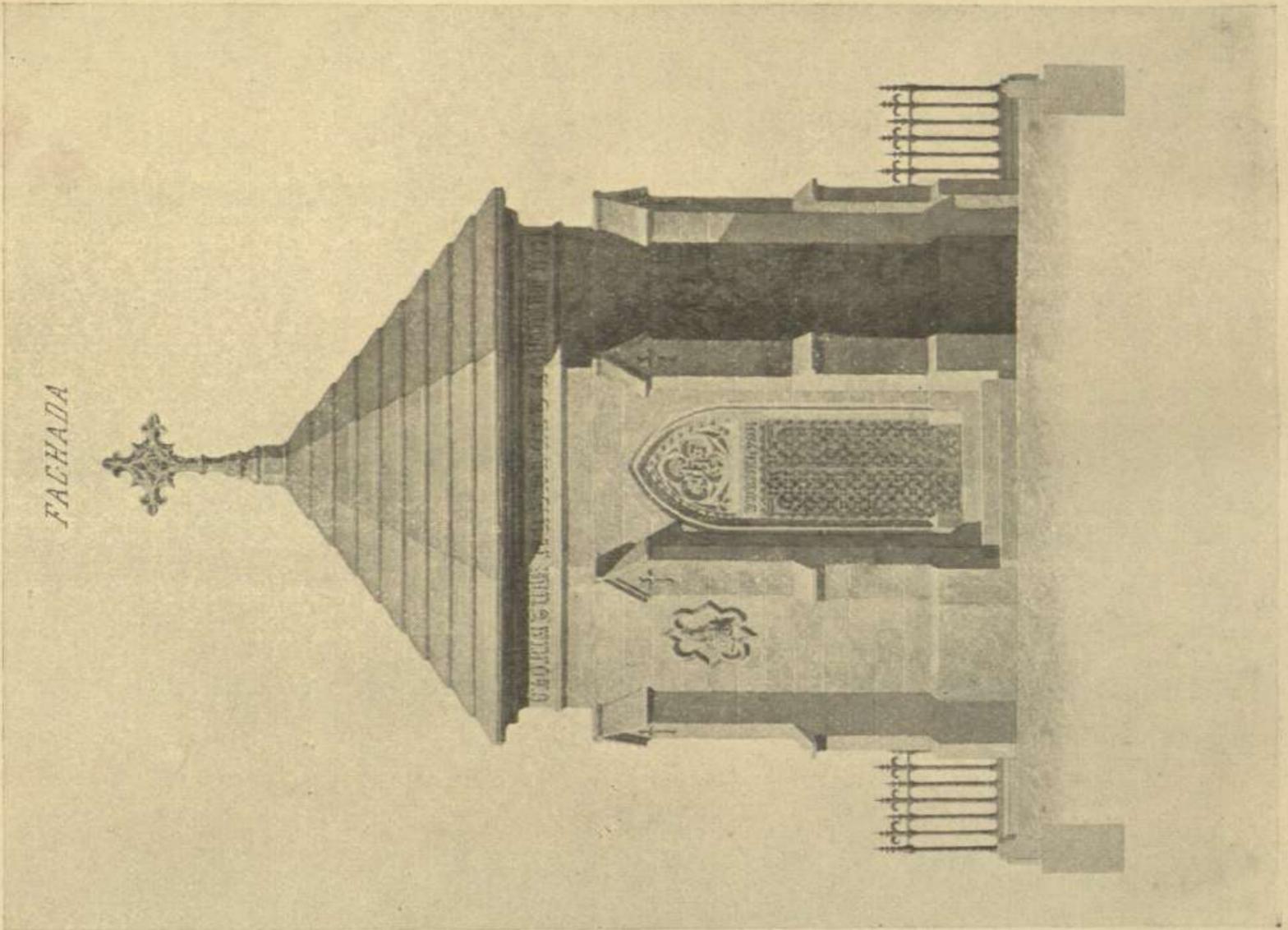
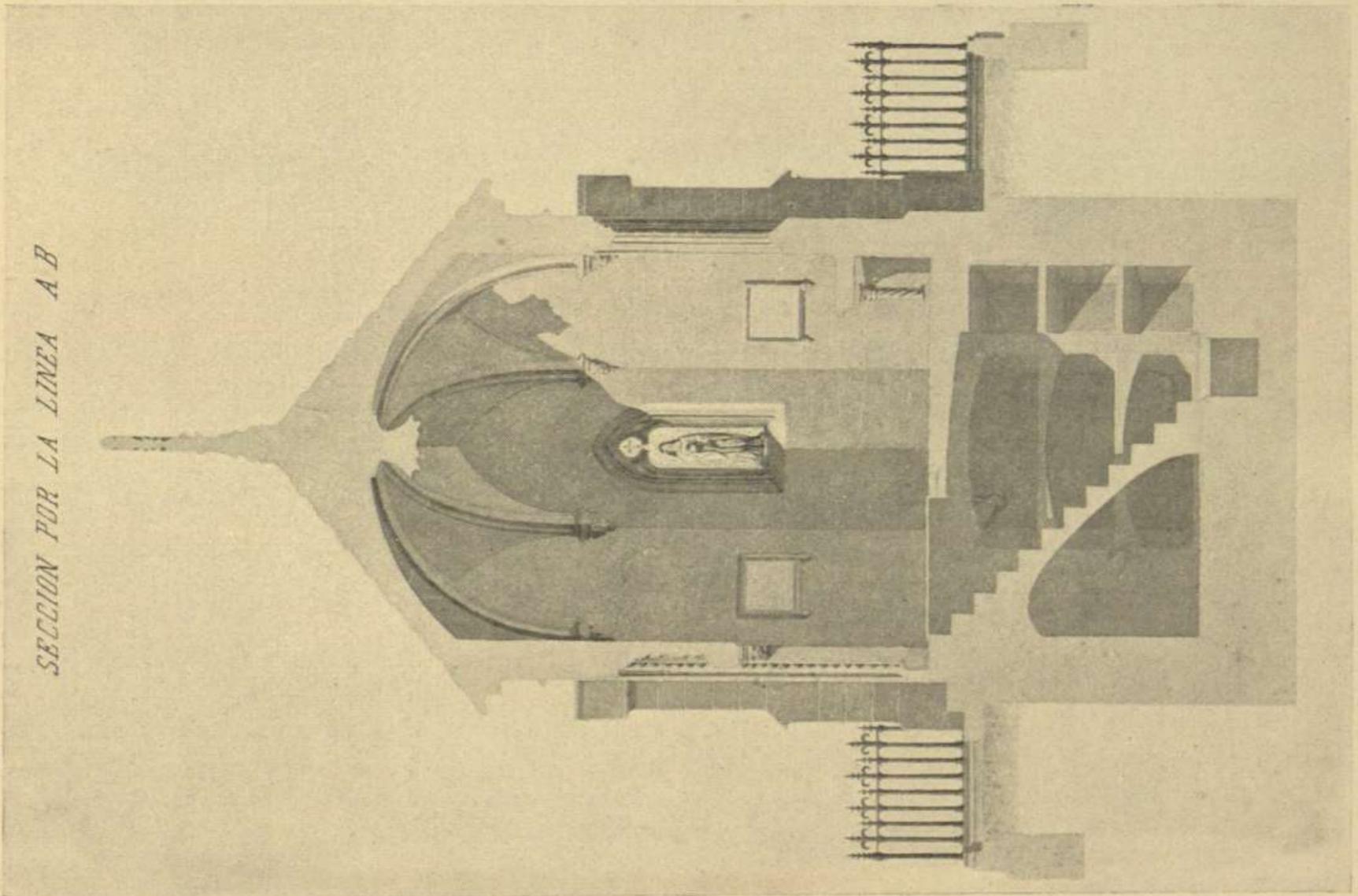
Handwritten notes and signatures, including the name 'Antonio Bonapata' and other illegible text.

Antonio Bonapata

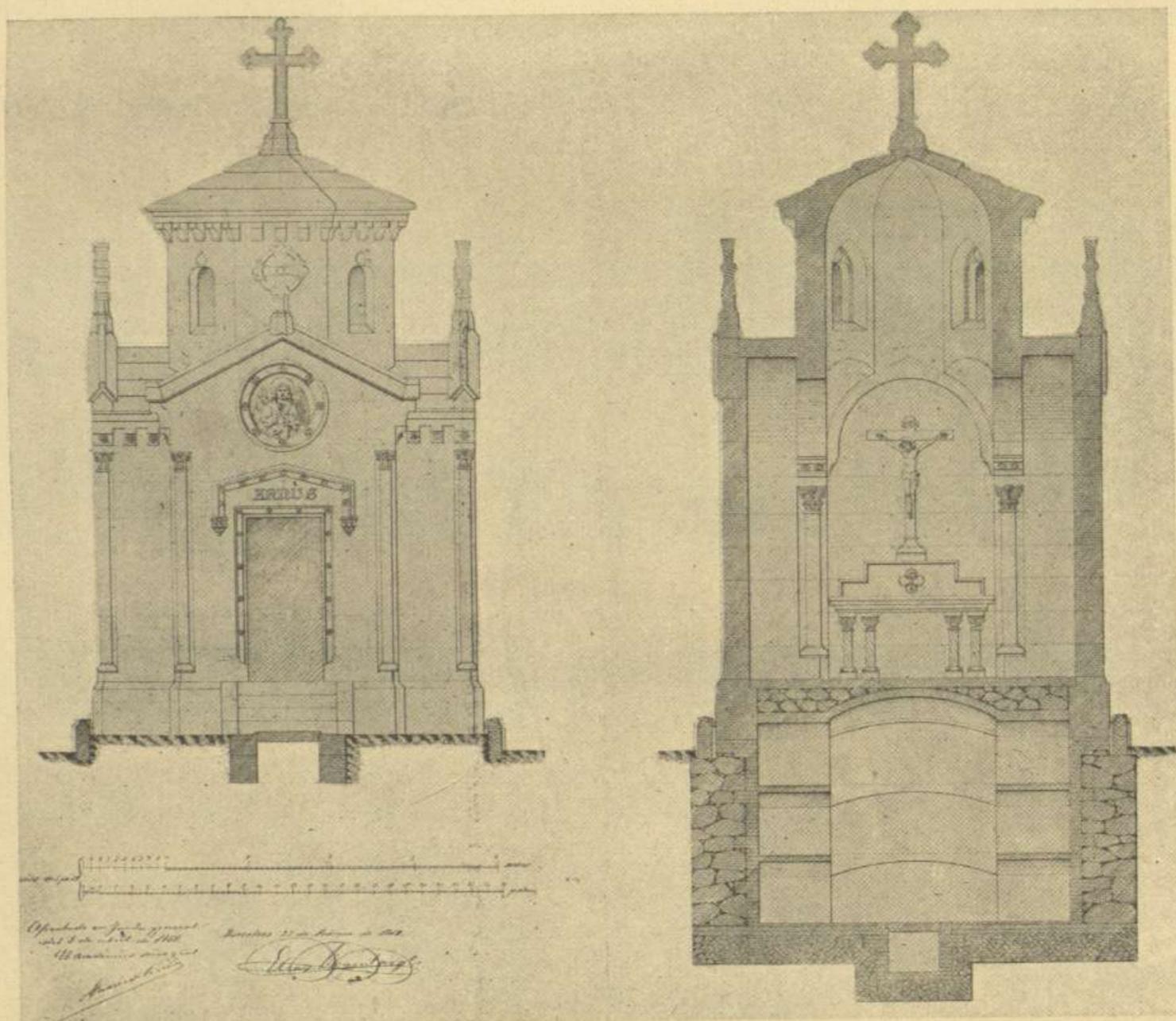
PROYECTO DE PANTEÓN PARA LA FAMILIA BONAPLATA EN UNA CAPILLA DEL CEMENTERIO DEL ESTE
 APROBADO POR LA ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES. (1856)



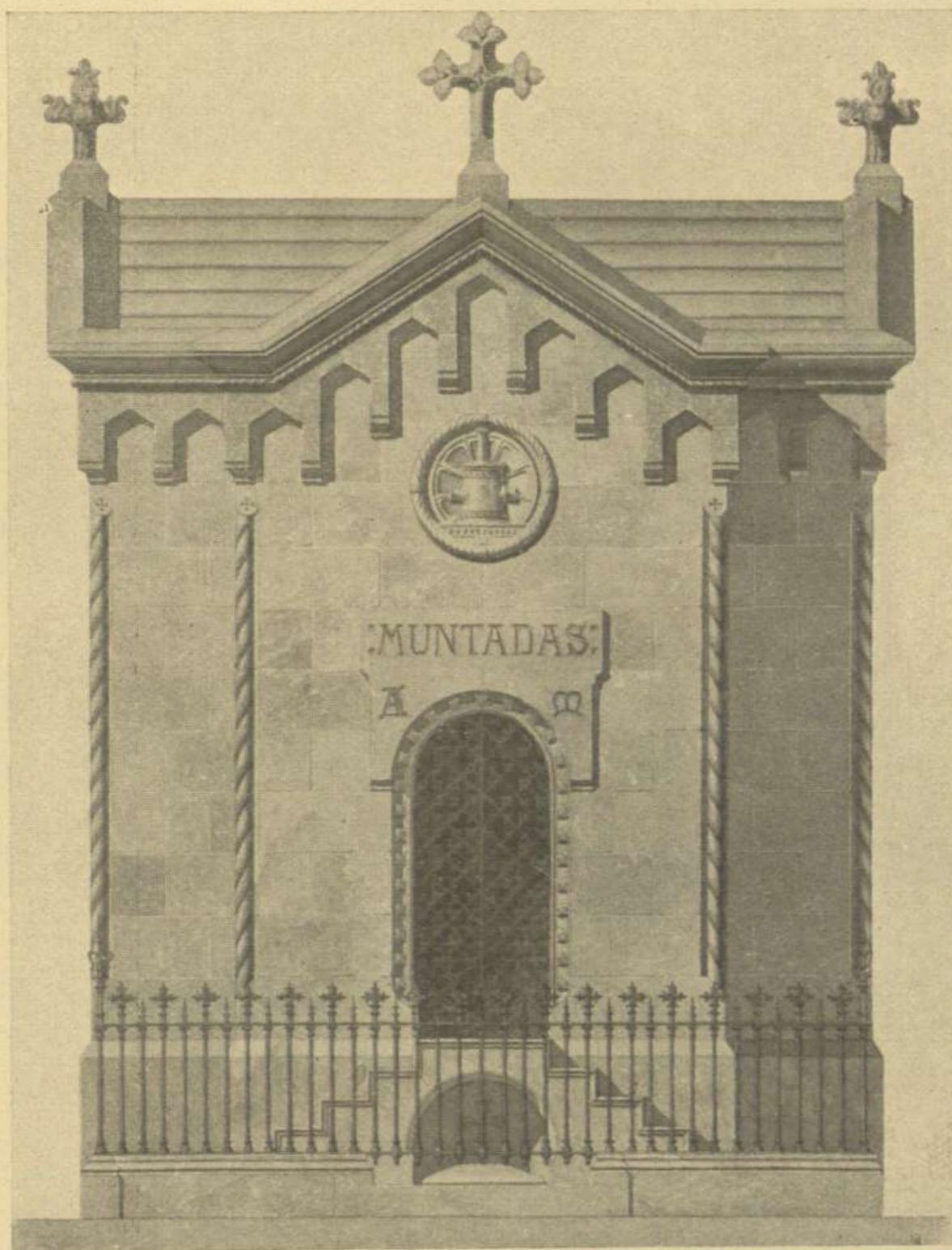
PROYECTO DE PANTEÓN PARA DEPOSITAR EL CADÁVER DE D. JUAN PINTÓ, SITGES. (SIN FECHA)



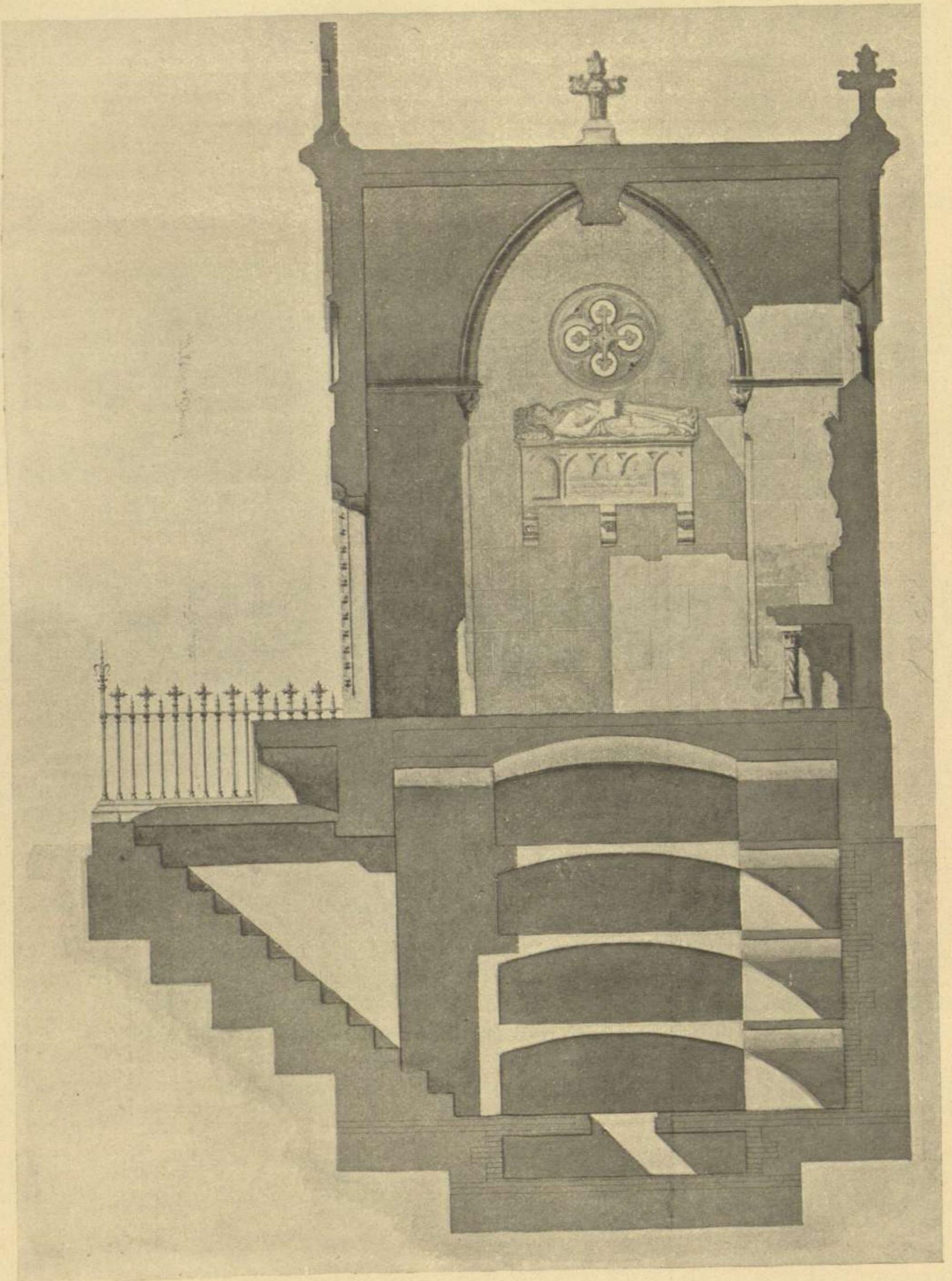
PROYECTO DE LA CAPILLA QUE POR SUSCRIPCIÓN SE ERIGIÓ PARA LOS RESTOS DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO PERMANYER
APROBADO POR LA ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES. (1868)



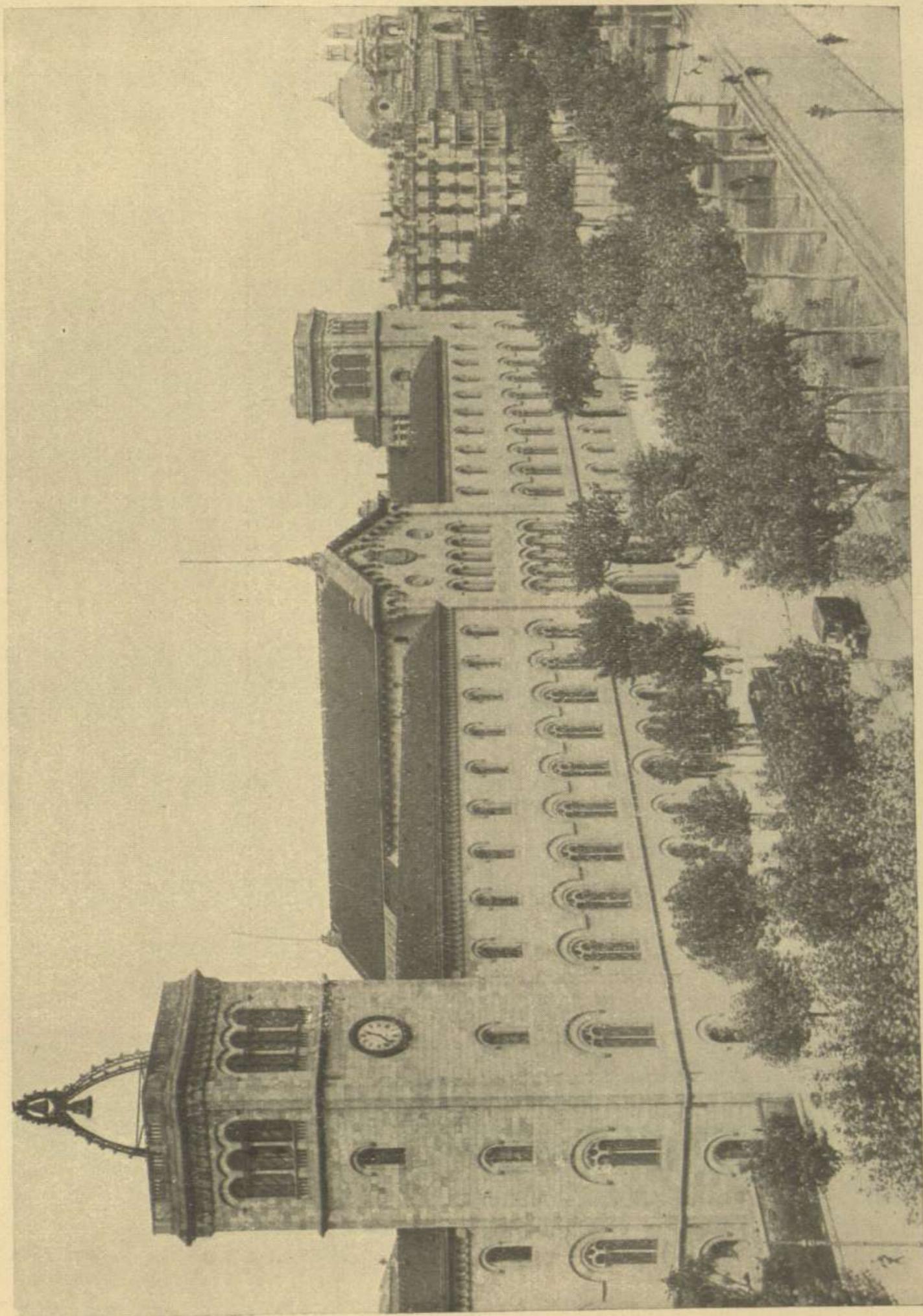
PROYECTO DE CAPILLA PANTEÓN PARA LA FAMILIA ARNÚS (DON EVARISTO)
EN EL CEMENTERIO DEL ESTE
APROBADO POR LA ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES. (1868)
ALZADO Y SECCIÓN



PROYECTO DE PANTEÓN PARA LA FAMILIA MUNTADAS
EN EL CEMENTERIO DEL ESTE. (1869). FACHADA



PROYECTO DE PANTEÓN PARA LA FAMILIA MUNTADAS. SECCIÓN LONGITUDINAL

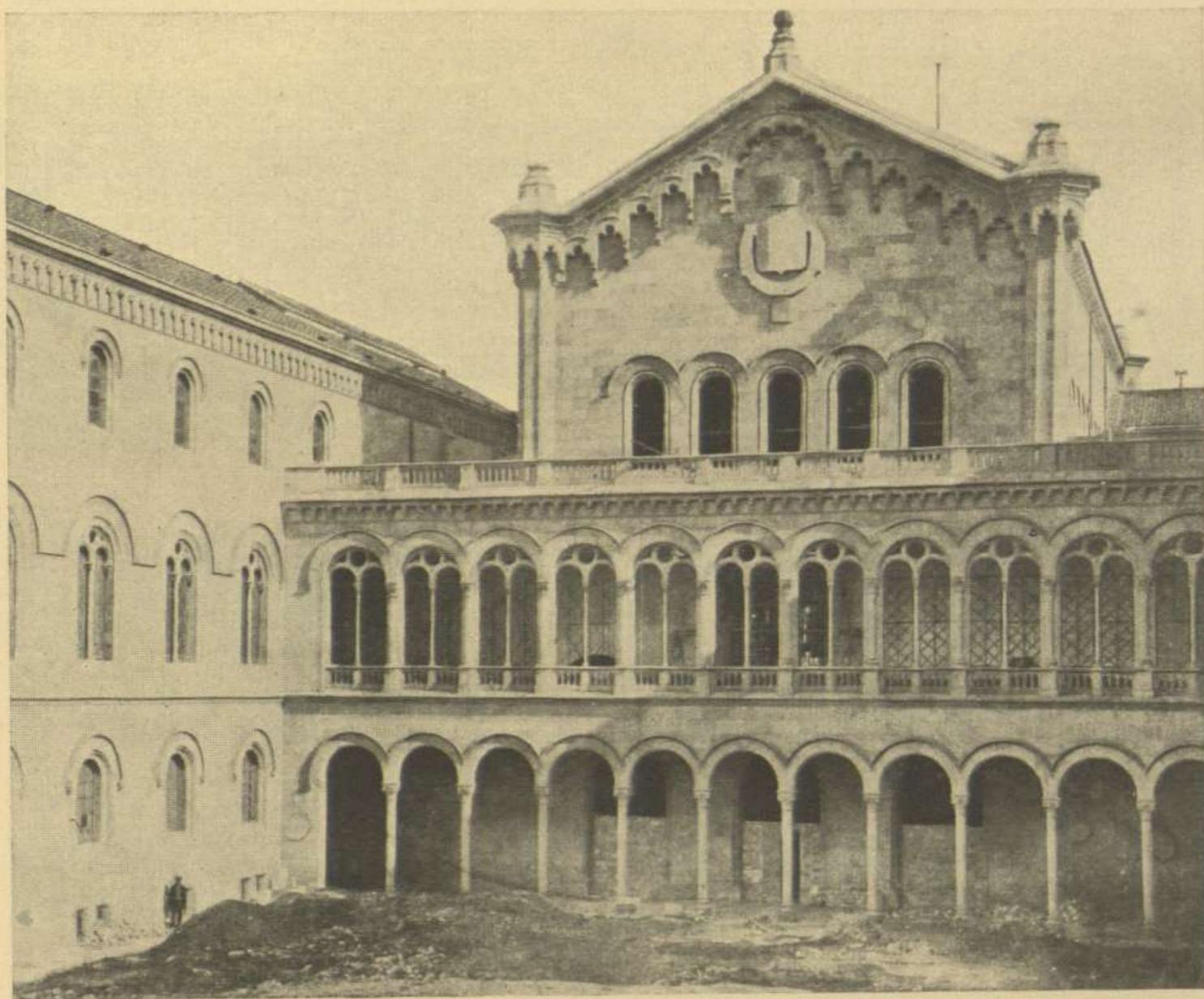


UNIVERSIDAD DE BARCELONA. VISTA ACTUAL



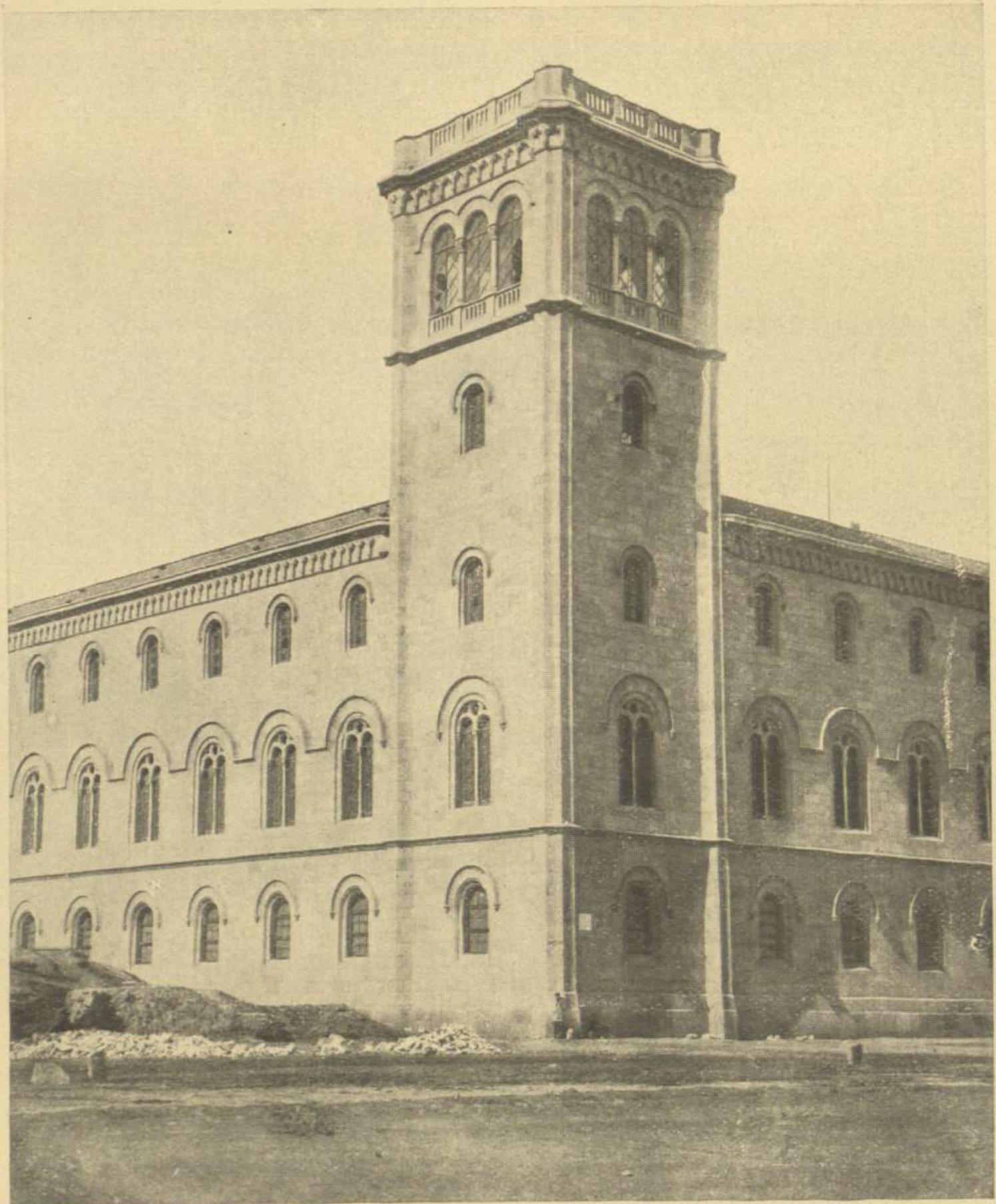
GALERÍA DEL PISO PRINCIPAL DE LA UNIVERSIDAD

FOT. SALA



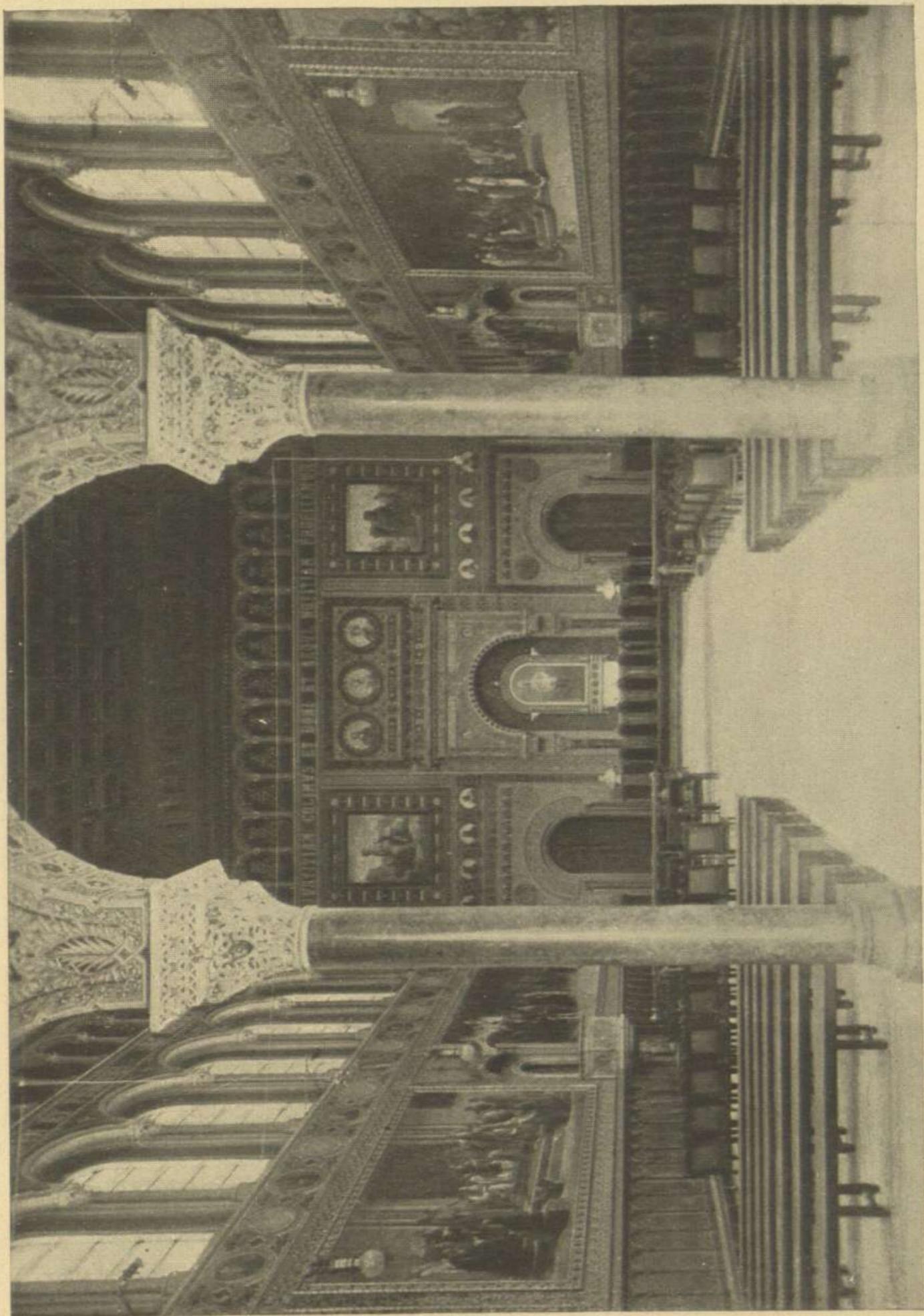
FACHADA POSTERIOR DEL CUERPO CENTRAL DE LA UNIVERSIDAD
ANTES DE TERMINARSE

FOT. SALA



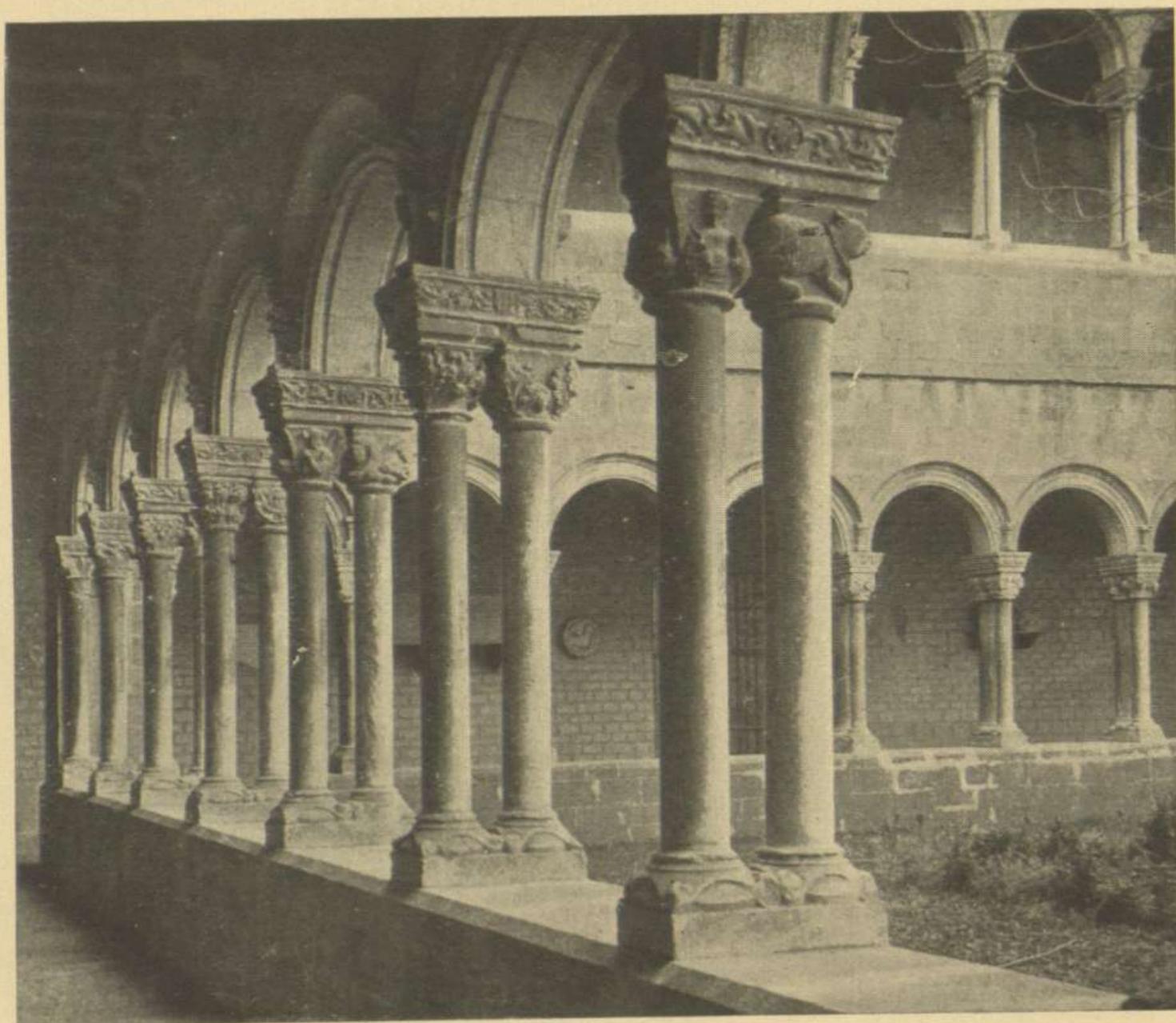
TORRE DEL OESTE DE LA NUEVA UNIVERSIDAD AL TERMINARSE EL EDIFICIO. (1870)

FOT. SALA

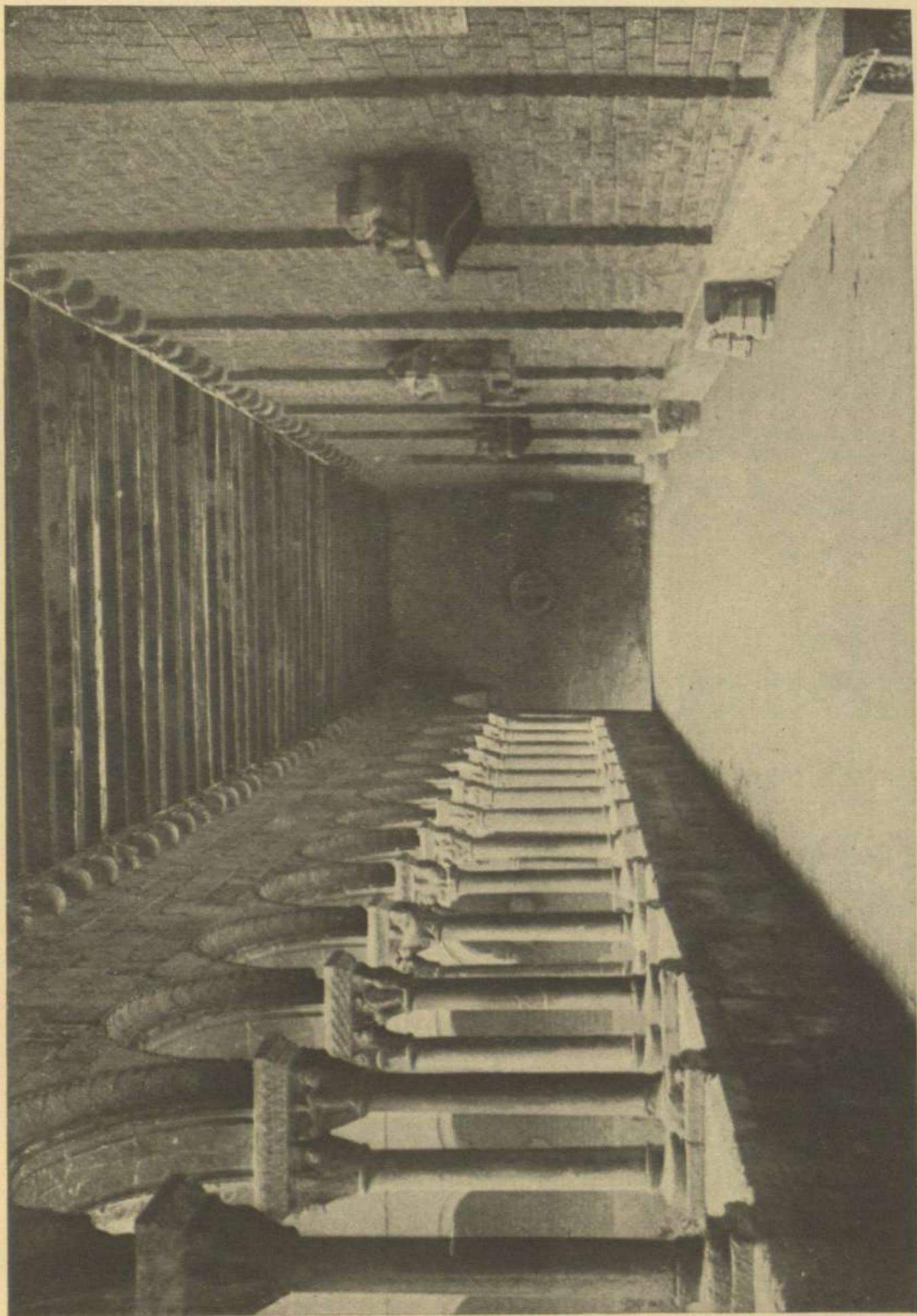


Fot. Cuyás

UNIVERSIDAD DE BARCELONA. PARANINFO

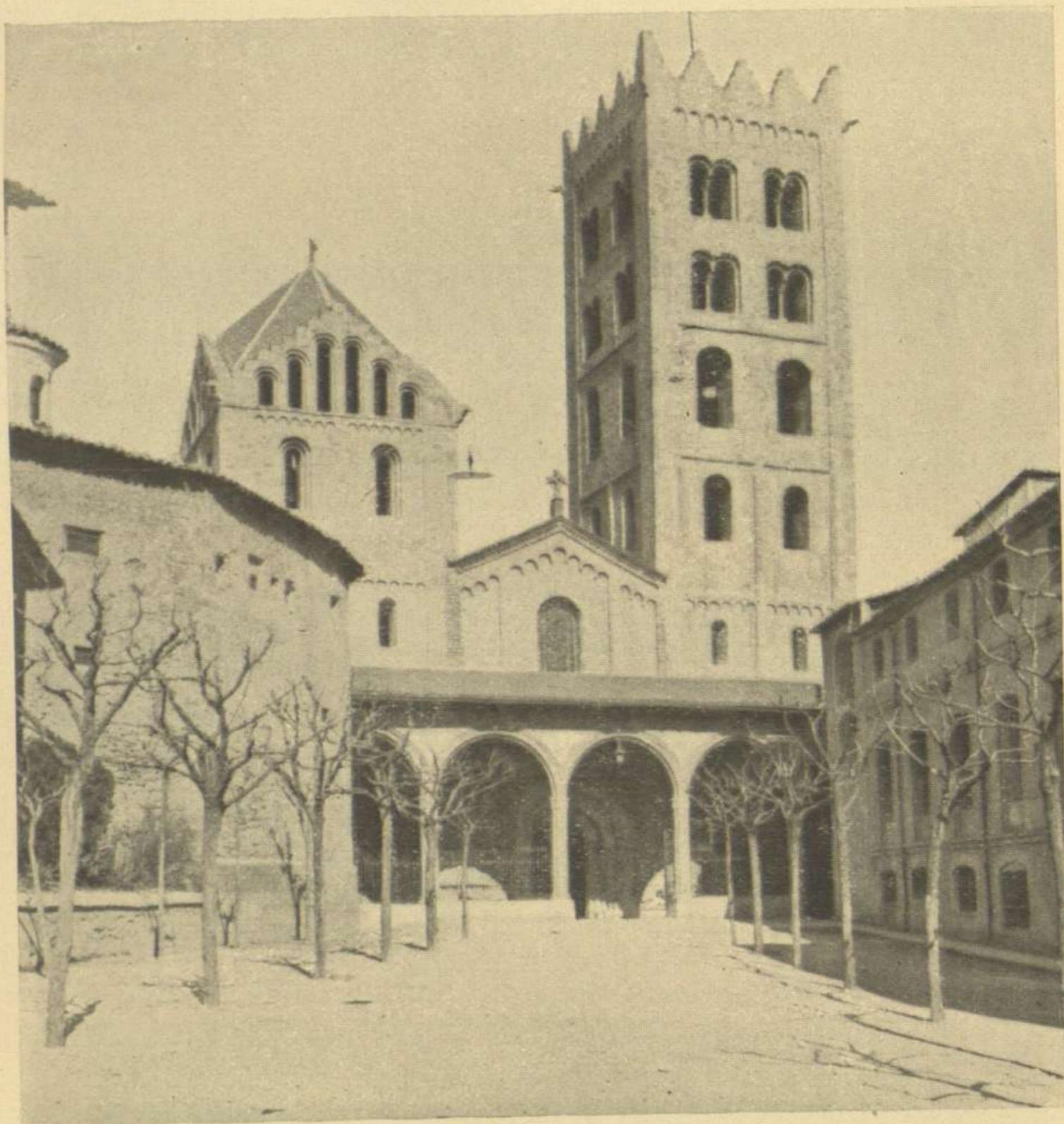


SANTA MARÍA DE RIPOLL. CLAUSTRO (RESTAURADO)

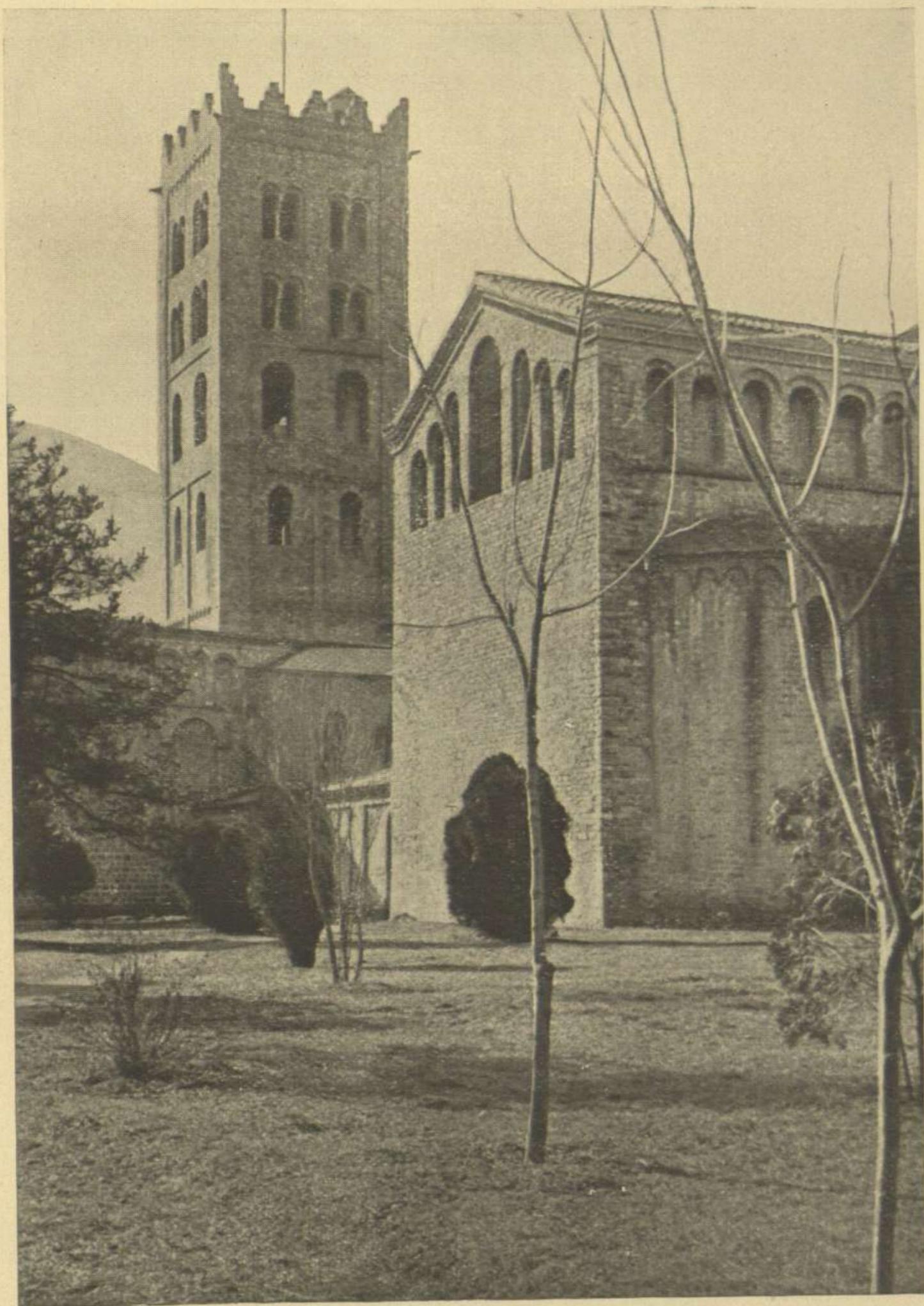


CLAUSTRO DE SANTA MARÍA DE RIPOLL. (RESTAURADO)

FOT. RIBERA

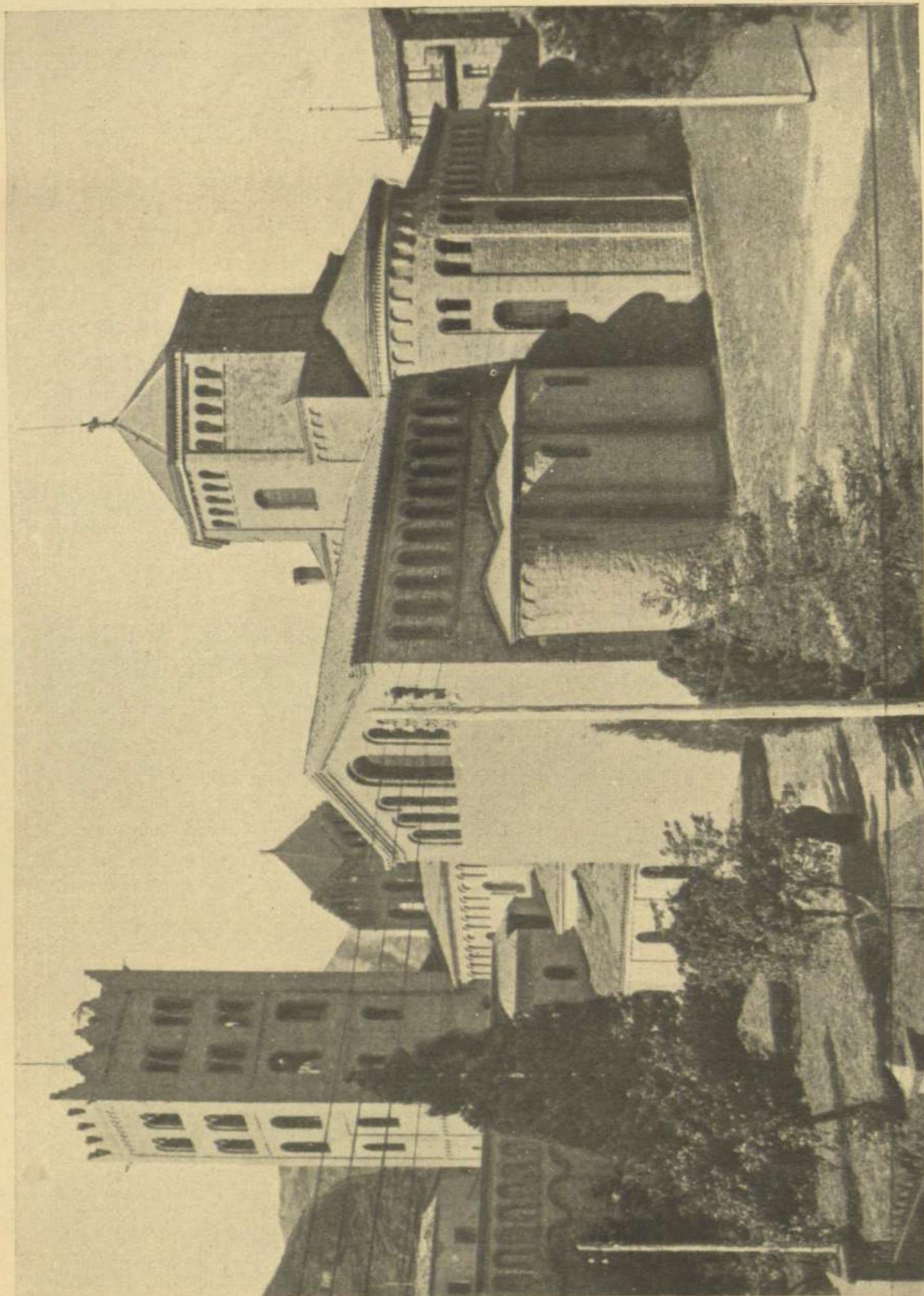


SANTA MARÍA DE RIPOLL. FACHADA PRINCIPAL



TORRE CAMPANARIO DE SANTA MARÍA DE RIPOLL. (RESTAURADO)

FOT. RIBERA



FOT. RIBERA

ABSIDE DE SANTA MARÍA DE RIPOLL. (RESTAURADO)



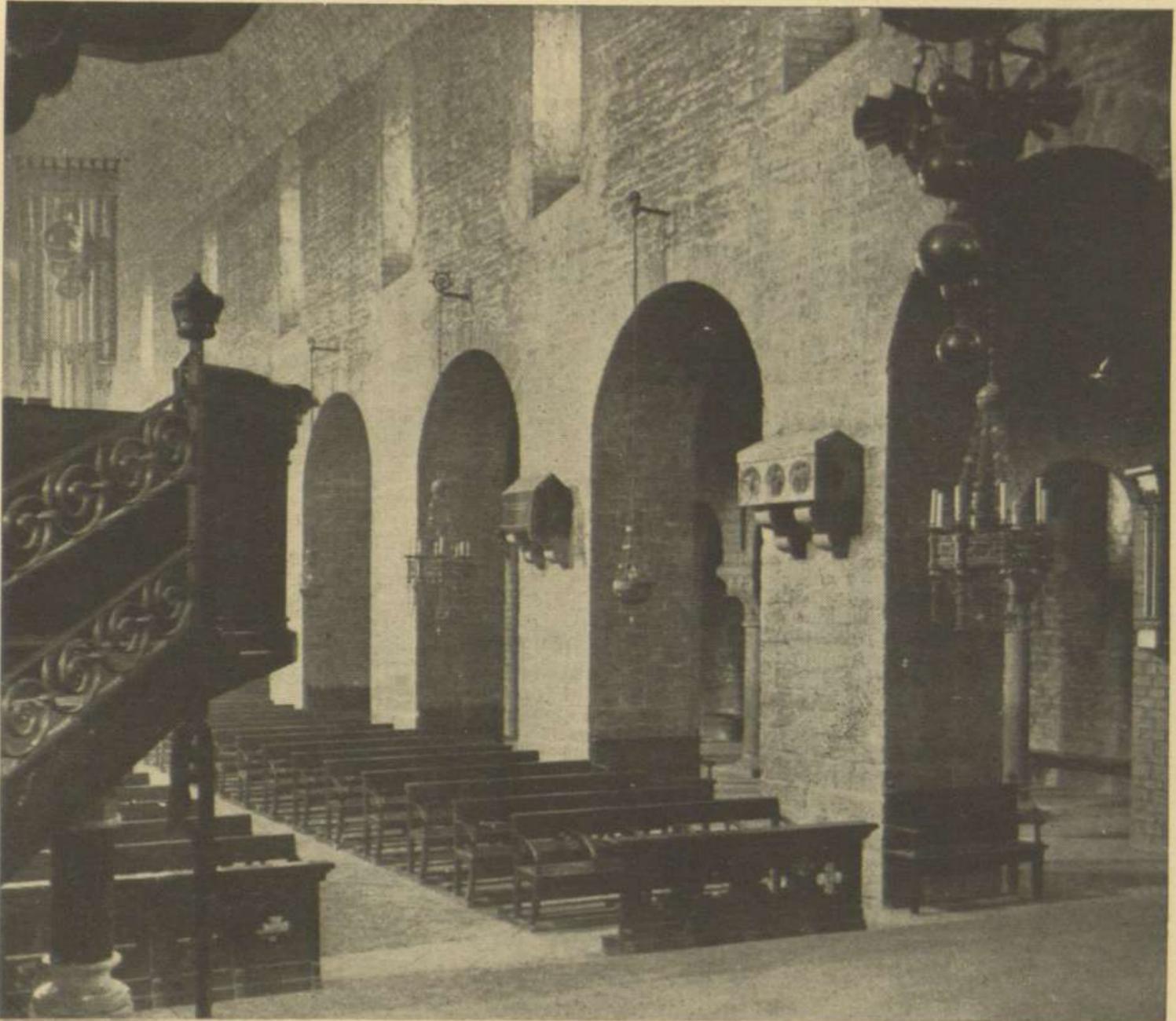
ABSIDE Y CIMBORIO DE SANTA MARÍA DE RIPOLL. (RESTAURADOS)

FOT. RIBERA



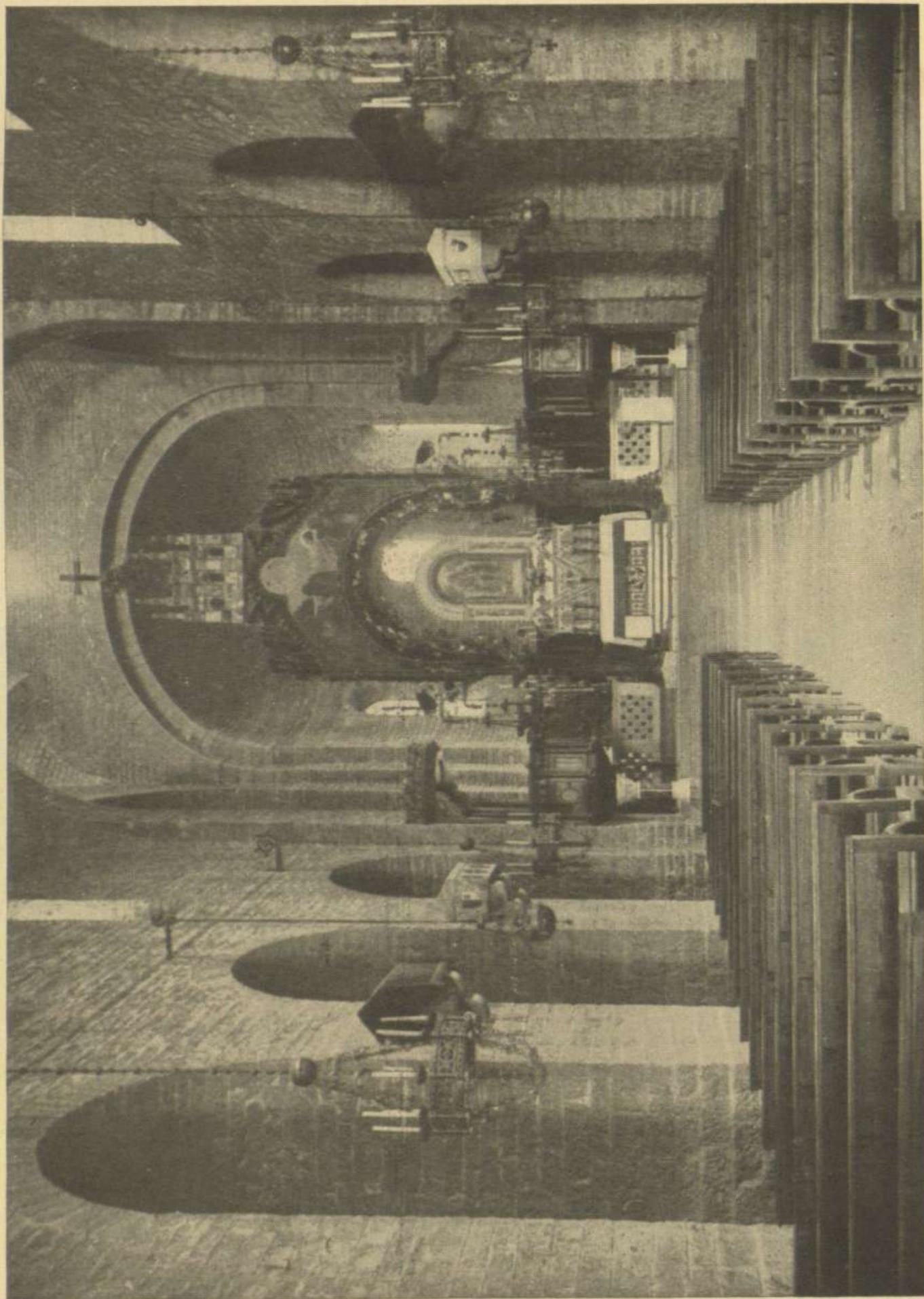
SANTA MARÍA DE RIPOLL. VISTA DESDE EL PRESBITERIO

FOT. RIBERA



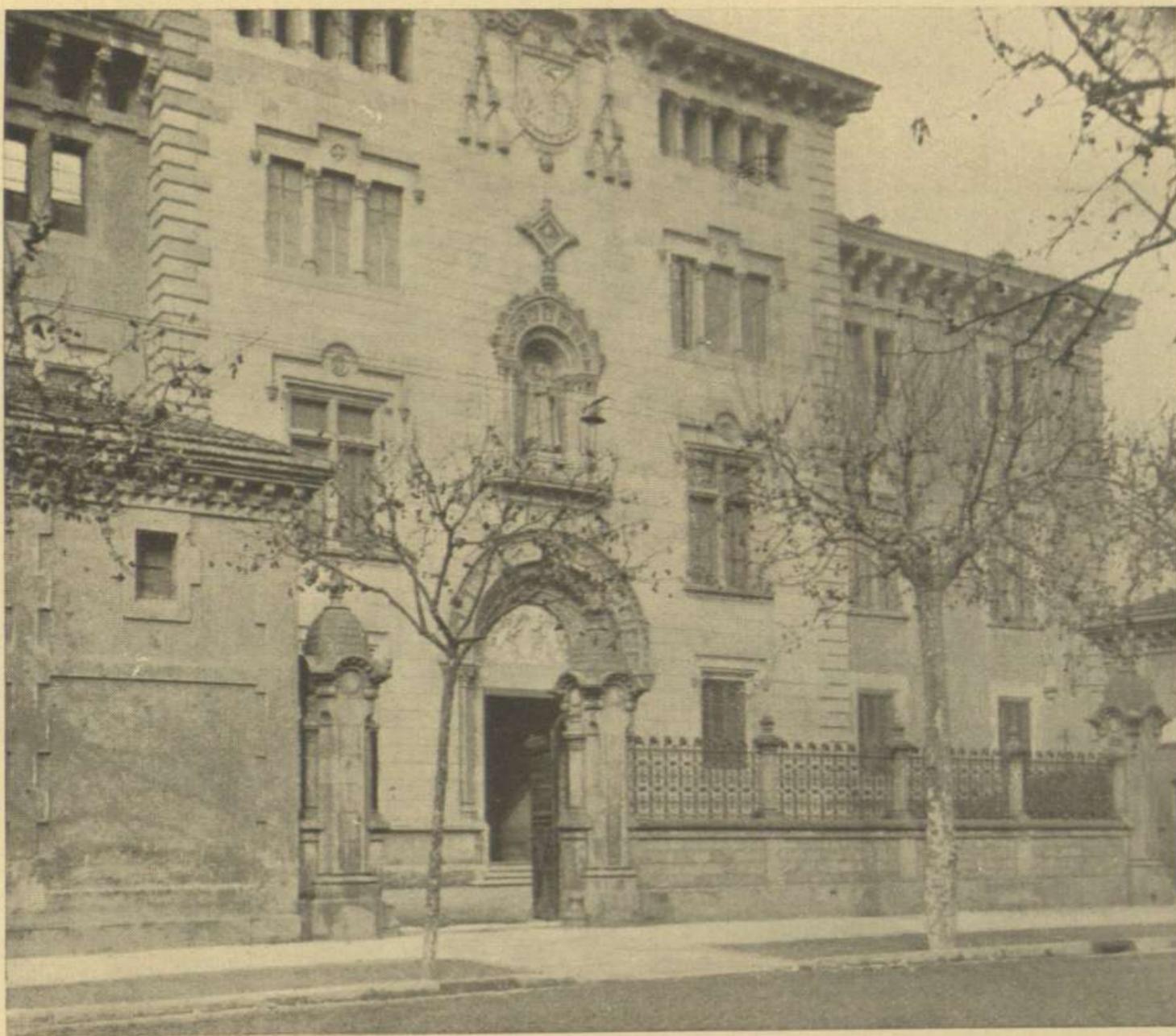
SANTA MARÍA DE RIPOLL. NAVE CENTRAL Y LATERALES

FOT. RIBERA



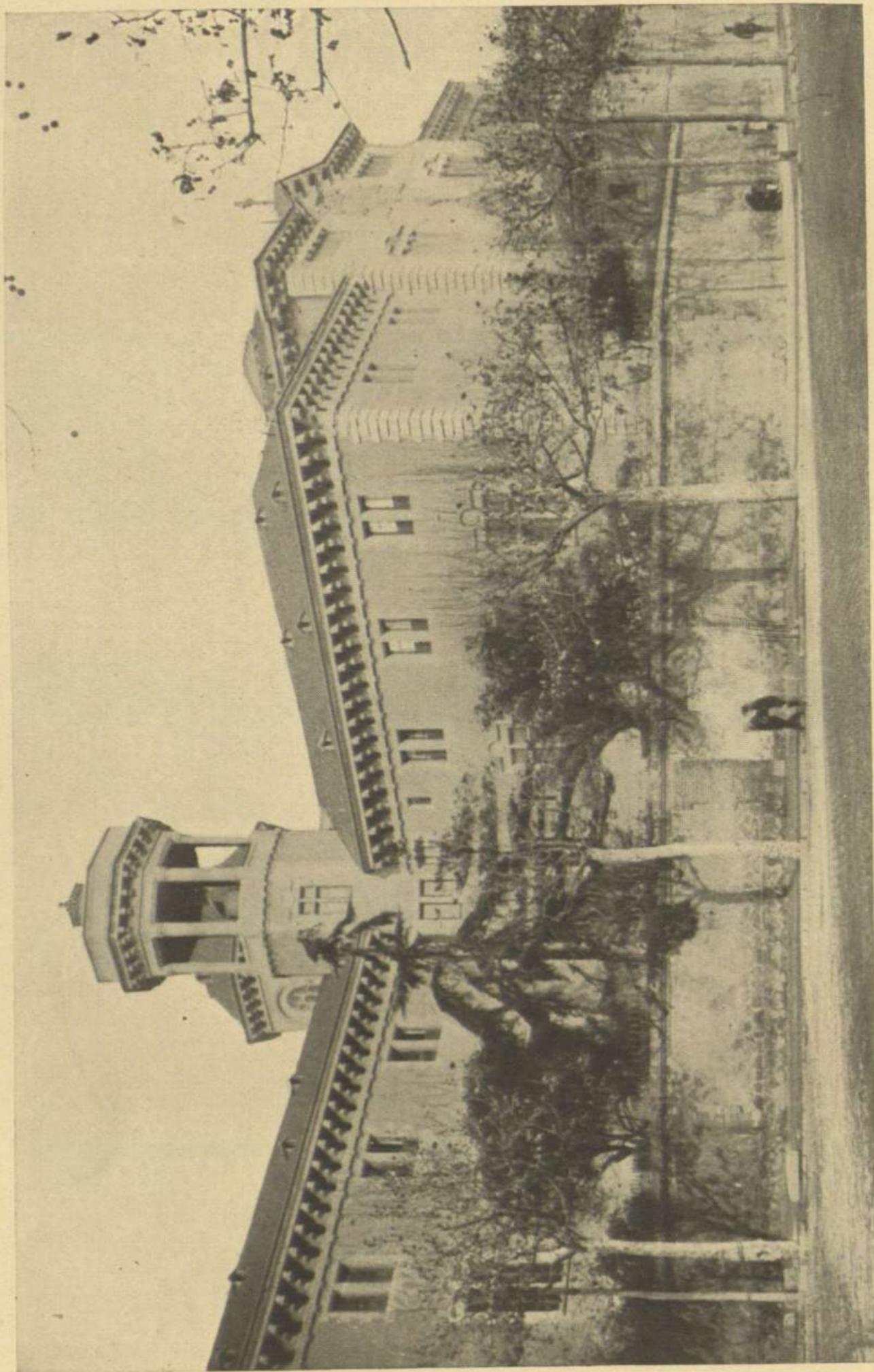
INTERIOR DE SANTA MARÍA DE RIPOLL. NAVE CENTRAL. (RESTAURADA)

FOT RIBERA



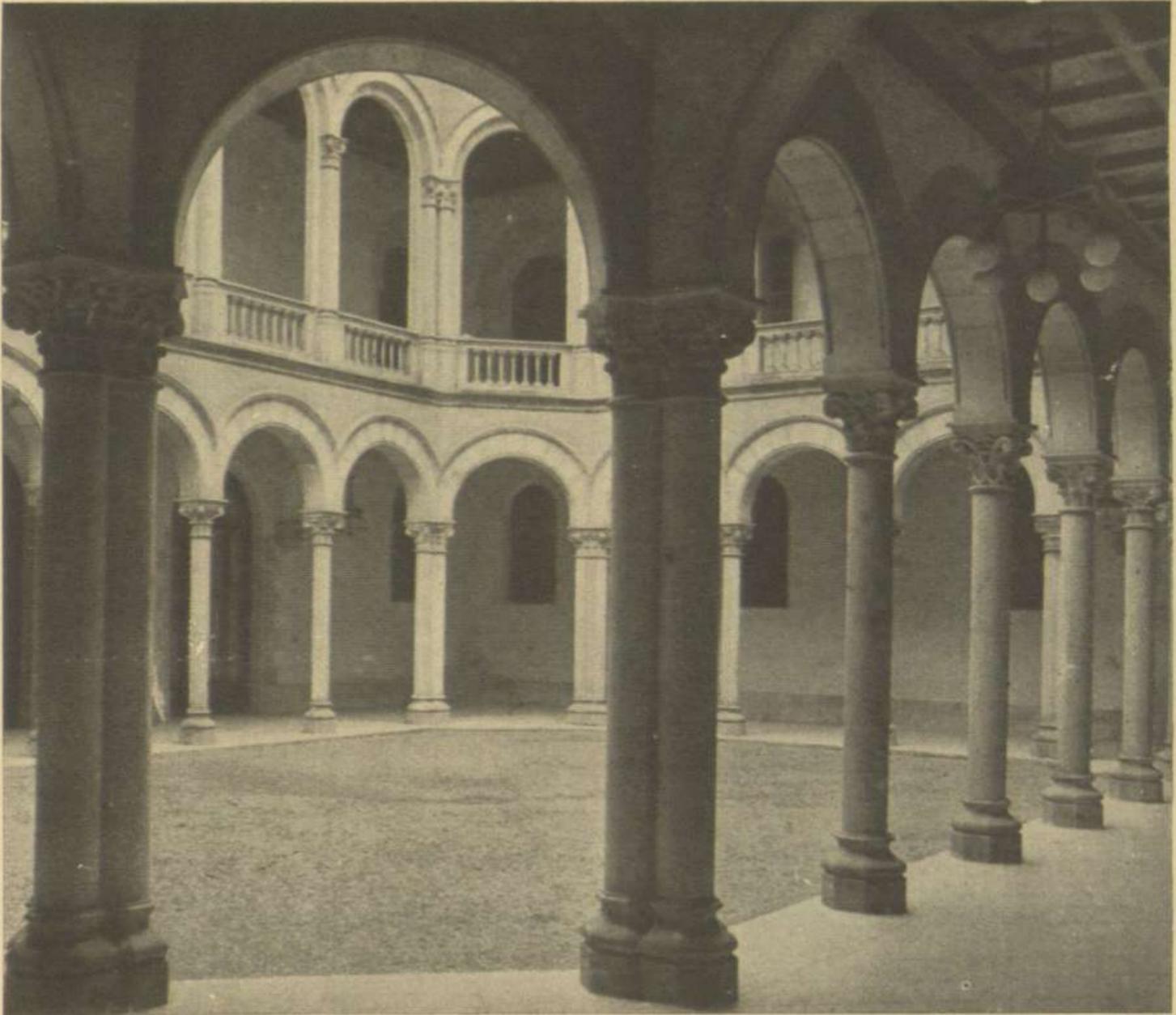
SEMINARIO CONCILIAR. FACHADA PRINCIPAL

FOT. RIBERA



FOT. RIBERA

SEMINARIO CONCILIAR. TORRE ANGULAR

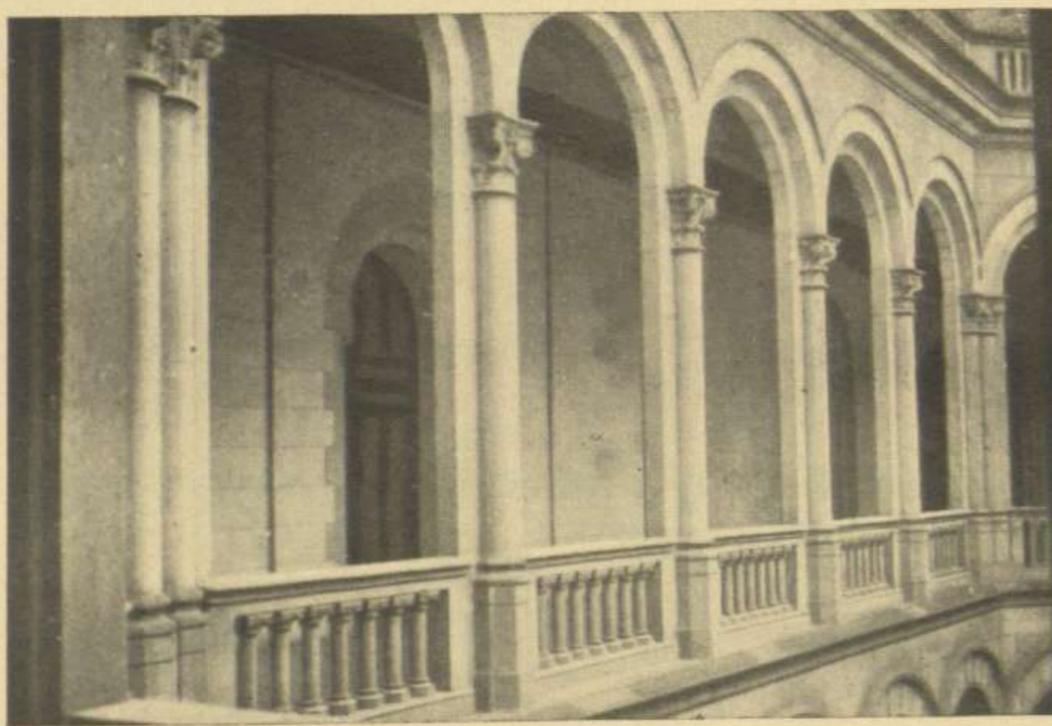


VISTA DE UN CHAFLÁN DEL CLAUSTRO DEL SEMINARIO CONCILIAR

FOT. RIBERA



CLAUSTRO DEL SEMINARIO CONCILIAR. BAJOS



GALERÍA ALTA

FOT. GARRUT

ÍNDICE

ÍNDICE

| | <u>Páginas</u> |
|--|----------------|
| Pórtico | 9 |
| Datos biográficos | 13 |
| Las Escuelas de Arquitectura | 27 |
| El Arquitecto y su obra | 37 |
| El Profesor | 59 |
| El Arqueólogo | 69 |
| Epílogo | 93 |
| Notas | 99 |
| Índice | 135 |


Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques
Biblioteca d'Humanitats

24.1.06

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EN LA CIUDAD DE
BARCELONA, EN CASA
DE LOS IMPRESO-
RES FARRÉ Y
ASENSIO, EL
DÍA 15 DE
JUNIO
DE
1929

6.2.08



Universitat Autònoma de Barcelona

Servei de Biblioteques

Biblioteca d'Humanitats

BS/243

EXCLÒS DEL PRÉSTEC